

Tejiendo alianzas para una vida sostenible

Consumo crítico, feminismo y soberanía alimentaria



Marcha Mundial de las Mujeres
Xarxa de Consum Solidari

Esta publicación ha sido realizada con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación al Desarrollo (AECID). El contenido de dicha publicación es responsabilidad exclusiva de sus autores y de las organizaciones que la editan y no refleja necesariamente la opinión de la AECID.



Edita

Xarxa de Consum Solidari y Marcha Mundial de las Mujeres
Barcelona, septiembre 2013



Coordinadores

Xavier Montagut
Carmen Murias
Luci Vega

Imagen de la portada

Cento Yuste

Diseño y maquetación

Jesús Pita

Impresión

Uvedos

ISBN-13: 978-84-942102-0-4

INDICE

Introducción Pág. 5

PRIMERA PARTE

VISIÓN GENERAL:

SOSTENIBILIDAD, CONSUMO, FEMINISMO Y ECONOMÍA SOLIDARIA

Apuntes para una vida sostenible Pág. 11
Cristina Carrasco y Enric Tello

**Más allá del hombre económico: Crisis Económica,
Economía Feminista y la Economía Solidaria** Pág. 45
Julie Matthaei

El lado oculto del consumo Pág. 61
Susana Narotzky

SEGUNDA PARTE

INTERRELACIONANDO MOVIMIENTOS

- Autonomía de la mujer
y soberanía alimentaria** Pág. 81
Miriam Nobre
- Una mirada feminista
al consumo consciente y transformador** Pág. 93
Conchi Piñeiro
- Interrelaciones y sinergias entre feminismo,
ecología, consumo responsable
y soberanía alimentaria** Pág. 107
Xarxa de Consum Solidari y Marcha Mundial de las Mujeres

TERCERA PARTE

EXPERIENCIAS CON LECTURA FEMINISTA

- Experiencias de producción
y transformación agroecológica** Pág. 129
Verónica Escuriol Martínez
- Experiencias prácticas ricas
y diversas desde el consumo.
Introduciendo la mirada feminista** Pág. 143
Leticia Urretabizkaia Gil

INTRODUCCIÓN

Frente a la insostenibilidad del sistema económico actual, cada vez se hace más patente la necesidad de caminar hacia otros modelos de producción, distribución y consumo que pongan la sostenibilidad de una vida que merezca ser vivida en el centro de nuestra actividad económica.

Desde la economía feminista se habla de la contradicción capital-vida, la contradicción entre la lógica propia del capitalismo de maximizar el beneficio, y la lógica del cuidado de la vida humana y de la naturaleza. Una contradicción irreconciliable frente a la cual diferentes movimientos sociales están trabajando día a día alternativas y propuestas de transformación social. En este contexto, construir redes y sinergias entre estos movimientos críticos resulta cada vez más urgente si queremos que estas alianzas se traduzcan en acciones colectivas y cambios a favor del mundo que queremos.

Fruto de esta reflexión y del trabajo conjunto de la Xarxa de Consum Solidari (XCS) y la Marcha Mundial de Mujeres (MMM) surgieron el presente libro y las jornadas 'Soberanía Alimentaria, feminismo y consumo crítico' (una parte de cuyos contenidos se recogen en esta publicación). Un proyecto promovido con la idea de abrir un espacio en el que compartir conocimientos, debates, acciones... entre feminismo, ecología, soberanía alimentaria y consumo responsable con el objetivo de contribuir a la construcción de un discurso de la sostenibilidad de una vida que valga la pena ser vivida, visibilizando lo hecho hasta ahora y con la voluntad de llegar conjuntamente más lejos.

Este diálogo entre movimientos nos ha permitido sacar a la luz y ahondar en aspectos sobre los que todavía existe poca reflexión conjunta. Así, a pesar de

que la mirada ecofeminista que pone los cuidados en el centro de la vida es una de las claves de la transformación de modelo que queremos, la reflexión sobre el consumo responsable y crítico y la soberanía alimentaria teniendo en cuenta la perspectiva feminista resulta todavía claramente muy incipiente.

¿Qué reflexión ha hecho el movimiento de consumo alternativo sobre el tema de género? ¿Los principios por los que abogan el consumo responsable y la soberanía alimentaria pueden terminar sobrecargando el trabajo de la mujer si el modelo patriarcal no ha sido totalmente superado? ¿La elección de un modelo u otro de nuevo patrón de consumo presenta sesgos de género?

Estas son algunas de las preguntas que desde la XCS y la MMM llevamos tiempo planteándonos. Concepción Piñeiro, una de las personas que más ha trabajado la cuestión, ha constatado, a partir de sus diversas investigaciones, que profundizar en la relación género-consumo es todavía un tema pendiente y sin agenda.

Pero no es éste el único punto en el que se plantean interrogantes: ¿Cómo avanzar y poner en valor los trabajos de reproducción social sin caer en esencialismos patriarcales ni modelos mercantilistas? ¿Cómo avanzar en el reparto de los trabajos y los tiempos? ¿Qué alternativas construir?... son sólo algunos ejemplos.

Para poner estas cuestiones de relieve, tanto durante las jornadas como en la edición de este libro, hemos contado con diversas investigadoras y/o activistas que desde diferentes espacios y experiencias nos han permitido profundizar y empezar a buscar respuestas conjuntamente.

La primera parte del libro nos ofrece una visión genérica sobre sostenibilidad de la vida, consumo, feminismo y economía solidaria. Y para situarnos en este contexto que mejor que empezar con el artículo de Cristina Carrasco y Enric Tello. Un texto que plantea las condiciones (in)sostenibles de funcionamiento del sistema socioeconómico actual y apunta algunas ideas sobre "cómo abordar la tarea de pensar y construir un sistema más sostenible en todas las dimensiones de esta palabra". Para los autores, el concepto de sostenibilidad engloba diversas sostenibilidades: ecológica, humana, económica y social, todas ellas interrelacionadas y cuya sostenibilidad es interdependiente. Una relación de interdependencia que consideran que debe explicitarse para transformar las relaciones de explotación de la economía capitalista en relaciones cooperativas.

Por su parte, Susana Narotzky nos introduce en el consumo a partir de un trabajo en el que, desde una perspectiva que trata sobre el aprovisionamiento en

su diversidad, nos aproxima a las formas no mercantiles de obtención y transferencia de recursos y no únicamente al consumo en el ámbito de mercado.

Por último, el artículo de Julie Matthaei se centra en el papel del feminismo en la denominada economía solidaria. Para la autora, los fines últimos de la economía solidaria coinciden con las metas esenciales del feminismo, puesto que éste ha desempeñado un rol importante en la configuración del entorno social dentro del cual han nacido los valores, prácticas e instituciones de esta economía alternativa.

La segunda parte del libro pretende recoger los puntos de encuentro entre diferentes movimientos en su trabajo común hacia una vida sostenible, señalando también los retos pendientes. Miriam Nobre nos acerca la visión feminista desde la soberanía alimentaria y reivindica en su artículo la necesidad de politizar y revalorizar el trabajo reproductivo y visualizar los nexos de unión que hay entre las esferas de la producción y la reproducción, ya que sin ésta última no podría funcionar el sistema económico de producción actual. Ante este objetivo, uno de los desafíos que destaca es cómo hacer que los movimientos sociales comprendan la importancia de las políticas sociales de reproducción y actúen sobre ellas: ¿Cómo despertar conciencia y cambiar las prácticas personales y colectivas dentro de los movimientos sociales?

A una pregunta similar, pero centrada en la relación entre consumo crítico y género, nos lleva el artículo de Conchi Piñeiro. A partir de sus diversas investigaciones, que comprenden tanto análisis de guías vinculadas a los cambios en consumo y estilos de vida como entrevistas a personas ligadas a colectivos enfocados en la transformación social, la autora constata el "silencio discursivo" y la ausencia de una reflexión profunda, específica y feminista en la relación consumo-género, a diferencia de la reflexión y las propuestas que podemos encontrar en otros ámbitos del cambio social.

Es por ello que en espacios como los grupos de consumo agroecológico considera prioritario trabajar la equidad y la perspectiva de género "para no estar invisibilizando las formas del patriarcado en nuestros propios contextos". Para Piñeiro, explicitar la redistribución de las tareas como parte del cambio de consumo que queremos realizar es algo necesario para no dar por hecho que ya se están distribuyendo de forma equitativa (ya que quizás puede no ser así).

Algunas de estas cuestiones también aparecen reflejadas en el artículo de la XCS que recoge las principales intervenciones de la mesa redonda 'Interrelaciones y sinergias entre feminismo, ecología, consumo responsable y soberanía alimentaria'. En ella, representantes de estos movimientos buscaron

puentes y puntos de encuentro entre los diferentes paradigmas y sus bases teóricas, promoviendo el debate sobre cuestiones como sus vinculaciones y relaciones a nivel de objetivos, su visión sobre lo que representa la soberanía, aspectos en los que ahondar para transformar nuestro consumo o propuestas para avanzar en la politización de la reproducción social.

En la tercera parte del libro, la parte teórica recogida en los capítulos anteriores se ilustra con una serie de experiencias prácticas con lectura feminista, tanto de producción como de consumo, presentadas durante las jornadas.

Verónica Escurriol reflexiona sobre el papel de las mujeres y el feminismo en diversas iniciativas de producción y transformación agroecológicas ligadas a la Soberanía alimentaria. A lo largo de su texto se desgranar algunas de las dificultades a las que se enfrentan las mujeres campesinas en los ámbitos de la producción y la transformación (discriminaciones en el entorno rural por cuestiones de sexo, obstáculos ligados a políticas públicas, titularidad de la tierra, normativas de seguridad alimentaria, masculinización de buena parte de los sindicatos...). Pero también recoge propuestas para poder afrontar y cambiar la situación hacia un modelo agroalimentario distinto al actual, vinculado a la Soberanía Alimentaria y fuertemente conectado a prácticas que han sido mantenidas por las mujeres.

El último capítulo, firmado por Leticia Urretabizkaia, nos acerca algunas experiencias vinculadas al consumo (comedores escolares ecológicos, huertos urbanos y cocinas comunitarias) y sobre cómo éstas han llevado a cabo el reto de introducir en sus ámbitos la perspectiva feminista, abriéndonos a la reflexión sobre si es posible cambiar de consumo sin cambiar los roles de género.

Se trata de experiencias que, en palabras de Urretabizkaia, ponen en el centro la revalorización social de los trabajos minusvalorados en torno a la alimentación y la sostenibilidad de la vida, revalorizando también los espacios en los que se llevan a cabo y a las personas que los realizan. Pero a la vez ejemplifican como, pese a ser considerados proyectos alternativos, continúan y continuarán reproduciendo roles, desigualdades y paternalismos mientras no apliquen la perspectiva feminista de forma transversal.

Son todavía diversos los retos hacia una vida sostenible, tal y como queda patente en estas páginas. El objetivo de este trabajo es visibilizarlos y abrir la reflexión que permita, juntas, buscar las respuestas. Esperamos que sirva para ello.

PRIMERA PARTE

VISION GENERAL:
SOSTENIBILIDAD, CONSUMO, FEMINISMO Y ECONOMIA SOLIDARIA

APUNTES PARA UNA VIDA SOSTENIBLE¹

Cristina Carrasco cristinacarrasco@ub.edu

Enric Tello tello@ub.edu

“Cuestionar el paradigma patriarcal que desvaloriza e instrumentaliza la base material de la vida, negándole valor humano, permite romper el constreñimiento mental y recuperar la libertad de pensar lo impensable. Recorriendo los caminos que esta libertad nos abre estamos en condiciones de detectar experiencias materiales que, formando parte de la vida cotidiana, tienen capacidad transformadora. De la misma forma que en el margen y en el fondo del sistema único reconocido existen otras realidades negadas, también de carácter económico, es posible imaginar la existencia de otras economías que tanto a nivel local como global sean capaces de atender con eficacia las necesidades de la vida humana de manera sostenible. Ahí tenemos el reto y la capacidad de abordarlo”, Anna Bosch, Mujeres que alimentan la vida, Icaria, Barcelona 2010: 55.

En recuerdo de Anna,
apasionada de la vida.

¹ Queremos agradecer al ICPS que haya creado este espacio que nos permite pensar juntas y juntos sobre el tema complejo y multidimensional de la sostenibilidad de la vida. Seguramente el tema nos desborda ampliamente, pero el intento supone al menos un inicio de reflexión conjunta, un camino de debate y acción que muchas otras personas ya han iniciado también. El texto que sigue anda lleno de referencias implícitas a un sinnúmero de autoras o autores sin cuya lectura no habríamos podido articularlo. Sin embargo, dado que nuestro objetivo es propiciar un debate abierto y horizontal en foros sociales, en esta ocasión preferimos pensar y escribir sin ataduras. Por esta razón no insertamos en él toda la multitud de citas y referencias bibliográficas que serían necesarias en otro contexto, aunque al final ofrecemos algunas sugerencias de lectura. También agradecemos a Elena Grau Biosca su lectura atenta a una primera versión de este texto. Sus comentarios y sugerencias nos han permitido tratar la cuestión con mayor distancia y claridad.

Cualquier propuesta de cambio social requiere conocer la realidad que se desea transformar, para poder indagar en los mecanismos más adecuados que hagan posible experimentar el inicio de esa transformación hacia los objetivos propuestos. De ahí que iniciemos este libro planteando las condiciones (in) sostenibles de funcionamiento del sistema socioeconómico actual, para apuntar a continuación algunas ideas –señalando la importancia de trabajar a niveles macro, meso y micro-social– sobre cómo abordar la tarea de pensar y construir un sistema más sostenible en todas las dimensiones de esta palabra.

Nuestra propuesta se limita a ofrecer un marco inicial de referencia, un punto de partida que ayude a articular y poner en diálogo distintas propuestas de cambio social surgidas en ámbitos diferentes. Muchas de estas ideas prospectivas serán desarrolladas por personas expertas o implicadas en los distintos aspectos abordados en otros capítulos de este libro, o en otros muchos lugares. En definitiva lo más interesante es que pueda desarrollarse un debate común entre todos esos espacios y foros sociales. Para ello se necesita algo así como un conjunto de ideas-puente dentro de un marco de referencia básico que permita pensar de forma articulada las diversas dimensiones de nuestra experiencia, dentro del mundo común donde se desarrollan nuestras vidas como mujeres y hombres. Somos conscientes que intentar pensar esa perspectiva alternativa centrada en la sostenibilidad de la vida humana de un modo que resulte a la vez complejo, articulado y operativo resulta una tarea difícil y arriesgada. Pero no hacerlo supone también permitir que se refuerce el paradigma imperante que atenaza nuestro devenir de un modo cada vez más insostenible.

1. La (in)sostenibilidad de la sociedad humana: de dónde viene y a dónde va

Se trata pues, en primer lugar, de examinar la naturaleza del sistema capitalista desde su incapacidad para sostener las relaciones específicas que tienen lugar entre las relaciones de producción e intercambio de mercancías, las condiciones de vida y subsistencia de la población, y la utilización y/o agotamiento de los recursos naturales. Nos interesan, particularmente, las tensiones profundas que emergen en el terreno de la vida cotidiana como resultado de esas interacciones y observar cómo repercuten de forma distinta entre mujeres y hombres.

El funcionamiento del sistema social depende de distintos ámbitos estrechamente interconectados, estructurados bajo distintos tipos de relaciones y con distintos grados de dependencia entre ellos. Aunque las fronteras entre dichos espacios son por lo general porosas y cambiantes, podemos identificar

ciertos ámbitos distintos donde se desarrolla nuestra vida en común como si fueran los distintos eslabones de una cadena de sostén. Los límites entre los eslabones de esa cadena que sustenta la continuidad de la vida humana nunca son del todo fijos, cambian su propia composición y estructura dependiendo del contexto histórico, cultural, de renta, etc. En consecuencia, también sus relaciones e interacciones mutuas se modifican en cada medio social o situación histórica. Sin embargo, y aunque se trate de una primera versión inicial muy simple, puede resultarnos útil pensar la sostenibilidad de la vida humana desde una cadena integrada por cinco eslabones lógica e históricamente ordenados del siguiente modo: los sistemas naturales, el espacio doméstico del cuidado, las comunidades, la administración pública del Estado, y los mercados.

Primer eslabón: la naturaleza

En el nivel más básico siempre aparece la naturaleza, como no puede ser de otro modo. En última (o primera) instancia la vida humana depende de los recursos y servicios ambientales que proveen los sistemas naturales, y la continuidad de ese proveimiento depende de su buen o mal estado ecológico. Su relación con el resto de los ámbitos de la cadena de sostén es muy básica: para existir o hacer cualquier cosa necesitamos utilizar recursos energéticos y materiales de la naturaleza, y devolverle residuos. Si las tasas de utilización de aquellos recursos renovables o las tasas de sustitución de los no renovables superan la capacidad de renovación de los sistemas naturales que nos sustentan, nuestras vidas se fundan en un deterioro de la biosfera a expensas de las generaciones futuras. Lo mismo ocurre si los residuos de cualquier clase que devolvemos al medio superan su capacidad de asimilarlos y convertirlos de nuevo en recursos. Incluso si las tasas de extracción de recursos y vertido de residuos mantuvieran un cierto equilibrio con la capacidad de sostén y renovación de los sistemas naturales, su estado ecológico también puede degradarse cuando el grado o la forma de ocupación del territorio resulta incompatible con la diversidad y complejidad ecosistémica requerida para mantener un sinfín de servicios ambientales vitales (fertilidad del suelo, biodiversidad, polinización, control de plagas, agua limpia, etc.).

En ese primer eslabón tan básico la noción de sustentabilidad debe partir de reconocernos a nosotras mismas, y a nosotros mismos, como una forma propia de naturaleza transformada que a su vez transforma constantemente su entorno natural común. Somos naturaleza y cultura a la vez. Dependemos de la naturaleza de la que formamos parte, y coevolucionamos con ella lo

queramos o no, lo sepamos o no. Transformando su entorno natural la especie humana se ha transformado a sí misma a lo largo de la historia. Y viceversa, cada transformación social ha comportado modificaciones sustanciales en nuestra relación con la naturaleza. Ser sostenibles en ese primer nivel básico significa mantener esta relación de interdependencia de nuestras sociedades con la naturaleza dentro de una senda coevolutiva –siempre abierta y cambiante– que resulte perdurable desde el punto de vista de los recursos naturales y servicios ambientales que heredarán las generaciones futuras.

Los crecientes problemas ecológicos locales y globales que vivimos actualmente son resultado de una forma de interacción socio-metabólica con la naturaleza propia de la economía capitalista, la sociedad patriarcal y una cultura tecnológica androcéntrica que han demostrado ser ciegas, prepotentes y sumamente ignorantes ante los vínculos de dependencia que nos unen irremisiblemente al resto de la naturaleza. El agotamiento de recursos renovables (pesca, bosques, acuíferos) y no renovables (combustibles fósiles), las múltiples formas de contaminación localmente concentrada (industrial y urbana) o difusa (agroindustrial), el cambio climático y la drástica pérdida de biodiversidad, son todos ellos fenómenos ocasionados por nuestra estructura actual de producción y consumo regida por un orden socio-simbólico que únicamente tiene en cuenta el crecimiento económico mercantil sin preocuparse de mantener una relación socio-metabólica perdurable con el medio natural.

En sus múltiples facetas esa crisis ecológica global está estrechamente ligada a graves situaciones de desigualdad, pobreza y miseria, a la vez que está creando nuevas formas de empobrecimiento derivadas de la propia degradación ambiental. En definitiva, una economía regida únicamente por el logro del máximo beneficio mercantil privado implica una estructura de toma de decisiones que deviene ajena e indiferente a cualquier palpito de vida. Eso está poniendo en serio peligro la renovación de los bienes-fondo básicos de la biosfera que en último (o primer) término sostienen nuestra existencia en común. Su degradación resulta cada vez más patente incluso en nuestro propio devenir inmediato.

En su definición más difundida, se supone que la sostenibilidad consiste en satisfacer las necesidades humanas de las generaciones actuales sin poner en peligro la satisfacción de las necesidades de las generaciones venideras. Sin embargo, para transformar esa regla puramente axiológica en criterios y propuestas operativas concretas debemos formular a continuación la

siguiente pregunta: ¿cómo surgen, se formulan, expresan y satisfacen realmente las necesidades humanas? La respuesta no es nada obvia, dado el carácter social de nuestra especie en tanto que naturaleza cultural y tecnológicamente transformada. Los bienes y servicios ofrecidos por los sistemas naturales ya no pueden satisfacer directamente, sin mediación alguna, nuestras necesidades humanas. Tampoco la carencia que supone su privación, tanto si deriva de un agotamiento físico, de la degradación ecológica o de una simple denegación de acceso, proviene únicamente de la existencia o inexistencia de tales sistemas naturales.

Nuestros lazos de interdependencia con la naturaleza transcurren a través de un *metabolismo social* –un concepto acuñado por Karl Marx y olvidado por la inmensa mayoría de la tradición marxista–. Los bienes fondo y los flujos de materia y energía de los sistemas naturales sólo se convierten en recursos naturales para nosotras y nosotros a través de una larga cadena de mediaciones sociales, culturales y tecnológicas que establecen unas reglas de acceso dentro de un orden social y simbólico dado, y transforman materialmente aquellos flujos en bienes y servicios aptos para satisfacer nuestras necesidades surgidas y expresadas dentro de aquel medio social. Fuera de aquellas redes y mediaciones sociales no podemos devenir humanos, ni experimentar y satisfacer necesidades humanas.

Como cualquier otro animal, mantenemos un metabolismo individual *endosomático* –es decir, que transcurre dentro de nuestro propio cuerpo–, pero incluso éste se organiza en nuestro caso a través de muchas intermediaciones sociales. Una cosa son nuestros requerimientos nutricionales, y otra la dieta socialmente construida que la satisface. Una cosa es adquirir los ingredientes crudos de esa dieta en un mercado, y otra distinta cocinarla, servirla en una mesa bien puesta y degustarla en un entorno agradable. Una cosa es quitar la mesa y fregar los platos, y otra separar los residuos orgánicos de los que no lo son, y llevarlos a donde se puedan reciclar, y así sucesivamente. Mientras la nutrición forma parte de nuestra lista de necesidades vitales, los diversos *satisfactores* que pueden satisfacerla dependen de otros eslabones sociales de la cadena de sostén. A diferencia de los demás animales, nuestro metabolismo social es también *exosomático* en una proporción muy elevada y creciente. Todo ello requiere de otros recursos y capacidades de sostén que están más allá de los sistemas naturales.

De hecho, podemos pensar sintéticamente lo que hemos dado en llamar *desarrollo* de nuestra especie como un proceso de alargamiento de esta

cadena de sostén de las necesidades humanas que regula y materializa nuestro metabolismo social. Eso nos da un criterio muy claro para ordenar lógicamente e históricamente sus eslabones sucesivos. Durante millones de años nuestra especie subsistió materialmente y se desarrolló social y simbólicamente organizada en grupos familiares dentro de pequeñas comunidades. Sólo mucho más tarde, hace tan sólo una docena de milenios, encontramos indicios claros de la existencia de Estados que organizaban administrativamente territorios más amplios en los que subsumían a las comunidades de su interior separándolas del mundo exterior con una frontera. Más o menos al mismo tiempo, también aparecen en el registro arqueológico o las fuentes escritas indicios de un intercambio mercantil cada vez más intenso con comunidades, territorios y Estados cada vez más alejados.

Tanto la evidencia histórica como la teoría económica coinciden en afirmar que el desarrollo del intercambio mercantil ha requerido de la existencia de leyes y normas establecidas por Estados capaces de hacerlas cumplir. Sin embargo, tanto la teoría económica como buena parte de la historiografía han tendido a olvidar el papel sustentador vital que las comunidades, las unidades familiares domésticas y los sistemas naturales ha seguido ejerciendo por debajo de los mercados y los Estados en todas las sociedades humanas conocidas hasta nuestros días. Así pues, sólo hay un modo operativo claro para poder pensar cómo satisfacer sosteniblemente las necesidades humanas del presente sin poner en peligro la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras: analizar la entera cadena de sostén en la que estas necesidades surgen, se expresan, se satisfacen o se frustran a través de distintos satisfactores y reglas de acceso.

Segundo eslabón: el espacio doméstico del cuidado

A continuación de los sistemas naturales, y subiendo un eslabón en la cadena de sostén, encontramos el espacio del cuidado que tiene lugar principalmente dentro de unidades familiares domésticas de muy diverso tipo. Nacemos de una madre en el seno de un hogar, y es ahí donde a partir de nuestra condición primigenia de crías de mamífero sumamente dependientes adquirimos una identidad sexuada, un nombre, un lenguaje y unas capacidades básicas que nos permiten devenir seres humanos, es decir naturaleza culturalmente transformada. Sólo ahí comenzamos a ser *alguien*. Es decir, únicamente a partir de ese cuidado básico podemos llegar a ser personas relativamente autónomas capaces de interactuar con otros seres humanos en redes cada vez más amplias de interdependencia relacional. Lo que entendemos por

identidad y libertad personal sólo puede emerger y desarrollarse dentro esa red de interdependencias que tiene en el cuidado de unas personas por otras, y de unas generaciones por otras, su fuente básica de sostén.

El artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 dice lo siguiente: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». Aunque demasiado a menudo el vínculo que enlaza entre sí la tríada de conceptos formada por la libertad, la igualdad y la fraternidad se asocia a la noción de «derechos», uno de sus redactores, Stéphane Hessel ha subrayado, con razón, la importancia de la palabra «dignidad» en esa declaración. Vale la pena preguntarnos cómo se consigue realmente llegar a tener una vida «digna».

El propio Hessel nos da la respuesta con las bellas palabras que ha dedicado a su madre: «Me enseñó sobre todo a ser feliz aunque sólo fuera para ser digno de ella, que sabía dar felicidad. A ser feliz, es decir, a adquirir la suficiente confianza en mí mismo como propagador de felicidad como para superar cualquier obstáculo entre el objetivo perseguido y el esfuerzo por alcanzarlo». Estas dos frases están dedicadas a una madre concreta y singular, nada menos que la periodista alemana Helen Grund –que inspiró el personaje de Jules en la novela y la película *Jules et Jim*–; sin embargo, cualquier otro hombre o mujer podría hacerlas suyas al pensar en su propia madre, o en quien fuera que jugara ese papel en sus vidas, o en todo caso –pues en el mundo real felicidad e infelicidad siempre andan juntas– en cómo les habría gustado que fueran. Esa identificación sólo es posible porque a través de su madre Hessel describe con gran precisión algo que cualquier ser humano ha vivido como experiencia o como carencia: de qué modo el amor y los cuidados amorosos nos capacitan.

Así pues, la próxima vez que reescribamos aquel primer artículo de los Derechos Humanos debería decir lo siguiente: «*Todos los seres humanos nacen del seno de una madre y llegan a ser libres e iguales en dignidad y derechos gracias a una inmensa dedicación de cuidados, atenciones y amor de unas generaciones por otras que debe ser compartida entre hombres y mujeres como una tarea civilizadora fundamental de nuestra especie, gracias a la cual todas las personas pueden llegar a estar dotadas de razón y conciencia, y en virtud de la cual deben comportarse fraternalmente las unas con las otras a lo largo de sus vidas adultas*». De ese modo el vínculo entre libertad, igualdad y fraternidad dejaría de ser un mero imperativo categórico, y encontraría al

fin su fundamentación en la deuda que cualquier persona ha contraído con las demás –y en especial con la propia madre– para poder llegar a ser libre a través de la inter-*dependencia* relacional con sus semejantes.

Esa economía doméstica del cuidado que nos permite llegar a ser personas libres e iguales, capaces de confraternizar con nuestros semejantes, ha sido siempre, y sigue siendo hoy, una economía real en el sentido que produce bienes, servicios y cuidados tanto materiales como emocionales destinados a satisfacer estas necesidades fundamentales de las personas a lo largo de todo su ciclo vital en el hogar. A pesar de lo cual la mayoría de los economistas no la consideran como parte de la economía, al no estar orientada al mercado ni regirse por criterios mercantiles. Y sin embargo la economía del cuidado es el ámbito fundamental de la civilización. Para verlo así sólo es necesario entender que la civilización no es algo simplemente dado de una vez por todas, pues requiere una tarea *civilizadora* sin fin que constituye el verdadero núcleo de creación y recreación de la condición humana.

Ahí nacemos, crecemos, nos socializamos y adquirimos la identidad y autoestima básicas que nos permiten participar del mundo común más amplio de la sociedad humana. Ese desarrollo personal básico tiene lugar a través de los bienes, servicios y cuidados tanto biofísicos como emocionales históricamente producidos fundamentalmente por mujeres en o desde los hogares. Incluye la alimentación, un alojamiento ordenado y limpio que permita un verdadero descanso, la higiene corporal, en definitiva todas las necesidades básicas relacionadas con el cuerpo que son la base material del bienestar en la vida, y también las necesidades emocionales fundamentales que se satisfacen a través de los afectos y el reconocimiento. Sólo gracias a todos esos cuidados básicos previos podemos después presentarnos ante las demás personas –o contemplarnos a nosotras mismas y nosotros mismos en un espejo– con un sentimiento de *dignidad*: pues los demás y las demás también esperan recibirnos en ese estado de decencia básica para otorgarnos su reconocimiento como alguien que pertenece a su mundo común.

Como hombres ilustrados que eran, los primeros economistas –Adam Smith o David Ricardo por ejemplo– entendieron muy bien que ese sentimiento de decencia que marca la diferencia entre un nivel de vida «digno» o «indigno» de un ser humano presuponía el acceso a una cierta cesta de bienes (vestido, calzado, cobijo, aseo) cuyo coste incluyeron en el salario mínimo necesario para ‘reproducir la fuerza de trabajo’. Pero no fueron capaces de ver que, más allá de aquella cesta de bienes materiales que pueden ser mercantilizables, la

conversión en seres humanos hábiles para interactuar libremente en sociedad, y su mantenimiento en ese estado de decencia hasta el final de sus días, requiere una tarea inmensa de cuidados continuados que se desarrolla en el ámbito doméstico, que hasta ahora ha sido llevado a cabo mayoritariamente por mujeres y nunca podrá ser mercantilizado o colectivizado por completo.

Como *hombres e ilustrados* que eran, los primeros economistas pensaban que la civilización humana suponía un proceso de separación de la naturaleza y de dominio sobre ella. Creyeron, también erróneamente, que ese proceso de civilización era una especie de logro histórico que se había dado de una vez por todas, y luego ya perduraba para siempre gracias a la superioridad intelectual y tecnológica adquirida. Pensaron que la ciencia económica podía tomar ese proceso de civilización como algo dado, un rasgo que simplemente se da por supuesto.

De nuevo cometieron un error inmenso. Porque si entendemos la civilización humana como una naturaleza transformada por la cultura, se trata de un proceso que debe recomenzar de forma individualizada en cada una de nosotras, y cada uno de nosotros, cuando llegamos a este mundo como simples mamíferos desvalidos (con un montón de capacidades innatas que requieren el estímulo de la relación para desarrollarse). Y luego debe acompañarnos a lo largo de toda nuestra vida hasta poder morir también «decentemente» y en paz con nosotras mismas o nosotros mismos. La civilización humana únicamente puede sostenerse, individual y colectivamente, a través de esa inacabable tarea del cuidado que acompaña una vida humana digna, desde sus inicios y hasta el final, en el ámbito doméstico. Aún siendo aparentemente tan prosaica, debe considerarse una tarea civilizadora porque es por medio de ella como la civilización humana perdura del único modo que puede hacerlo una naturaleza culturalmente transformada: reproduciéndose de persona a persona, comenzando y finalizando en el ámbito doméstico donde nacemos y morimos.

Detrás de cada generación que deviene adulta se ha invertido, por tanto, una tarea silenciosa de cuidado, dura y persistente, llevada a cabo una y otra vez por millones de mujeres –y a veces también por algunos hombres, que son perfectamente capaces de llevarla a cabo a excepción de la gestación, el parto y la lactancia materna–. Puesto que acompaña la vida de cada ser en su devenir humano, esa tarea civilizadora es experta en colaborar con una determinada naturaleza para desarrollar una determinada cultura identificando las necesidades y carencias que *cada* ser humano experimenta en cada

situación, y ofrecer la combinación de *satisfactores* materiales y emocionales más adecuada dentro de la red de interdependencias relacionales en cada contexto. Sabe muy bien cuánto tiempo, esfuerzo y atención individualizada se ha debido invertir para que *cada* nueva generación adquiriera su condición humana, y pueda mantenerse en ella. También sabe lo que cuesta cuidar a los enfermos y desvalidos, y acompañar una muerte digna que constituye la última experiencia a la vez natural y social de nuestras vidas. Todo eso supone cultivar la relación como un arte, el arte de la humana relación. Por eso probablemente las mujeres se han opuesto tantas veces a la barbarie de la muerte violenta: porque saben lo que vale –y lo que duele– la destrucción de su inacabable obra civilizadora.

Sin embargo, a pesar de la enorme inversión de trabajo, energía emocional, atención individualizada y conocimiento relacional experto invertido en esa labor hasta el día de hoy mayoritariamente femenina, y su insustituible papel para el sostén de la vida humana, toda esta gran obra civilizadora deviene literalmente invisible en el orden simbólico mercantil de un sistema económico androcéntrico únicamente regido por el beneficio monetario privado. Como si dentro de ese orden capitalista y patriarcal dejara de ser algo tangible y material, para ingresar en el reino de aquellas inexistencias que lo son, no porque hayan dejado de ser importantes, sino simplemente porque pasan a darse por supuestas.

Así pues, y por mucho que se alargue la cadena de sostén, en todas las sociedades humanas el ámbito del cuidado doméstico sigue jugando un papel primordial e insustituible por debajo del velo de la ignorancia en que los eslabones superiores dominantes lo mantienen. Su objetivo, y su responsabilidad, son la reproducción de la población y la capacitación básica de las personas a lo largo de su ciclo vital con las dependencias relacionales específicas que implica cada etapa de la vida. Eso también incluye la reproducción de la fuerza de trabajo necesaria para la producción de mercado y la generación de beneficios mercantiles.

Los economistas clásicos llamaron ‘fuerza de trabajo’ a un conjunto de capacidades humanas básicas, y de capacitaciones laborales más específicas fundadas en las primeras, que permiten llevar a cabo unas determinadas tareas dentro de un proceso de producción complejo durante un tiempo determinado. Pues bien, esa ‘fuerza de trabajo’ –que las empresas toman simplemente como dada en el ‘mercado de trabajo’– no puede reproducirse sólo con el salario que percibe a cambio. Requiere también, necesariamente,

del trabajo de cuidados gratuitamente desarrollado en el ámbito doméstico a cargo mayoritariamente de mujeres hasta la fecha.

Pero, como hemos visto, ese ‘mercado de trabajo’ da todo eso por supuesto y no genera remuneración alguna para esta labor. Se aprovecha de que la economía del cuidado se ha desarrollado en el ámbito doméstico como un espacio no mercantil, donde rige la gratuidad relacional del don que se entrega en espera de una reciprocidad futura –sea ésta intergeneracional o dentro de una misma generación–. Con lo cual el espacio del cuidado le está entregando a la producción de mercado, históricamente desarrollada encima de él, una fuerza de trabajo por debajo de su coste. Aunque es necesario aclarar de inmediato que éste no se puede ni debe calcular en esos términos. Aquella minusvaloración representa finalmente una parte del beneficio de la empresa, sin duda. Pero, al igual que ocurre con la desvalorización mercantil de la naturaleza, no estamos aquí ante un mero olvido de una parte del valor económico que pueda llegar a restituirse por medio de algún tipo de cálculo, sino ante un conflicto abierto entre valoraciones distintas expresadas en lenguajes diferentes. Al incorporar no sólo tiempo y esfuerzo, sino un auténtico arte de la humana relación, su valor económico es sencillamente incalculable. Por eso para una parte sustancial de dicho trabajo doméstico no hay verdaderos sustitutos de mercado o públicos.

De ahí se sigue que la producción de mercado capitalista no tiene capacidad para sostenerse y reproducirse de forma autónoma, y depende por tanto de la economía del cuidado para su reproducción. Aunque nunca lo admita ni lo tenga en cuenta para nada, como tampoco lo hace la esfera pública del Estado cuando toma como algo dado la existencia de un cuerpo de ciudadanos y ciudadanas capaces de deliberar y votar sobre los problemas políticos de la vida en comunidad.

Hay un aspecto de esa gratuidad relacional que caracteriza el espacio doméstico del cuidado en el que vale la pena detenerse. Su reproducción constante del proceso de civilización puede definirse, desde ese ángulo, como un ‘metabolismo social mediado por el amor’ –tal como lo hizo Christopher Caudwell, un curioso marxista inglés que murió muy joven combatiendo con las Brigadas Internacionales contra el fascismo en España–. Por ‘amor’ entendía aquí Caudwell una forma de reaccionar alternativa a una respuesta puramente instintiva de supervivencia ante lo distinto y desconocido, que nos llevaría o bien a atacar (cuando identificamos en lo distinto a una posible presa) o a huir (cuando identificamos en lo desconocido a un eventual

depredador). En ese sentido amplio el amor se funda en la naturaleza de nuestro dimorfismo sexual, e incluye sin duda la propia pulsión sexual. Pero va también mucho más allá al incluir la atracción por aproximarse y conocer todo aquello distinto a nosotras y nosotros. Es, por tanto, también amor al conocimiento y el reconocimiento mutuo, la pulsión básica que ha conducido a nuestra especie a explorar el entorno, a trabajar y colaborar con la naturaleza y otros seres humanos para llegar a saber.

De ahí ha surgido el gran salto civilizatorio que ha permitido domesticar plantas y animales, crear herramientas y adornos, desarrollar el arte y la ciencia: todas ellas tienen en común la pulsión por conocer y comprender en un entorno de gratuidad entre personas que se reconocen como pares entre sí. Sin embargo el desarrollo humano de esa atracción por saber, mediada por la gratuidad del amor, también ha sido a menudo cercenada y subsumida por las jerarquías patriarcales de dominación, que surgieron muy pronto entre los espacios del cuidado doméstico y la comunidad social más amplia. Por debajo de esa jerarquía patriarcal ha seguido operando la gratuidad relacional del don basada en la reciprocidad y el reconocimiento mutuo, tanto en los espacios del cuidado doméstico como en otros ámbitos sociales –por ejemplo en cualquier proceso genuino de creación artística o generación de conocimiento veraz–. Simultáneamente, por encima del patriarcado y basándose en él, se han desarrollado las esferas superiores del Estado, el mercado y el capitalismo.

Eso significa, lisa y llanamente, que aunque el patriarcado, el Estado y el mercado hayan llegado a impregnar cualquier ámbito de nuestra vida social, nunca han podido ocuparlo todo por completo. Si lo hubieran hecho, hasta el punto de no dejar espacio alguno al ‘metabolismo social mediado por el amor’, la civilización humana habría colapsado mucho tiempo atrás. Simplemente, porque sin esos eslabones básicos de la cadena de sostén fundados en la gratuidad del amor en todas sus manifestaciones la sociedad humana resulta por completo insostenible.

Esa constatación es muy importante para pensar y llevar a cabo cualquier nueva propuesta de cambio social más allá del patriarcado, y del Estado y el mercado capitalistas. Cuando miramos esa cadena de sostén desde arriba hacia abajo, podemos legítimamente pensar que el patriarcado y las relaciones mercantiles despersonalizadas propias del capitalismo han estado parasitando la economía del cuidado de unas personas por otras fundada en la gratuidad del amor, y la naturaleza común. Pero cuando la miramos

desde abajo hacia arriba también descubrimos que para liberarnos de ese parasitismo lo primero que hay que hacer es reconocer la inmensa valía que atesoran esos espacios más básicos de la cadena de sostén donde se funda y reproduce la civilización humana en permanente interacción entre la naturaleza y la cultura. Debemos basarnos en ellos para llevar a cabo cualquier propuesta social de verdadera liberación.

Tercer eslabón: las comunidades

A continuación, subiendo otro eslabón en la cadena de sostén, se sitúan las comunidades. Como todos los demás, éste también es un espacio que se ha ido modificando a lo largo de la historia. Desde tiempos pretéritos y hasta épocas muy recientes el espacio de los hogares y el de las comunidades mantenían relaciones muy fluidas y estrechas. Las condiciones de vida vigentes conllevaban producir, trabajar y vivir en un medio social colectivo a través de relaciones poco o nada mercantiles donde aún predominaba, o subsistía, la gestión comunal de bastantes recursos naturales básicos. Las personas constituían y eran parte de la comunidad en la que obtenían un reconocimiento, donde llegaban a ser alguien a los ojos de las demás.

Podemos entender mejor ese engarce entre las esferas del hogar y la comunidad si pensamos en el ciclo vital de cualquier persona. Nacemos y nos criamos en un entorno familiar donde adquirimos un nombre, una identidad y unas capacidades básicas. Pero muy pronto llega un momento en nuestro desarrollo personal en el que descubrimos la existencia de otro mundo social más amplio más allá del propio hogar, y es entonces cuando entramos en relación con la comunidad que nos acoge. Es en ella donde encontraremos otras familias con rasgos distintos a la nuestra, y donde desarrollaremos nuevos lazos de amistad. De acuerdo con tabúes sexuales muy básicos para nuestra naturaleza transformada en civilización, también será en esa comunidad mayor donde probablemente buscaremos y encontraremos compañeros para disfrutar de nuestra pulsión sexual y atracción amorosa, fundar un nuevo hogar y –si es el caso– reproducirnos biológicamente y culturalmente.

Como en el ámbito doméstico del cuidado, todos esos lazos sociales comunitarios siguen fundándose en la reciprocidad del don gratuito, la ayuda mutua y la cooperación. Eso los diferencia justamente de la esfera pública del Estado, aunque sus fronteras sean muy porosas y hayan existido muchas comunidades rurales o urbanas que para establecer un trato aceptable

con las esferas superiores más o menos estatales que las subsumían –por ejemplo los señores feudales, la Iglesia o el Rey– adoptaron reglas formales tanto consuetudinarias como escritas de carácter mucho más político. Al igual que en el ámbito doméstico, desde muy pronto aquellas costumbres en común fundadas en la gratuidad del don relacional se vieron sesgadas por las jerarquías patriarcales, a las que se añadieron otras surgidas de la desigualdad de acceso a los recursos que dejaron de ser comunes, o de las distinciones de estatus impuestas por reglas socio-institucionales o políticas más amplias. En combinaciones distintas y cambiantes aquellos principios básicos de la ayuda mutua, sesgados por las jerarquías patriarcales, las desigualdades sociales y las distinciones de estatus, han seguido caracterizando muchas formas históricas diferentes de comunidad local.

Mientras en algunas zonas del planeta poco industrializadas aún se mantiene vigente aquel tipo de comunidad rural, a la vez consuetudinaria e institucionalizada, que en Europa ya sólo encontramos en los libros de historia, en los entornos urbanos donde vive ahora la mayor parte de la Humanidad sigue habiendo otros tipos de comunidades muy diferentes. Algunas son todavía cercanas geográficamente al hogar, como la vida asociativa de barrio o las amistades que nacen constantemente alrededor de las escuelas públicas donde las niñas y los niños siguen accediendo mayoritariamente a pie. El urbanismo ecológico define, justamente, a un barrio por el alcance de la pierna humana: aquel espacio donde es posible satisfacer la mayor parte de nuestras necesidades cotidianas moviéndonos a pie. Pero el desarrollo de las redes de transporte físico primero, y de internet después, han abierto la posibilidad de establecer relaciones y crear nexos asociativos, comunidades de afinidad y redes sociales de tipo muy diverso no necesariamente relacionadas con la cercanía territorial.

Todas esas comunidades y redes sociales, geográficamente cercanas o no, siguen siendo de vital importancia para la participación ciudadana y la cohesión social. Son espacios donde la socialización de las personas prosigue con la tarea de capacitar el desarrollo humano comenzada en los hogares. Dan respuesta a nuestra vulnerabilidad y necesidad de reconocimiento, nos empoderan a través de la cooperación que permite superar la impotencia del aislamiento, nos ofrecen una red de interdependencias para evitar la soledad cuando ésta no es deseada. Esos rasgos los caracterizan y diferencian de las relaciones jerárquicas y/o despersonalizadas que se dan en otros espacios exteriores al ámbito doméstico, como la esfera política del Estado o el mercado capitalista.

Todas las luchas sociales conocidas a lo largo de la historia se han desarrollado a partir de la capacidad de la gente de sentirse parte de una cierta comunidad de iguales, a menudo confrontada con otros intereses o instituciones ajenos y contrarios a ella. Gracias al desarrollo de esa cooperación fundada en el principio del «*hoy por ti y mañana por mí*», que siempre presupone un cierto grado de cercanía y reciprocidad, la acción colectiva ha podido invalidar tantas veces la presunción de muchos economistas según la cual el interés puramente individual debería llevar a todo el mundo a no implicarse en acciones colectivas para rehuir el coste personal que suponen, aprovechándose en todo caso de que sean las demás personas quienes lo asuman. Desde luego, si todo el mundo se comportara así nunca habría habido acción colectiva ni existirían luchas sociales.

Eppur si muove. La mera existencia de un amplio repertorio histórico de luchas sociales demuestra que por debajo del mercado y el Estado ha habido siempre, y sigue existiendo, un ámbito muy importante fundado en relaciones comunitarias de cercanía donde se desarrollan y cultivan valores comunes. Evidentemente la privatización individual de los derechos de acceso a los recursos naturales, y su concentración en pocas manos, ha dado lugar a comunidades muy diferentes entre sí. En esas sociedades desiguales las distintas identidades comunitarias pueden yuxtaponerse, superponerse o incluso confrontarse y oponerse entre ellas.

Para que una comunidad pueda llegar a ser realmente capacitadora del desarrollo humano de las personas que la integran, éstas deben poder adoptarla a lo largo de sus vidas como una afinidad electiva tanto si han nacido y crecido en ella como si la han adoptado después. Tenga o no una base territorial de proximidad, cualquier vínculo social puede ofrecerse y funcionar como una comunidad de elección o cerrarse a ella. Para comportarse como una comunidad de elección, esas identidades comunitarias deben ser lo suficientemente abiertas, cambiantes y fluidas para dejarse transformar a través de la gente que las adopta como suyas. Por eso no todos los comunitarismos son siempre abiertos y favorecedores del desarrollo humano entendido como libertad. Eso incluye, sin duda, la larga trayectoria histórica de las identidades de carácter nacional en las que es posible encontrar situaciones de todo tipo, abiertas o excluyentes.

Las jerarquías patriarcales también han impregnado la larga historia de las comunidades, cercenando o sesgando su noción de bien común. Y sin embargo, pese a todo, tampoco aquí ni el patriarcado ni las desigualdades

sociales o nacionales han impedido del todo que las nociones de bien común, dignidad relacional y derechos compartidos hayan seguido abriéndose paso a través de un cierto tipo de acción colectiva. De hecho eso que hemos dado en llamar democracia es hija de esa clase de luchas sociales emancipadoras desarrolladas a pesar del patriarcado, el Estado, el mercado y el capitalismo realmente existentes.

Cuarto eslabón: los Estados

El funcionamiento del sistema capitalista requiere de la existencia del Estado, por la sencilla razón que sin las normas, leyes o regulaciones que establece y obliga a cumplir el intercambio mercantil difícilmente puede desarrollarse. No al menos hasta el punto de inflexión que ha supuesto pasar de una sociedad con algunos mercados de bienes a una sociedad de mercado, donde tanto gran parte de los bienes y servicios como la mayoría de factores de producción han sido mercantilizados –a excepción, como vimos, de los ámbitos previos del cuidado y reconocimiento personal basados en la reciprocidad gratuita–. De aquí que este ámbito se sitúe a continuación de las comunidades y antes, lógica e históricamente, del espacio del mercado.

Por otra parte, en un grado u otro y en distintas formas según su propia naturaleza, los Estados y sus gobiernos necesitan legitimarse. Para lograr que la población administrada cumpla con las leyes y normas establecidas no basta con la fuerza bruta de la coerción o el miedo a una represión feroz. Por eso todos los Estados han tomado prestadas hasta cierto punto, reelaborándolas con ayuda de sentimientos religiosos y/o nacionales, las nociones preexistentes de bien común propias de la cultura de la gratuidad relacional vigente en las comunidades y el ámbito doméstico. De nuevo el patriarcado ha jugado históricamente un importante papel de engarce entre esos distintos eslabones, legitimando la extensión de la cadena de sostén hacia el Estado y el mercado.

Tanto en el pasado como en tiempos recientes, las acciones colectivas siempre han jugado con –y sacado cierto partido de– esa necesidad de los Estados y sus gobiernos de lograr cierta legitimación o consenso pasivo de la población administrada. Por eso uno de los resultados relevantes de las luchas sociales democratizadoras ha sido la creación de un abanico de bienes y servicios públicos, administrados por el Estado a través de los impuestos, cuyo acceso no está regido por la capacidad adquisitiva de cada cual en el mercado sino por derechos personales de ciudadanía. Al notable incremento

de esos bienes y servicios públicos tras la victoria sobre el nazismo y los fascismos en la Segunda Guerra Mundial se le acabó denominado ‘Estado del Bienestar’, en contraposición al ‘Estado Guerrero’ nazi (*Warfare State*).

La gestión de la última Gran Recesión iniciada en 2008 ha puesto de manifiesto hasta qué punto sigue siendo verdad que ese Estado liberal, y sus gobiernos de turno, se comportan como una especie de ‘Estado Mayor de las Altas Finanzas’. Es decir, gobiernan para una inmensa minoría de mega-ricos. Sin embargo, y a la vez, esos Estados y los gobiernos de turno tienen a su cargo la tarea nada despreciable de gestionar una importante dotación de bienes y servicios públicos que juegan un papel de primer orden para la sostenibilidad de la vida cotidiana de la inmensa mayoría de la gente. De modo que ya no es verdad que esa inmensa mayoría trabajadora no tenga más que sus cadenas para perder si aquellos ‘Estados del Bienestar’ se vinieran abajo.

Cualquier nueva propuesta de transformación social más allá del capitalismo debe tomar en consideración esa condición bifronte de los Estados democráticos que, estando indudablemente al servicio de una ínfima minoría de grandes inversores privados, gestionan a la vez un importante componente de bienes y servicios públicos de carácter ‘socialista’ o colectivista para la mayoría de la sociedad. Por eso, y a diferencia de otros momentos históricos en los que el Estado liberal se reducía únicamente a gestionar los intereses de las altas finanzas –y algunos movimientos sociales vislumbraron un hipotético futuro de superación conjunta del capitalismo y el Estado–, ahora debemos concentrarnos más bien en cambiar a fondo tanto la importancia relativa de los distintos ámbitos de la cadena de sostén, como los nexos que unen unos eslabones con otros para redefinir las funciones que el Estado juega como engarce entre los mercados, las comunidades, los espacios domésticos del cuidado y la naturaleza.

Aunque el movimiento feminista fuera de hecho tan importante como el movimiento obrero socialista para el desarrollo de la democracia, y desde sus inicios señalara la importancia de la capacitación para el desarrollo humano que suponía el inmenso trabajo de cuidado gratuito desarrollado por las mujeres en el hogar, el orden simbólico patriarcal ha seguido cancelando hasta nuestros días la importante cuestión de cuáles deben ser los vínculos o engarces recíprocos entre los primeros cuatro eslabones de la cadena de sostén (la naturaleza, el cuidado doméstico, las comunidades y los servicios públicos del Estado), y de todos ellos con el mercado que sostiene conjuntamente. La primera condición de esa revisión a fondo de la función del Estado y las

políticas públicas es rescatar del olvido los eslabones fundamentales de la cadena de sostén, donde tiene lugar el intercambio sociometabólico con la naturaleza y la reproducción cotidiana de la condición humana como tal.

Quinto y último eslabón: los mercados

El siguiente y último espacio es lo que –irónicamente– se suele llamar «economía real»: la producción (que también puede resultar a menudo destrucción desde un punto de vista ecológico y social) de bienes y servicios producidos por las empresas privadas para el mercado –aunque los flujos de valor añadido mercantil medidos en el PIB también incluyen los servicios y bienes públicos ofrecidos por el Estado, únicamente valorados por la remuneración de sus empleados públicos para evitar incurrir en doble contabilidad–. En ese ámbito cualquier bien o servicio se produce con trabajo realizado bajo condiciones mercantiles capitalistas, es decir, mediado por dinero.

Lo que finalmente convierte en capitalistas a nuestras sociedades de mercado actuales son estos dos rasgos clave, a saber: 1) resulta prácticamente imposible satisfacer nuestras necesidades humanas sin pasar de un modo u otro, y en un grado mayor o menor, por ese quinto eslabón del mercado; y 2) esos mercados están regidos, casi exclusivamente, por la búsqueda del máximo beneficio de los inversores privados que tienen capacidad para determinar con sus decisiones el funcionamiento de la economía en su conjunto –aunque ésta incluya en sus fundamentos, como ya hemos visto, tanto bienes públicos colectivos financiados con impuestos como el papel amortiguador de la ayuda mutua prestada por las comunidades y la economía del cuidado doméstico, o los recursos y servicios proporcionados por los sistemas naturales–.

Pero mercado y capitalismo no son lo mismo. El primero antecedió muchos milenios al segundo, de modo que han existido y pueden volver a existir sociedades distintas al capitalismo donde funcionen mercados. Cuando está regido por criterios capitalistas, el objetivo de la producción y el consumo a través del mercado es únicamente la obtención del máximo beneficio privado de la inversión de dinero realizada, sin tener en cuenta para ello ni las condiciones de vida de las personas ni sus consecuencias para la naturaleza. El resultado es que en lugar de situar a la economía al servicio de las personas, se ha convertido a las personas en instrumentos de esta forma tan descarnada de economía.

Dado que en ese mercado capitalista todo valor se reduce a lo que adquiere valor monetario, sólo se toman en cuenta la producción y el consumo llevados a cabo en esos dos espacios superiores de la cadena de sostén de las necesidades humanas. Son los que entran en línea de cuenta del indicador económico más omnipresente: el PIB, que equivale a la suma los valores monetarios netos facturados en el mercado por las empresas privadas, los hogares y el Estado. Aunque ese indicador únicamente ofrece información de una parte de la producción y consumo real de bienes y servicios, no de toda, a menudo se emplea en términos normativos como indicador de bienestar: se da por supuesto que todo va bien cuando crece el PIB, y viceversa.

Tenemos entonces que, en las circunstancias propias del capitalismo, los dos órdenes superiores cuyos flujos monetarios se cuentan en dinero en el PIB, el mercado y el Estado, funcionan con unos criterios por completo indiferentes y a menudo contrarios al esfuerzo para sostener la reproducción de una vida humana digna para todo el mundo que, pese a todo, se siguen llevando a cabo en los otros tres eslabones inferiores de la cadena de sostén: las comunidades, el espacio doméstico del cuidado, y la naturaleza. Esa disfunción deriva directamente de la distinción entre valores de uso y valores de cambio ya establecida en tiempos de Adam Smith, y el supuesto de que sólo estos segundos cuentan para la economía de mercado. Dicho de otro modo, los agentes económicos que interactúan de forma despersonalizada en dichos mercados deben tomar sus decisiones de producción y consumo de acuerdo con unos costes y precios monetarios que no toman en cuenta ni los costes sociales asumidos por las comunidades y las unidades domésticas en la reproducción y cuidado de la vida humana, ni los costes e impactos ambientales soportados por los sistemas naturales.

Gracias a las críticas desarrolladas por la economía ecológica y la economía feminista, aquello que los economistas clásicos llamaban 'valores de uso' ahora se denominan «costes externos» o simplemente «*externalidades*». Dejando a un lado que esa semántica ya presupone en sí misma haber confinado el ámbito de lo económico a lo puramente mercantil, el lenguaje de las «*externalidades*» también supone admitir que los precios y costes surgidos de esos mercados no lo cuentan todo como es debido, pues hay multitud de costes *externos* o *sociales* no incluidos en el cómputo que afectan a otras personas excluidas de los contratos como, por ejemplo, las generaciones futuras que jamás podrían concurrir a ellos. Por tanto, esos precios relativos funcionan como señales que transmiten una información errónea a todos los agentes económicos que interactúan en aquellos mercados, induciéndolos a

adoptar decisiones que degradan sistemáticamente la cohesión social de las comunidades, la economía del cuidado desarrollada en el ámbito doméstico, y el buen estado ecológico de los sistemas naturales.

Al contrario de lo que aún piensa la mayoría de economistas, éste no es un problema menor que pueda resolverse tan sólo con algunos ajustes técnicos para corregir *ad hoc* algunas «externalidades» o asimetrías de información y costes de oportunidad meramente ocasionales. Afecta de lleno a lo que constituye la propiedad más importante del mercado, a saber: su capacidad para generar y transmitir información económica veraz entre un sinfín de personas que no necesitan conocerse unas a otras, ni tener a un planificador global, para interactuar entre ellas de una forma que promueva un uso más eficiente de los recursos de cada cual. No es un fallo operativo circunstancial de los mercados capitalistas, sino un fallo *sistémico*; y no puede ser de otra manera dado que su personaje simbólico de referencia es el llamado *homo oeconomicus* caracterizado por su egoísta búsqueda del propio beneficio.

De ahí no se sigue, sin embargo, que para llegar a ser sostenibles debamos prescindir por completo de cualquier tipo de mercado. La trágica confusión estalinista de la planificación socialista con la abolición del mercado ha demostrado que sus propiedades como mecanismo de coordinación de las decisiones individuales de mucha gente, que genera y transmite un cierto tipo de información necesaria y útil para tomar esas decisiones, resulta también un prerequisite necesario para cualquier forma de planificación económica eficaz. Ésta es una lección del colapso de las economías estalinistas de planificación central que nunca debemos olvidar: para planificar bien hacen falta mercados que proporcionen la información necesaria, y generen los incentivos o desincentivos adecuados a los fines que la sociedad se proponga. Y para organizar sosteniblemente la vida humana en sociedades muy pobladas y complejas se necesita una buena dosis de planificación en una democracia económica basada en mercados, comunidades y empresas autogestionadas por sus trabajadores comprometidas en lograr un intercambio sociometabólico perdurable con la naturaleza.

La economía ecológica también ha formulado un interesante argumento a favor de un cierto tipo de mercados locales o regionales, que es a la vez un contundente razonamiento en contra de una globalización mercantil irrestricta. Cierta articulación de mercados locales y regionales permite, en efecto, reducir los factores naturales limitantes existentes en distintos lugares de la Tierra, sea a través de su comercio directo o de una especialización en

los diferentes productos más adecuados para aquella distinta dotación de recursos naturales entre zonas que intercambian sus excedentes. Eso permite aumentar también la resiliencia de las comunidades ante sequías, heladas u otras variaciones extremas de las condiciones ambientales locales, reduciendo el riesgo de hambrunas. Sin embargo, todo comercio requiere transporte que a su vez comporta un consumo de energía y una importante fricción en los ecosistemas por los que transcurre, lo que genera considerables impactos ambientales negativos. La especialización comercial extrema también puede mudar en monocultivos y degradar la complejidad ecosistémica del territorio. Y así sucesivamente.

Así pues, existe un umbral a partir del cual la mercantilización comienza a generar más problemas socio-ecológicos de los que puede ayudar a resolver. El corolario de ese argumento económico-ecológico es que cada comunidad y sociedad debe buscar por ensayo y error el tipo de mercados y el grado de inserción en ellos que permite sacar partido de sus ventajas como institución humana que ayuda a coordinar decisiones económicas, transmitir información y favorecer un uso más eco-eficiente de los recursos naturales, evitando a la vez superar aquel umbral en la escala de mercantilización a partir del cual sus impactos devienen insostenibles. Eso da fundamento a la defensa de los mercados locales y regionales en contra de una globalización sin límites vindicada por los promotores de otras formas de desarrollo endógeno y sustentable basadas en la comunidad y la autogestión cooperativa.

Al situar juntos todos esos planteamientos en la cadena de sostén de las necesidades humanas nos damos cuenta enseguida que la clave para sacar partido a las propiedades del mercado como mecanismo de coordinación social, sin dar lugar a todos los efectos perversos que una escala de mercantilización demasiado grande acaba generando para la sociedad y los sistemas naturales, reside en tener esos mercados socialmente embridados dentro de unos valores comunitarios y del cuidado doméstico que los mantengan bajo control social en una democracia económica que combine planificación y mercado a diversas escalas. Las propuestas generales y prácticas emergentes de la agricultura ecológica o el comercio justo se encaminan en esa dirección: reducir los circuitos de producción y consumo a entornos de proximidad democráticamente controlables, añadir a los precios descarnados etiquetas ecológicas y sociales que informen de forma transparente a los consumidores de dónde vienen y cómo han sido producidos los productos que consumen, generar otros tipos de empresa donde se pueda trabajar sin estar sometidos a la dictadura del beneficio privado ajeno.

Este planteamiento nos conduce a una conclusión general muy sintética: la insostenibilidad de la economía capitalista actual proviene fundamentalmente de la hipertrofia que experimentan los eslabones superiores de la cadena sostén cuando están regidos por el único imperativo del máximo beneficio privado a expensas de una degradación creciente de los eslabones inferiores en los que, sin embargo, se siguen sustentando los de arriba. Dado que sólo los dos eslabones superiores del Estado y el mercado entran en línea de cuenta del PIB, y es con ese PIB como se mide el crecimiento económico, podemos decir lo mismo en los términos con los que se suele formular ese argumento desde la economía ecológica y la economía feminista: *este crecimiento económico está minando su propia base de sustentación*. Está cavando su propia tumba, literalmente.

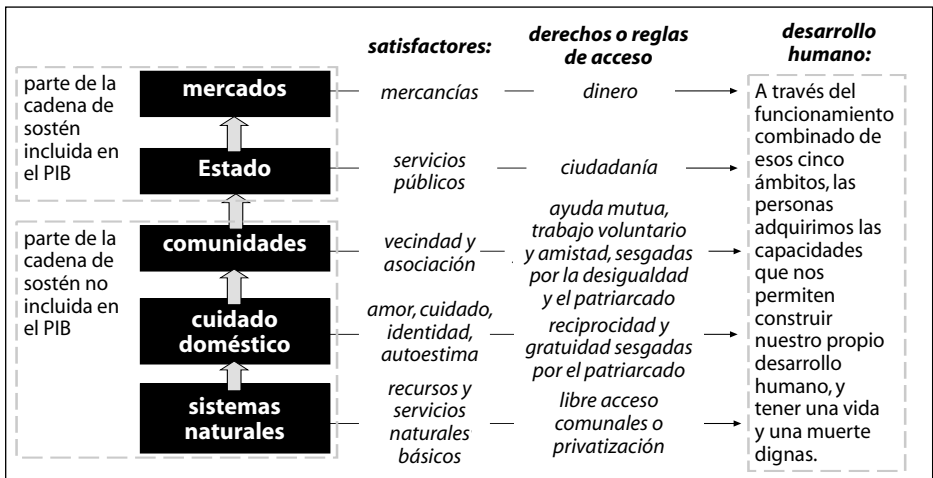
Hay varios estudios que han comparado las series históricas de crecimiento del PIB per cápita y algún índice compuesto de bienestar sostenible, y han encontrado que el bienestar de las personas sólo ha conseguido aumentar de manera más o menos paralela al crecimiento económico hasta un determinado momento. A partir de ese punto de inflexión, aunque el PIB continúe creciendo el bienestar comienza a disminuir (por ejemplo porque la degradación ambiental exige mayores gastos compensatorios o 'defensivos', y también por otros mecanismos sociales). La mayoría de países desarrollados parecen haber atravesado ese umbral de saturación hacia los años de 1970, justo cuando alcanzaron un nivel de renta per cápita que se asemeja bastante al punto de ruptura que también muestran las correlaciones existentes entre el nivel de renta y el porcentaje de población que declara sentirse feliz: unos diez o doce mil euros anuales a poder adquisitivo actual, la renta de un «*mileurista*». Por encima de ese nivel parece que el incremento del PIB per cápita ya no aumenta el número de personas que se declaran felices con la vida que llevan. Puede que incluso disminuya, especialmente si con la capacidad adquisitiva también se incrementa la desigualdad interna de la sociedad en cuestión. Las correlaciones de PIB con el índice de Desarrollo Humano (IDH), o de éste con la 'huella ecológica' también ponen de manifiesto aspectos muy relevantes de la insostenibilidad e indeseabilidad de un crecimiento económico excesivo más allá de cierto umbral.

Todos éstos son ejercicios muy discutidos, porque para evaluar cosas tan complejas como el bienestar, el desarrollo humano o la presión sobre los sistemas naturales mediante índices cuantitativos compuestos hay que adoptar algunos supuestos bastante discutibles, que no siempre encuentran un consenso general y nunca pueden aprehender por sí solos la

multidimensionalidad de todos esos fenómenos. Pero incluso si consideramos que se trata tan sólo de indicadores de brocha gorda, resulta llamativo que en las imágenes tan borrosas que nos proporcionan de la realidad ya emerja con cierta claridad una noción a la que también podemos llegar reflexionando más filosóficamente sobre nuestra propia experiencia: más no es siempre mejor, no podemos satisfacer nuestras carencias afectivas consumiendo más objetos inútiles para ello, hay que saber cuánto es bastante, hay que aprender a vivir mejor con menos para que otros y otras puedan simplemente vivir...

Para comenzar a hacer realidad ese cambio drástico de trayectoria se requiere una masa crítica de gente dispuesta a combinar la 'voz' de la protesta con el desarrollo cotidiano de vías de 'salida' efectiva del sistema establecido, aunque se trate tan sólo de salidas parciales e inicialmente pequeñas. Es de vital importancia darse cuenta que los cambios sociales deben producirse a la vez en toda la cadena de sostén. No bastará con que ocurran sólo en alguno de sus eslabones. Para eso proponemos ese marco general que resumimos muy esquemáticamente en la figura 1: para nombrar, hacer visibles y pensar cómo rehacer los nexos entre los componentes interdependientes que permiten (o no) satisfacer las necesidades de la gente.

Figura 1. La cadena de sostén de las necesidades humanas.



Fuente: elaboración propia a partir de múltiples referencias (ver las citadas al final del texto).

Lo que hemos planteado hasta aquí, y resumido esquemáticamente en la figura 1, es tan sólo un esbozo preliminar que puede resultar útil para poner palabras y comenzar a pensar en la sostenibilidad de la vida humana, pero sólo hasta

cierto punto. Una de nuestras motivaciones es intentar superar la formulación banal en tres ángulos o esferas que tantas veces se emplea para expresar la multidimensionalidad de la sostenibilidad: ecológica, económica y social. El problema de esa lectura convencional es que miente como suelen hacerlo todas las medias verdades. Por una parte es obvio que la sostenibilidad es una noción multidimensional que debe tener alguna componente ecológica, económica y social. Pero demasiado a menudo eso se interpreta desde el orden socio-simbólico dominante, y por los poderes económicos y políticos establecidos, como una especie de componenda: conviene 'equilibrar' hasta donde se pueda el crecimiento económico con un poco de 'cohesión social' y cierta 'corrección de impactos ambientales'. Eso es todo.

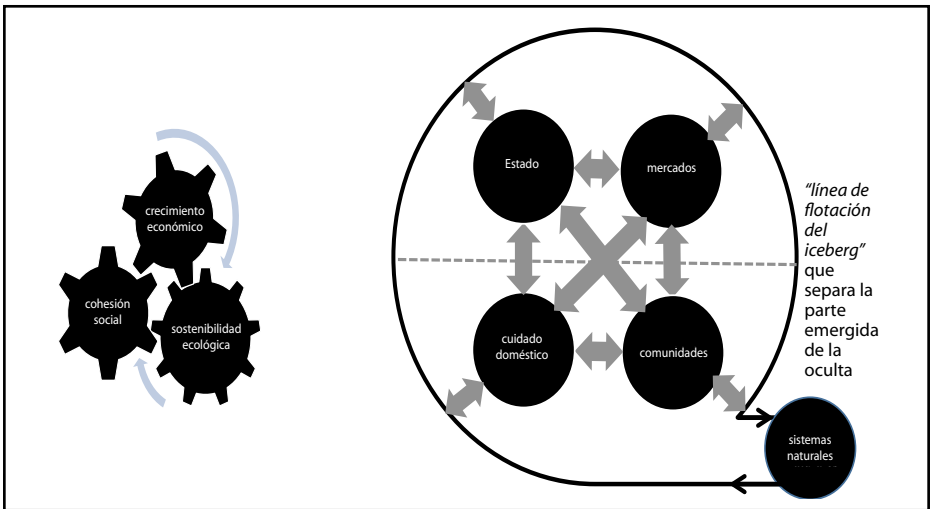
De ese modo, ni las políticas sociales ni las ambientales pueden nunca poner en cuestión el funcionamiento de una economía que socava constantemente todos los vínculos sociales no mercantiles y el buen estado ecológico de los sistemas naturales. Dicho en plata, seguimos dejando que sea el lobo quien cuide del rebaño. La fuerza transformadora de la noción de sostenibilidad de la vida humana sólo puede emerger si sacamos a la luz la entera cadena sostén que puede satisfacer o frustrar realmente la satisfacción de las necesidades de la gente, en todas sus dimensiones y a lo largo de sus vidas.

Entonces resulta patente que los eslabones superiores de la cadena funcionan con una lógica contraria a la sostenibilidad de la vida humana y están, por tanto, minando constantemente la tarea de sostén que mejor o peor siguen llevando a cabo las comunidades, las unidades domésticas y la naturaleza. Son los que ha desarrollado históricamente el capitalismo, y se identifican con él. Por tanto, una sociedad sustentable, capaz de hacer las paces con la naturaleza y consigo misma, tiene que buscar alguna vía de salida practicable más allá del capitalismo, del patriarcado y de esa democracia acogotada por su supeditación al orden social, simbólico y material, que el capitalismo y el patriarcado imponen a nuestras vidas.

Para seguir pensando y experimentando realmente en la construcción de una cadena de sostén superadora de la depredación capitalista y patriarcal hay que ir un poco más allá del esquema inicial presentado en la figura 1. Ese esquema sólo sirve para identificar la sucesión lógica e histórica entre cinco eslabones o ámbitos dentro de los cuales rigen valores y criterios de decisión claramente distintos e incluso contrapuestos. Pero dado que al final la satisfacción o frustración real de las necesidades de la gente proviene de los funcionamientos combinados que interrelacionan entre sí todos esos

ámbitos, el esquema también se queda corto. Para ir más allá de él hay que analizar más a fondo los nexos cruzados que unen esos funcionamientos, tal como se sugiere en la figura 2 donde se compara la noción convencional en tres dimensiones –cuyo bloqueo proviene de las dinámicas opuestas de la economía respecto de la ecología y la sociedad– con la complejidad del funcionamiento integrado de todos los eslabones de la cadena de sostén:

Figura 2. El bloqueo al que conduce la tríada convencional en que se suele subdividir la sostenibilidad (izquierda), comparado con la complejidad de los funcionamientos integrados de todos los eslabones de la cadena de sostén (derecha).



Fuente: elaboración propia a partir de múltiples referencias (ver las citadas al final del texto).

En cualquier caso, queremos constatar que nuestro esquema, y su versión simplificada en las figuras 1 y 2, ha dejado bastante de lado las relaciones internacionales y los efectos de la globalización. La razón es que pensamos que complicaría mucho el esquema sin aportar muchas novedades a las ideas básicas de funcionamiento del sistema y la reproducción de la vida. Pero queremos señalar que en los estudios sobre movilidad, mercantilización o mala distribución internacional de los recursos, o sobre los efectos de la globalización, nunca se consideran los procesos de movilidad, redistribución, mercantilización o globalización que están afectando al cuidado y, por tanto, a las mujeres cuidadoras que participan en las cadenas mundiales de afecto y de cuidados, nombre originalmente utilizado por Hochschild para designar las cadenas que forman mujeres pobres de países pobres cuidando cada una los hijos e hijas de otra para que la última de la cadena pueda emigrar a realizar trabajos de cuidadora en países más ricos.

2. Las relaciones de funcionamiento que sustentan nuestras vidas como mujeres y hombres

Desde un punto de vista operativo el concepto de sostenibilidad no es fácil de definir, pues se trata de una noción multidimensional que engloba diversas sostenibilidades: ecológica, económica, humana y social, y todas las interrelaciones que existen entre ellas. Lo más difícil es especificar estas relaciones de funcionamiento dada la complejidad de los múltiples nexos que conectan los distintos espacios. Dicho de otra manera, la sostenibilidad de cada ámbito requiere la sostenibilidad de todos y cada uno, siendo imposible definir la sostenibilidad de uno de ellos sin contar con los demás. Estas diversas sostenibilidades deben estar entrelazadas formando una sostenibilidad con mayúsculas. Ocultar las relaciones de interdependencia relacional solo conduce a una sostenibilidad imposible. Hay que hacerlas explícitas para transformar las actuales relaciones de explotación (de la economía de mercado capitalista sobre el planeta y sobre el ámbito doméstico) en relaciones cooperativas.

Actualmente todos esos ámbitos donde tienen lugar interacciones entre personas y/o grupos, están atravesados por distintos tipos de relaciones sociales y personales, sean éstas de desigualdad jerárquica como en las relaciones capitalistas, las patriarcales o las de etnia/raza, y otras horizontales motivadas por afectos, solidaridades o reciprocidades. Todas estas relaciones se entrecruzan, cohabitando algunas de ellas simultáneamente en determinados ámbitos, épocas o lugares. Ya hemos visto cómo, en primer lugar, las relaciones patriarcales atraviesan toda la estructura de los distintos ámbitos. Comienzan por la asignación por sexos de todo tipo de trabajos –sea en el espacio mercantil capitalista como de cuidados en el entorno doméstico–, y prosigue convirtiendo al primero en un trabajo socialmente reconocido mientras el segundo pasa a considerarse una labor socialmente devaluada. Seguramente es en el nexo entre el ámbito del cuidado doméstico y el de la comunidad donde primero arraigan las relaciones patriarcales, y se ejercen con mayor fuerza, tratando de mantener a las mujeres aisladas unas de otras en una situación vulnerable. Sin embargo, el movimiento feminista ha comprendido que la transformación social arraiga en la relación humana más básica, que enlaza a las personas de dos en dos, y por eso ha proclamado que lo personal es político. Esa nueva visión ha permitido entender el ámbito del hogar desde otra mirada. Porque es ahí donde las mujeres no sólo han sabido sostener las vidas de otras personas sino también modificar las suyas propias y su relación con los hombres. Mientras el capitalismo *«ha eliminado la ternura*

en las relaciones humanas» –de nuevo en palabras de Christopher Caudwell–, las mujeres han seguido empleándola a fondo para que la civilización humana pueda perdurar reproduciéndose. Y han acabado empleando ese saber no sólo para reproducir, sino para transformar las relaciones entre mujeres y hombres. Esa es la raíz profunda de la revolución más importante del siglo XX.

De ese modo, en el propio espacio doméstico se entrecruzan lógicas y funcionamiento contrapuestos. Aunque no faltan ejemplos de subordinación extrema dentro del hogar, sin la capacidad de resistencia y transformación de las relaciones humanas que han ejercido siempre las propias mujeres desde el propio ámbito doméstico, y más allá, el mundo común se habría venido abajo. Y a partir del momento en que el orden simbólico patriarcal ha dejado de marcar su destino como mujeres, éste ha comenzado también a morir. De un modo análogo a como ese orden jerárquico patriarcal ha estado presente en todos los espacios, y marcadamente en el ámbito laboral y las estructuras del Estado, la capacidad transformadora de las mujeres también se ha proyectado hacia ellos dando lugar a expresiones organizadas con una voz colectiva siempre fundadas en aquella relación molecular, de dos en dos, entre mujeres.

Las relaciones capitalistas de producción, trabajo y consumo dan lugar a distintas clases sociales que también se concretan de forma específica en los distintos ámbitos. La posición de cada clase tanto en la estructura productiva como en la financiera jerarquiza los niveles de ingreso y poder social, lo cual significa establecer quiénes toman las decisiones sobre qué, cómo, cuánto y dónde se produce, se trabaja y se consume regidas únicamente por el principio de conceder el máximo beneficio privado a los inversores. Las decisiones de esta ínfima minoría de mega-ricos son las que resultan siempre más determinantes tanto de la forma que puede adoptar (o no) la vida laboral, familiar y comunitaria de la inmensa mayoría de población trabajadora, como del tipo de uso de los recursos naturales y el grado de degradación de los servicios ambientales de la biosfera.

Por otra parte, el nivel de renta de cada hogar y su forma de estar en los otros ámbitos mantienen una estrecha relación con la cantidad de trabajo doméstico y de cuidados que se puede mercantilizar y, por tanto, con la mayor o menor proporción de necesidades a satisfacer desde el hogar con trabajo gratuito. Aunque en una sociedad mercantilizada y capitalista todos los distintos eslabones de la cadena de sostén participan en la reproducción de las personas y la satisfacción de sus necesidades, la gestión coordinada

de dichos procesos se realiza desde los hogares donde por lo general se sigue considerando responsabilidad femenina. Servicios ofrecidos por el sector público del Estado, dinero proveniente del sector mercantil, cuidados ofrecidos por el hogar o por redes sociales más amplias, ya sean familiares o comunitarias, se combinan de acuerdo a las condiciones de cada hogar –tipo de unidad familiar, niveles de renta, entorno social y natural, etc.–, elaborando estrategias de subsistencia diferenciadas. En momentos de crisis económico-financiera como el que estamos viviendo, el ámbito doméstico refleja muy bien los cambios en los mecanismos adaptativos y estrategias de subsistencia que se suceden: reagrupaciones familiares, mayor cantidad de trabajo realizado dentro de los hogares por la reducción de ingresos monetarios, etc.

Los antropólogos muestran que ese otro tipo de relaciones menos instrumentales que las patriarcales y mercantiles, como las de reciprocidad y redistribución, se han desarrollado en todas las sociedades anteriores al capitalismo y también siguen siendo fundamentales en las sociedades capitalistas. En el ámbito doméstico del cuidado, coexistiendo con las relaciones patriarcales y capitalistas, subsisten relaciones de reciprocidad motivadas por afectos, emociones o amores fundadas en nuestra necesidad de interdependencia relacional, formando conjuntos interrelacionados muy complejos y diversos según los hogares. Son relaciones de amor y cuidado tanto intra como intergeneracionales que establecen formas de colaboración continua y atención más o menos recíproca entre las personas que cohabitan.

Se supone que el principio básico implícito en esas relaciones es que nos cuidan cuando nacemos y crecemos, y cuidamos después a quienes hicieron de cuidadoras. Ahora bien, al cruzarse con las relaciones patriarcales y quedar subsumidas por ellas, las personas cuidadoras no son todas. De acuerdo con la división sexual del mundo simbólico y material establecido, estas cuidadoras siempre acaban teniendo género femenino y número singular. La rueda del don gratuito gira por tanto de un modo permanentemente desigual: las mujeres han ofrecido y ofrecen mucho más cuidado y energías emocionales que las que han recibido y siguen recibiendo. Pese a que los aspectos emocionales –sin los cuales la condición humana no existiría– no pueden reducirse a unidades de tiempo-reloj, parece importante ofrecer alguna información cuantitativa como la proporcionada por la Encuesta de Empleo del Tiempo 2009/2010 realizada por el Instituto Nacional de Estadística sobre el tiempo dedicado a los trabajos por mujeres y hombres. Contando las horas totales de dedicación, aunque los hombres han trabajado más en el mercado

que las mujeres, las mujeres trabajan en total una hora diaria más que los hombres. Y ello a pesar que el trabajo de cuidados queda muy mal recogido en dicha encuesta, tal como han puesto de manifiesto distintas autoras.

De ese modo se origina una enorme 'deuda social de cuidados' para con las mujeres –entendida en el sentido que Kenneth Boulding atribuye a la idea de donación–. Boulding plantea la importancia que el don sigue teniendo también en una economía de mercado capitalista. En ésta, según dicho autor, las donaciones serían de dos tipos: el regalo, que surge del amor, de la benevolencia, y el tributo, que surge del temor o la coacción. La mayoría de donaciones serían mezclas imprecisas de ambas motivaciones. En el caso de los cuidados, por una parte, estaría el amor a la persona cuidada, pero eso no excluye que por la otra exista cierto grado de coacción social dirigida hacia las mujeres al presuponer que ellas deben cumplir con su rol social de cuidadoras mientras que ellos tienen derecho a esos cuidados sin sentirse llamados a la reciprocidad. En definitiva, existiría una deuda social de cuidados históricamente acumulada por la donación no correspondida de tiempo y afecto de las mujeres hacia los hombres, y hacia la sociedad entera.

Ya hemos visto que sin aquella donación de trabajo gratuito y atenciones emocionales, la vida de los hombres y de las nuevas generaciones sería insostenible e impediría alcanzar los estándares de dignidad y decencia que se presuponen en las condiciones sociales actuales. Tal como dice Boulding, la supervivencia de la raza humana ha dependido primero de la explotación de las mujeres, sin la cual hace mucho tiempo que hubiese desaparecido. Alguna autora, como Hoschschild, habla de la 'plusvalía del afecto' o 'plusvalía emocional' para referirse a la transferencia que realizan las mujeres cuidadoras del afecto que podrían dedicar a sus propios hijos o hijas y, en cambio, deben asignar por razones socioeconómicas a los niños o niñas ajenos a los que cuidan.

En estos tiempos de crisis financiera y económica en que la palabra deuda (soberana, privada, hipotecaria, externa, etc.) ha pasado a formar parte del paisaje cotidiano, y en la que también hablamos de una creciente 'deuda ecológica', deberíamos incorporar también la 'deuda social de cuidados' que todas las sociedades han adquirido con las mujeres. Ponerla en evidencia es muy importante, entre otras razones, porque por debajo de las crisis económica y ecológica, e interrelacionada con ellas, subyace otra crisis social de los cuidados. El ámbito del cuidado deviene cada vez más insostenible en primer lugar porque la capacidad de trabajo y atención amorosa de las mujeres no es infinita, como a veces se supone. Y en segundo lugar, porque nunca se podrán

desarrollar condiciones adecuadas de vida a toda la población mientras el objetivo social y económico no sea otro que el beneficio empresarial.

Como resultado de esa asignación de roles y tareas establecida por el orden patriarcal en los primeros eslabones básicos de la cadena de sostén, la participación de mujeres y hombres en el espacio mercantil también es muy desigual. Por eso la forma de participar en el mercado de trabajo (contratos a tiempo completo o a tiempo parcial, permanencia laboral, etc.) continúa marcando grandes diferencias e inequidades entre mujeres y hombres, lo cual repercute en sus respectivos ingresos monetarios en forma, básicamente, de salarios y pensiones. De ahí se deriva una pobreza específica de las mujeres. Pero si todas esas mujeres que dedican muchas más horas al cuidado de la vida, resistiéndose a subordinar su existencia al trabajo mercantil como hace la inmensa mayoría de los hombres, dejaran de hacerlo, la crisis de los cuidados sería tan galopante que pondría en cuestión la continuidad misma de la sociedad humana. En su actitud subyace tanto la vigencia de una imposición patriarcal como una voluntad de resistencia, y la única vía de salida real al dilema que esta realidad nos plantea consiste en redefinir de raíz los valores y funcionamientos que rigen en nuestra sociedad, de modo que tanto hombres como mujeres se comprometan realmente en el sostén de la vida.

La naturaleza jerárquica de esos nexos de interdependencia entre los espacios del cuidado y la llamada economía «real» del mercado tiene importantes consecuencias para su funcionamiento conjunto. La economía de mercado requiere –como ya vimos– de la fuerza de trabajo reproducida, socializada y criada desde los hogares; y la economía del cuidado requiere, en nuestras sociedades mercantiles capitalistas, de un salario para adquirir los bienes de consumo necesarios para la subsistencia de la mayoría de la población. En nuestras sociedades actuales, tanto los ingresos monetarios obtenidos como salarios y pensiones como el trabajo de cuidados realizado desde los hogares son absolutamente necesarios. Pero el carácter mercantil de dicho salario y el carácter gratuito del trabajo de cuidado acaba estableciendo en esa relación una situación análoga a otras partes no monetizadas de la economía real de verdad, como los recursos y servicios obtenidos del medio natural: los inversores capitalistas incrementan sus beneficios privados a través de un desplazamiento de costes hacia dichas economías no mercantiles, al obtener una fuerza de trabajo por debajo de su coste y degradar la naturaleza sin pagar el coste real que supone. Ahí se encuentra la raíz misma de la insostenibilidad ecológica y social de la actual economía de mercado capitalista.

Así pues, la naturaleza y el trabajo doméstico que reproduce la fuerza de trabajo son los dos pilares básicos en los que se apoya el sistema económico actual. Aunque los ignore como meras «externalidades», sin estos pilares el sistema se vendría abajo. Es más, lo que llamamos crecimiento económico no proviene únicamente de mejoras tecnológicas en la eficiencia del uso y procesamiento de la energía y los recursos naturales extraídos de la biosfera. Una parte nada despreciable del mismo también es resultado de la ampliación del espacio mercantil a expensas de los demás, conseguida a base de forzar sus ritmos de su reproducción: ampliar el abanico de recursos naturales apropiados y acelerar los ritmos de su explotación o extracción; mercantilizar tareas y productos que antes se llevaban a cabo en el interior del hogar para concentrar la labor de cuidados gratuitos únicamente en generar y mantener las condiciones básicas de humanidad de aquellos y aquellas que deben ser explotados al máximo en el mercado de trabajo, de productos o crédito a mayor gloria del beneficio privado.

La economía como disciplina ha ocultado estas relaciones y desplazamientos. Antonella Picchio nos recuerda que el análisis económico del mercado laboral ha ignorado la relación dinámica entre el proceso de producción de mercancías y el proceso de reproducción social de la fuerza de trabajo. Y este proceso no solo se refiere al tiempo que pasan los trabajadores en su puesto de trabajo, sino a su ciclo vital completo y a la reproducción de las futuras generaciones. Que se trata de un proceso humano y no técnico y, por eso, la reproducción de las personas no se puede separar ni aislar del contexto social en el cual se da. Sin este trabajo invisible que hacen mayoritariamente las mujeres no habría ni mano de obra, ni existencia humana.

Por tanto, esa economía «real» del mercado funciona ignorando la otra economía «real-real» del cuidado doméstico y la naturaleza que la sostiene. Por encima de ella misma se ha desarrollado esa nube de deudas a la que llamamos economía financiera. No es una economía «real» en el sentido de que no produce nada. Es sólo un complejo sistema simbólico de contar las cosas desarrollado por el capitalismo que sirve para engrasar los engranajes del mercado proporcionándole «liquidez» –es decir, dinero que ya no es las más de las veces un objeto contante y sonante, una moneda, sino unos simples dígitos de información que pueden transferirse como deuda o valor adquisitivo–. Dejada a su propio albur, esa nube financiera es sumamente propensa a lo que llamamos especulación, es decir sustituir la producción y consumo de bienes y servicios «reales» por meras transacciones de numerario que permiten a unos pocos ganar dinero mientras crece la deuda de todos los demás.

El sistema financiero concede créditos con mayor o menor garantía al sector privado (empresas o personas) o al sector público, bajo el supuesto de que el crecimiento económico le permitirá recuperar en el futuro esa deuda y pagar los correspondientes intereses. Si tales créditos se entregan y multiplican sin ningún tipo de control, ello suele conducir a una crisis financiera que acaba repercutiendo sobre el resto de ámbitos a los que subsume. En esta última Gran Recesión ha estallado una inmensa burbuja especulativa cuyo impacto sobre todo el funcionamiento de la economía de mercado, y el resto de ámbitos de la cadena de sostén, está siendo brutal: destrucción de puestos de trabajo, cierre de empresas, incremento desbocado del paro.

En los hogares los efectos también son notables. Primero, la reducción de ingresos monetarios debido al desempleo, a la reducción de salarios y al aumento de pagos por los servicios públicos. Segundo, el aumento del endeudamiento hipotecario de los hogares o pérdidas de ahorros por engaños financieros. Tercero, pérdida de bienestar por reducción de los servicios públicos que se recortan e incremento de trabajo en los hogares, básicamente sobre la carga de trabajo de sostén de las mujeres. Aspectos que en conjunto están conduciendo a situaciones de pobreza a una parte creciente de la población.

Finalmente, también existe una relación entre esa economía financiera y el funcionamiento ecológico. Las deudas contraídas a futuro en el sistema financiero requieren de un determinado crecimiento de la producción para poder ser amortizadas, pero eso ocurre sin tener en cuenta que los recursos naturales son limitados. Por tanto, tarde o temprano dicho crecimiento entra en contradicción con el mantenimiento en buen estado ecológico de los bienes fundamentales de la biosfera, poniendo en peligro el sostén de la vida en el planeta tal como ahora la conocemos, y necesitamos que perdure.

Para sacar a la luz la insostenibilidad de los funcionamientos actuales de este capitalismo de casino que depreda sus propias fuentes de sostén, hay que poner en cuestión lo que algunas autoras han denominado la 'economía del iceberg'. La línea de flotación de ese iceberg socio-simbólico estaría situada entre el espacio de las comunidades y el mercantil en conjunción con el Estado, siendo de mucha mayor importancia para la sostenibilidad de la vida todo lo que queda oculto debajo (figuras 1 y 2). De ese modo, la economía capitalista esconde una parte importante de los procesos fundamentales para la reproducción de la vida humana, y esa ocultación permite a los inversores privados que la manejan eludir toda responsabilidad sobre las condiciones de vida de las personas y el medio ambiente común.

La línea de flotación de ese iceberg también sesga u obnubila el funcionamiento del Estado, que supuestamente debería contrarrestar el predominio irrestricto del beneficio económico privado. No es de extrañar entonces que buena parte de sus leyes y políticas públicas evidencien una doble ceguera hacia la insostenibilidad ecológica y social del sistema. Sus normas y actuaciones siguen obviando la necesidad de cuidar a la gente y al medio natural, desvalorizando ese trabajo de cuidado que se delega implícitamente en las mujeres tanto como la ausencia de regulaciones ecológicas adecuadas sigue permitiendo la desvalorización de los recursos y servicios ambientales.

Una economía sostenible que trabaje para la satisfacción de las necesidades de todos los seres humanos, manteniendo la capacidad de reproducción de su mundo común social y natural, debe empezar por poner en claro e invertir esa relación: el Estado y el mercado deben estar al servicio de las comunidades, el cuidado de la personas en el ámbito doméstico, y el buen estado ecológico de los sistemas naturales.

Las distintas escuelas de pensamiento económico siempre se han propuesto pensar y organizar la economía como un sistema cerrado cuyas fronteras no van más allá del mercado y la producción mercantil. Esa visión tan estrecha es la que le ha impedido observar y discutir sobre la (in)sostenibilidad del sistema. Posiblemente en algunos casos ésta haya sido una opción deliberada derivada de una visión del mundo sesgada por el patriarcado. La mirada masculina de la sociedad ha otorgado relevancia sólo al mundo público y mercantil, que ha sido tradicionalmente el lugar socialmente asignado a los hombres. Y bajo esa mirada, pretendidamente universal, el resto de los ámbitos han quedado invisibilizados. De ahí que hacer visibles los distintos espacios de la cadena de sostén, y sus interrelaciones, sea una de las tareas pendientes más importantes para la economía feminista y la economía ecológica. Abordarla requiere que esas dos corrientes heterodoxas comiencen a dialogar entre sí, y a interconectar sus críticas y aportaciones respectivas para reflexionar conjuntamente sobre un tema fundamental para ambas corrientes, y para toda la sociedad: cuales serían las condiciones de sostenibilidad de la vida en su conjunto.

Algunas referencias útiles para seguir leyendo y debatiendo

Sobre el papel central de los cuidados y su relación con la reproducción económica, la autora de referencia es Antonella Picchio. Una parte importante de su obra se encuentra publicada en castellano. Véase, por ejemplo:

“El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado laboral”. En Cristina Borderías, Cristina Carrasco y Carme Alemany (comp.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria. 1994.

“Un enfoque macroeconómico “ampliado” de las condiciones de vida.” En Cristina Carrasco (ed.) *Tiempos, trabajos y género*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona. 2001.
 “Condiciones de vida: perspectivas, análisis económico y políticas públicas.” *Revista de Economía Crítica*, Nº 7, 2009.

Sobre el mismo tema, aunque más relacionados con la idea de sostenibilidad de la vida, se pueden ver los artículos de Cristina Carrasco “La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?” publicado en la revista *Mientras Tanto*, Nº 82, 2001; y de Amaia Pérez Orozco, “Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico” publicado en la *Revista de Economía Crítica*, Nº5, 2006.

Sobre la sostenibilidad de la vida, pero destacando los puntos de encuentro del feminismo y el ecologismo, trata el artículo de Anna Bosch, Cristina Carrasco, Elena Grau, “Verde que te quiero violeta”, publicado en Enric Tello, *La Historia cuenta: del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*. Barcelona: El Viejo Topo/Fundació Nous Horitzons, 2005. En este libro, Enric Tello ya reflexiona sobre la cadena de sostén de la vida humana. Un interesante texto de síntesis sobre las dimensiones de la sostenibilidad, que incluye un capítulo sobre “La centralidad de los cuidados, las mujeres y la sostenibilidad”, puede encontrarse en el volumen colectivo coordinado por Yayo Herrero, Fernando Cembranos y Marta Pascual, *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Una nueva cultura de la sostenibilidad*. Madrid: Ecologistas en Acción, 2º ed., 2011.

En relación al tiempo-reloj como unidad de medida y los problemas de medir el tiempo de cuidados, recomendamos el artículo de Barbara Adam “Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades del tiempo y desafíos a la teoría y práctica del trabajo”, *Sociología del trabajo*, Nº 37, 1999.

El problema de las cadenas mundiales de cuidados fue planteado por primera vez por Arlie Hochschild, en 2001. “Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional”, en Giddens, Anthony y Hutton, Will (eds.), *En el límite: La vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquets. Posteriormente, en 2003, escribe sobre distintos aspectos del tema del cuidado en, *La mercantilización de la vida íntima*, versión castellana de Katz en 2008.

Un estudio aplicado sobre las cadenas de cuidados es *Desigualdades a flor de piel*, de Amaia P. Orozco y Silvia L. Gil, publicado por ONU Mujeres en 2011.

El texto sobre donación de Kenneth Boulding es *La economía del amor y del temor*, de 1973, publicado en castellano en 1976 por Alianza Editorial. El mismo autor escribe un artículo sobre el trabajo doméstico en 1972, donde habla de la explotación de las mujeres, “The Household as Achilles’ Heel”, *Journal of Consumer Affairs*, 6, Núm.1.

El único texto de Christopher Caudwell traducido al castellano es *La agonía de la cultura burguesa*. Barcelona: Anthropos, 1985. También puede encontrarse una biografía intelectual y política en Edward P. Thompson, “Christopher Caudwell”, en *Agenda para una historia radical*. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 125-193.

El texto citado de Stéphane Hessel proviene de *En resumen...o casi*, Madrid: Aguilar, 2012.

La versión original de este artículo se encuentra dentro de la publicación “Sostenibilitats. Polítiques públiques des del feminisme i l’ecologisme”, Maria Freixanet (coord.) ICPS 2012, que es el resultado de una investigación elaborada por el [Instituto de Ciencias Políticas y Sociales](#) y presentada en el XI seminario Ciutats i Persones, en noviembre de 2012.

MÁS ALLÁ DEL HOMBRE ECONÓMICO: CRISIS ECONÓMICA, ECONOMÍA FEMINISTA Y LA ECONOMÍA SOLIDARIA^{1 2}

*Julie Matthaei*³

(Traducción: Marianela Díaz y Benito Díaz)

Introducción

En un panel de celebración del 15avo aniversario de la revista *Feminist Economics*⁴, en el encuentro de la Asociación Internacional de Economía Feminista (IAFFE), en Boston, Lourdes Benería planteó esta pregunta: “¿Qué significa construir una economía que se mueve más allá del hombre económico?”⁵ Ésta es una pregunta clave para los economistas feministas, especialmente en la actual crisis económica, y a la cual trataré de responder en este trabajo acerca de la economía feminista y la economía solidaria.

1 Una versión temprana de este trabajo se presentó en la Conferencia de la Asociación Internacional de Economía Feminista, en Boston, junio 2009.

2 Artículo publicado originalmente en el núm. 19 (enero-junio 2010) de la Revista Venezolana de Economía Social Cayapa. Puede descargarse gratis en <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/32073/1/articulo5.pdf>

3 Profesora de Economía, Wellesley College, Massachusetts. Miembro de la Red de Economía Solidaria de EEUU. <http://ussen.org> Correo electrónico: jmatthaei@wellesley.edu

4 Revista arbitrada que pretende ser un foro abierto para el diálogo y el debate sobre perspectivas en economía feminista. Puede ser visitada en su sitio www.feministeconomics.org

5 Por supuesto, éste era el título de la recopilación germinal de Marianne Ferber y Julie Nelson acerca de la economía feminista en 1993.

En EEUU, y en la mayoría de los “países desarrollados”, el movimiento feminista, y los economistas feministas, se han estado enfocando hacia empoderar a las mujeres dentro del sistema capitalista existente. Esto ha implicado la conceptualización y documentación de la discriminación sexual, y la defensa de derechos y oportunidades igualitarias para las mujeres. Esto ha significado analizar las labores de cuidado no remuneradas y el trabajo informal, incluido su rol clave en la economía, y abogar por permisos pagos de maternidad y otras formas de apoyo para ello, así como su inclusión en el diseño de macro políticas. Ha implicado analizar los conflictos entre trabajos remunerados, en especial los tradicionalmente masculinos, y las labores de cuidado no remuneradas en el hogar; la erosión de las labores de cuidado no remuneradas a medida que las mujeres entran en la mano de obra remunerada; y la defensa de políticas laborales/familiares para compensar la desventaja sistemática de quienes se ocupan de labores de cuidado no remuneradas.⁶

Un segundo aspecto de gran importancia en la teoría feminista, especialmente en EEUU, ha sido ayudar a fortalecer el feminismo como un movimiento de un diverso grupo de mujeres. Esto ha significado esforzarse por entender e incorporar las diferencias en la experiencia de las mujeres en cuanto a opresión de género por causas raciales-étnicas, de clase, sexualidad, discapacidad, y otros procesos jerárquicos, y ayudar a urdir políticas que beneficien a todas las mujeres, no sólo a las de clase media y alta, blancas, heterosexuales y no-discriminadas (Hooks; Rhonda Williams; Spelman, Mohanty).

Hemos hecho unos avances muy importantes durante los últimos casi 40 años, desde el surgimiento de la Segunda ola feminista y de economía feminista. Ahora, el concepto de discriminación de sexo ha reemplazado la noción de una división del trabajo dada-por-Dios, y la imposición forzada de tales rígidos roles económicos de género es considerada inaceptable por la mayoría. Con el apoyo del movimiento feminista, mujeres individuales se han forjado un camino en la mayoría de los trabajos tradicionalmente dominados por hombres, incluidos los de muy alto estatus. Las habilidades emprendedoras de la mujer han sido reconocidas con programas de microcréditos alrededor del mundo, particularmente en países pobres.

6 Barbara Brandt y yo (Matthaei y Brant, 2007) conceptualizamos estos esfuerzos como tres procesos económicos feministas distintos: oportunidades iguales, valoración de lo devaluado, e integración.

Aunque la discriminación sexual no ha sido eliminada y el activismo femenino en estas áreas debe continuar, con el apoyo de economistas feministas, estas luchas contra la discriminación y para el empoderamiento de la mujer han hecho avances muy significativos. Al mismo tiempo, la experiencia de los últimos 40 años ha demostrado las limitaciones de nuestra habilidad para liberar y empoderar a las mujeres si estamos forzados a aceptar las actuales reglas del juego económico. Para participar y ganar en ese juego, la mujer ha sido obligada a actuar como el “Hombre Económico” que los economistas feministas estadounidenses identificaron y criticaron en la década de 1970, en la primera recopilación pionera en torno a la economía feminista, *Más allá del Hombre Económico* (Ferber y Nelson, 1993): estrechamente egocéntrico, competitivo, individualista; enfocado en el dinero y motivado por la codicia.

Como he mostrado en trabajos previos (Matthaei 1982; Amott y Matthaei 1994), este “hombre económico” se desarrolló históricamente, en EEUU y Europa del siglo XIX. Era blanco y servido por una ama de casa a tiempo completo. Liberado de las rígidas jerarquías de clases aristocráticas, logró competir en la economía, como trabajador o emprendedor, un “ganador-de-pan”, y tuvo la oportunidad de convertirse en un hombre forjado por sí mismo. Con esto como meta –mantener a su familia, y hacerlo mejor que otros– otros valores, tales como ayudar a otros o contribuir con la sociedad, gradualmente cayeron al borde del camino. Las instituciones económicas estadounidenses y las corporaciones, a medida que se desarrollaron legalmente, reflejan estos valores masculinistas. Mientras tanto, el cuidado se dejó a la competencia de las amas de casa, ejercido hacia sus miembros familiares, o a través del trabajo voluntario y la economía doméstica social, lo cual eventualmente se transformó en un estado más o menos paternalista. Las jerarquías de raza y clase reforzaron estos roles –los blancos pobres y la mayoría de la gente de color no tenían permitido ejercer estos roles polarizados y, por lo tanto, eran incapaces de ser hombre y mujeres exitosas.

Muchos de los feministas de la segunda ola tuvieron la visión de que la liberación femenina implicaba una transformación completa del “patriarcado racista capitalista” (Eisentein 1979; Sergeant 1981). Sin embargo, en el terreno, las feministas que se organizaron enfocaron su batalla en la igualdad de oportunidades económicas para la mujer. Esto significó esforzarse por la oportunidad de competir –sin ser discriminadas– en la competencia masculinista capitalista de ganarse-el-pan. En los últimos 40 años, como resultado de la lucha feminista y anti-racista, mujeres de todos los bagajes raciales-étnicos y de clase en EEUU han sido incluídas en el “juego” económico,

y algunas le han “ganado” a los hombres y alcanzado altas posiciones, contra todo pronóstico, definitivamente desmintiendo las explicaciones naturales para la división sexual del trabajo.

Mientras tanto, aquellos que hemos más o menos “ganado”, y aquellos que han intentado y perdido, o decidido no jugar, hemos aprendido que hay muchas deficiencias del juego en sí, aun liberado de discriminación sexual y racial:

- Para participar en ese juego, debemos aceptar que la mayoría de las mujeres, y la mayoría de la gente, continuarán siendo perdedores; muchos sin sus necesidades básicas cubiertas.
- Para participar en ese juego, debemos minimizar o subcontratar (usualmente a otras mujeres) nuestra labor no-remunerada de cuidado (Folbre 1995 y 2001).
- Para participar en ese juego, debemos enfocarnos en aumentar las ganancias de la compañía en la que trabajamos o que nos pertenece, servir a los dueños o accionistas pero ignorar o incluso dañar gravemente a otros interesados, incluyendo trabajadores, consumidores, proveedores, la comunidad local, el gobierno y el planeta del cual todos dependemos para vivir.
- Para participar en ese juego, debemos hacernos la vista gorda ante las múltiples crisis que este juego económico ha venido produciendo, desde el clima a la energía, desde alimentos al agua, el empleo y el alma, lo cual amenaza la misma existencia de todas las mujeres, nuestros niños, y los hombres en nuestras vidas.

Como le escuché una vez a Riane Eisler, autora de *The Chalice and the Blade (El cáliz y la espada)* (1987), comentar, “¿De qué sirve luchar para alcanzar los puestos de amarre superior del barco si el barco se está hundiendo?”. Está más claro que nunca que hay algo que está profundamente mal en el sistema económico dominante –en su mismísimo ADN–. Necesita una transformación radical.

Probablemente, también está claro para la mayoría de nosotros que el movimiento feminista en todo el mundo –incluyendo a las economistas feministas, con nuestro entendimiento crítico de las maneras en que la polarización jerárquica de género, raza y clase apuntalan y distorsionan nuestra economía– necesita jugar un papel clave como parteras de esta transformación. Pero, ¿cómo?

En la década de 1970, las Marxistas-feministas del norte miraron hacia una transformación revolucionaria que colapsaría el enclave de los sistemas

capitalista y patriarcal; eso traería una especie de socialismo feminista (Eisenstein 1979, Sargent 1981). Una revolución que sería, primero y principal, liderada por la clase obrera, pero que incorporaría la meta del empoderamiento femenino. Esta revolución no llegó. El feminismo se astilló en muchas formas diferentes de feminismo, en la medida que las diferencias entre las mujeres fueron reconocidas y expresadas. La clase obrera fue reformista, si no reaccionaria; la salida del capitalismo estaba bloqueada; y toda la energía transformadora feminista pareció enfocarse en la “reforma”, empoderamiento dentro del sistema existente.

Sin embargo, una callada transformación de valores, prácticas e instituciones económicas ha venido llevándose a cabo, casi invisible al ojo. Nuevas formas solidarias de ser económico y hacer vida económica se han venido desarrollando y expandiéndose, creando nuevas prácticas e instituciones económicas. Estas nuevas formas económicas de ser y hacer han sido alimentadas por los movimientos de finales del siglo XX –los movimientos anti-racista, indígena, feminista, lesbianas/gays, ecologistas, obrero, campe-sino, y antiglobalización corporativa–, todos movimientos en los que las mujeres han jugado papeles claves. En el paso del milenio, estos movimientos comenzaron a unirse en un movimiento de movimientos: contra el sistema económico global (OMC, Banco Mundial, FMI), primero en Seattle en 1999 y, desde entonces, a lo largo y ancho del mundo; y, desde 2001, en el movimiento del Foro Social, bajo la consigna “Otro mundo es posible”. Desde entonces, los Foros Sociales Mundiales, que usualmente han reunido entre 50.000 y 100.000 activistas y ONGs de alrededor del mundo –en conjunto con miles de Foros Sociales regionales y locales, han empezado a explorar los tipos de transformación necesaria para crear un mundo que responde a las preocupaciones de feministas, gente de color, indígenas, clase obrera, desempleados, gays y lesbianas, discapacitados, etc. En otras palabras, el movimiento del Foro Social, incluyendo el primer Foro Social de EEUU, en Atlanta, en junio de 2007, y el próximo 2do. Foro Social de EEUU, en Detroit, en junio de 2010, están jugando papeles fundamentales en el proceso de unificación de los varios movimientos de base, y en la identificación y construcción de modos económicos feministas y libertarios hacia el futuro (Fisher y Ponniah; Allard, Davidson, y Matthaei 2008; Cavanagh y Mander 2004).

El crecimiento de valores, prácticas e instituciones más solidarias también ha sido alimentado por las severas crisis económicas que han sido experimentadas alrededor del mundo y, en la actualidad, mundialmente. La devastación económica forjada en los países del Sur con los programas de ajuste estructural en las décadas de 1980 y 1990 trajo un crecimiento en los

movimientos que rechazaban el neoliberalismo basado en el “libre” mercado, especialmente en Latinoamérica, donde los líderes están empezando a discutir un tipo de socialismo para el siglo XXI. Bajo el liderazgo del popularmente electo Hugo Chávez, Venezuela está apoyando activamente cooperativas y desarrollo económico comunal como una alternativa con base de mercado al desarrollo capitalista. Incluso en EEUU, la llamada “barriga de la bestia”, la actual crisis financiera –combinada con la crisis climática, energética, de desempleo, de vivienda y seguridad alimentaria– está conduciendo cada vez más a cuestionamientos al por mayor de las éticas y prácticas capitalistas que trajeron tantas riquezas a los que estaban en el tope, y devastaron comunidades enteras (Allard y Matthaei, “Introduction”; Lewis y Swinney; Allard y Matthaei, “From Crisis to Job Creation”)

Este es el contexto económico mundial dentro del cual valores, prácticas e instituciones económicas más justas, democráticas y sustentables –y formas revitalizadas pre- o no-capitalistas– han comenzado a germinar, propagarse y polinizarse en formas cruzadas a través del mundo. Es el contexto económico mundial dentro del cual estos diversos valores, prácticas e instituciones económicas han empezado a ser reconocidas como formadores de la base de un nuevo sistema económico, la “economía solidaria”, que está creciendo a lo largo y ancho y empieza a transformar los valores, prácticas e instituciones capitalistas. Y es el contexto económico en el cual tales valores, prácticas e instituciones, y la gente envuelta en ellas, están creando “redes de economía solidaria” de apoyo mutuo, y formando un movimiento global, diverso, de “economía solidaria”, que está dedicado a hacer visible y cultivar la economía solidaria, la Red Intercontinental para la Promoción de la Economía Social Solidaria (RIPESS), primero en América Latina, Europa y Canadá, y luego expandiéndose, con ayuda del movimiento del Foro Social, a África, Asia y EEUU (Allard, Davidson, y Matthaei, eds., 2008; www.lux09.lu)

Feminismo y la Economía Solidaria

Los fines últimos de la economía solidaria son 1) satisfacción de las necesidades humanas, 2) el quiebre de jerarquías económicas opresivas de todos los tipos, 3) el desarrollo del potencial humano, y 4) la preservación de nuestras comunidades y nuestros ambientes. Todos estos fines son congruentes con las metas esenciales feministas.

- El aprovisionamiento de necesidades ha sido frecuentemente propuesto por economistas feministas, tales como Julie Nelson (1993), como la meta adecuada de la vida económica.

- El colapso de de las jerarquías económicas opresivas de todos los tipos –no sólo la jerarquía de género– se ha convertido en un principio de la teoría feminista luego de las intervenciones de mujeres negras, lesbianas, de clase obrera, y discapacitadas (hooks, Matthaëi 1996, Spelman, etc.).
- La meta de desarrollar el potencial humano está estrechamente emparentada con la valorización feminista de lo femenino, actividades maternas y de cuidado para alimentar el desarrollo humano (Waring, Folbre 2001).
- Y la lucha por preservar el medio ambiente ha sido largamente defendida como una parte integral del feminismo por las ecofeministas (Carol Merchant, Judith Plant, Maria Mies y Vandana Shiva).

De modo que en sus fines básicos, esenciales, el feminismo y la economía solidaria son casi una misma cosa. Como sugerí anteriormente, esto no es un accidente, puesto que el movimiento feminista alrededor del planeta ha desempeñado un rol importante en el labrado del entorno social dentro del cual han nacido los valores, prácticas e instituciones de la economía solidaria. Por otro lado, la gran mayoría de quienes trabajan en la economía solidaria a nivel mundial son mujeres (Cote, Angullo) que han sido marginadas por el sistema económico capitalista dominante, y que traen sus sensibilidades y perspectivas femeninas a este nuevo proyecto.

Debajo de estas metas, en el centro de la economía solidaria, hay un nuevo conjunto de valores económicos que motivan y organizan la actividad económica. Mientras que estos nuevos valores tienen muchas raíces, una raíz básica es indudablemente el feminismo. De hecho, pienso que es justo decir que los valores de la economía solidaria expresan lo mejor del feminismo. La economía solidaria rechaza los valores de la actual economía neoliberal individualista, centrada en el dinero y las ganancias, que las feministas han identificado como masculina, y han tildado de patriarcal, opresiva y disfuncional. El marco de la economía solidaria reconoce que la economía necesita basarse en relaciones mutuas, afectuosas, con otras personas y con nuestro ambiente –esto es, incorporar lo femenino. Visibiliza y valora actividades económicas no comerciales, tales como el trabajo reproductivo (tradicionalmente femenino) no-remunerado y el trabajo edificante de comunidades, del mismo modo que el feminismo.

En el corazón de la economía solidaria hay un nuevo tipo de persona económica, que reemplaza al “hombre económico”, y a su dependiente “mujer económica”. Como afirmaron repetidamente las feministas estadounidenses de la segunda ola, lo personal es político –las relaciones y decisiones personales pueden implicar poder sobre otros, y ser opresivas– o pueden ser liberadoras.

La gente económica que está construyendo la economía solidaria se esfuerzan por expresar y vivir con valores solidarios en la miríada de decisiones que pernean a nuestras vidas económicas, desde sus decisiones acerca de qué comprar o dónde trabajar, hasta su elección de tecnología o tratamiento de los trabajadores que supervisan, pasando por las políticas públicas de cómo responder ante el cambio climático. Los valores solidarios sustituyen el estrechamente enfocado, materialista sistema de valores del capitalismo, donde el dinero es la meta de la vida, así como la medida del valor de alguien. Activistas en la Chantier de l'Économie Sociale de Québec (Neamtam 2008) hablan de reemplazar el foco de la toma de decisiones económicas del dinero y el "valor agregado" con un éfoque de "valores agregados" (valeurs ajoutees). ¿Los valores a ser agregados? Cooperación, equidad en todas las dimensiones, democracia económica, control de la comunidad local, y sustentabilidad –todos estos valores explícita o implícitamente perseguidos por las feministas–.

El capitalismo es un sistema económico construido, reconstruido y continuamente revolucionado, no por un cartel de corporaciones malvadas, sino por valores y decisiones de los hombres económicos y de las mujeres económicas, como Julie Nelson ha mostrado tan convincentemente (Nelson 2006, Cap. 5). El hombre económico es un proveedor de pan: un ser competitivo que busca sostener a su familia mediante la lucha en el mercado para dominar o "aventajar" a otros y la tierra, incluidos los grupos raciales-étnicos "no-blancos"; un ser cuyo éxito se mide en términos de dinero recibido y acumulado. La mujer económica ideal es una hacedora de hogar que se subordina a sí misma al servicio de su esposo e hijos mediante su labor reproductiva no remunerada en el hogar, o a través de trabajo remunerado, si es necesario. Con valores e instituciones capitalistas como están dadas, su liberación es esencialmente requerida para comportarse como un hombre económico. Como se muestra en la Tabla 1, los aspectos centrales del consumo capitalista, el trabajo y la empresa son construidas por, y estas a su vez construyen, el hombre económico y la mujer económica.

En el núcleo de la economía solidaria está la aparición de un nuevo tipo de persona económica –una persona solidaria– a quien le importa sí misma y los demás, que es socialmente responsable y cooperativa, que honra la tierra y valora la comunidad. Para las economistas feministas, una de las cosas claves a notar de esta nueva y solidaria persona económica, es que él/ella trasciende la polarización de la masculinidad y femineidad sobre la cual el hombre económico, la mujer económica y la economía capitalista se sustentan.

Como ha argumentado convincentemente Julie Nelson, esta polarización (y, yo argüiría, la jerarquía asociada a ella) crea formas distorsionadas o negativas de masculinidad y femineidad (1996, Cap. 1). La forma “negativa” de masculinidad del hombre económico confunde la autoafirmación y la fortaleza con insensibilidad, dominación y rigidez. La forma subordinada y auto-abnegada de afecto de la mujer económica implica la aceptación de la dominación masculina, si no la auto-victimización activa, y crea niños que crecerán para ser dominadores masculinos, servidoras autosubordinadas femeninas, o ambos.

En contraste, la persona económica solidaria combina el afecto femenino con el autodesarrollo masculino. Al contrario del hombre económico, ella/él está consciente de su dependencia de los otros y del todo para su bienestar a largo plazo, e inyecta responsabilidad social –una preocupación por todos los interesados– a su conducta como consumidor, trabajador, emprendedor, ahorrista, inversionista. En vez de enfocarse en maximizar los ingresos y elevar su posición en la jerarquía económica, ella/él lucha por mutualismo y equidad –relaciones ganar-ganar con otros– en todos los aspectos de su vida económica.

La Tabla 1 contrasta los valores, prácticas e instituciones económicas del hombre económico y la mujer económica capitalistas, con la persona económica solidaria. El consumo capitalista, cuyo fin último es maximizar el consumo, y que asume la forma de consumismo competitivo, conspicuo, y social y ambientalmente irresponsable, está siendo transformado por consumidores solidarios, quienes están motivados por el objetivo de aprovisionar sus propias necesidades y las de sus familias, y ganar bienestar para sí mismos, su comunidad y el planeta. Tales consumidores practican una vida simple, tanto para vivir ligeros sobre el planeta, como para liberar tiempo de trabajo para obtener ingresos, para actividades y trabajo no remunerados; algunos –los *freegans* o libertarios- inclusive se esfuerzan por vivir directamente fuera de la corriente de despilfarro⁷. Intentan ser socialmente responsables en su consumo, compran productos “verdes” o de “comercio justo” o “sweat-free” (productos elaborados sin explotar el sudor de los trabajadores directos). Compran localmente y crean comunidades de compartir y *freecycling* reciclaje masivo asumido en la vida cotidiana (Matthaei, “Live Your Power”).

7 Lectores interesados en mayores detalles sobre los “freegan”, de esta forma de sujeto social libertario que asume la protesta social vinculado al consumo ético o político militante del sector, pueden ver el sitio: http://freegan.info/?page_id=194. Similarmente, otros radicales como los “vegan” asumen estilos de vida vegetariana y no usan ningún producto de origen animal, ni cinturones ni zapatos de cuero, por ejemplo.

En el área laboral, la polarización del hombre económico y la mujer económica en trabajo remunerado y no-remunerado, respectivamente, es trascendida, así como los objetivos de proveedor-de-pan competitivo y de hacedora-dehogares autosubordinada. Ambos tipos de trabajo pueden ser valorados, perseguidos e integrados por la persona económica solidaria para mantener sus medios de subsistencia y los de sus seres queridos, como medios de autoexpresión y desarrollo, y como forma de servir a otros, a la sociedad y al planeta. El trabajo solidario varía desde las labores comunitarias y liberadoras reproductivas, hasta el trabajo remunerado para negocios socialmente responsables, sin fines de lucro, o como agitadores y denunciantes dentro de empresas de “vía secundaria” (low-road).

Finalmente, el espíritu emprendedor, que es clave en el dinamismo del capitalismo, es transformado en la economía solidaria. El emprendedor o gerente capitalista es el hombre económico arquetípico, que persigue primordialmente el “éxito” mediante la maximización de la riqueza y las ganancias, y lo hace creando necesidades artificiales y obsolescencias forzadas; minimizando (y externalizando) los costes; explotando trabajadores, la tierra, proveedores, y consumidores; sobornando al estado para que sirva a sus necesidades; así como mediante robos, trampas y corrupción. Por el contrario, el emprendimiento solidario implica participar en procesos de producción creativos, ganar-ganar, que buscan beneficiar a todos los interesados (trabajadores, consumidores, dueños, comunidad, medio ambiente, gobierno, proveedores, competidores), y se apoya en consumidores, trabajadores e inversionistas socialmente responsables, y políticas públicas con proyección al futuro. La persona solidaria, como emprendedor o gerente, crea una empresa de “vía principal”(high-road) –la cual puede asumir la forma de una corporación socialmente responsable, una organización sin fines de lucro, una cooperativa, o un negocio comunal.

Cuando describe esta “nueva persona económica” emergente, no me refiero a un modo común de ser y actuar. Sí, quienes participan y construyen las prácticas e instituciones que conforman la creciente economía solidaria vienen a compartir un complejo conjunto de valores en evolución, basados en un compromiso compartido a la justicia económica, a la democracia económica, a la libertad y a la autodeterminación, y a la sustentabilidad ambiental. No obstante, así como el feminismo ha reconocido que no hay una sola esencia compartida de femineidad o un conjunto de intereses de mujeres que trascienda raza, clase, país, sexualidad, el movimiento de la economía solidaria reconoce que existe una multitud de diferentes maneras de ser esta nueva forma de persona económica.

¿Qué ha de hacerse?

Espero haberles mostrado la extraordinaria (y no-accidental) congruencia entre feminismo y economía solidaria.

Como economista feminista que está activamente envuelta en el desarrollo del marco de la economía solidaria en EEUU, así como en la creación de la red norteamericana de economía solidaria, invito a mis hermanas economistas feministas a comenzar a estudiar, analizar, criticar, darle visibilidad, y contribuir con el desarrollo de este sistema económico emergente. La economía solidaria necesita al feminismo, y el feminismo necesita a la economía solidaria.

El objetivo del feminismo es liberar a todas las mujeres –y esto no puede hacerse dentro del valor del sistema– motivado por las ganancias de la producción capitalista, aun en su forma de igualdad de oportunidades, como he tratado de exponer anteriormente. De igual modo, la economía solidaria comprende valores feministas, como se expresa en las críticas feministas al capitalismo patriarcal racista y clasista, y en las visiones económicas feministas. También, como un grupo mayoritario global, económicamente marginado, las mujeres están actualmente activas en la creación de muchas instituciones de economía solidaria –y las economistas feministas deberían de estar estudiando esto–.

A medida que la economía solidaria sigue creciendo en el contexto de la actual crisis transversal (financiera, energética, alimentaria, climática, de

Tabla 1: Más allá del hombre económico

	ECONOMIA CAPITALISTA		ECONOMIA SOLIDARIA
	HOMBRE ECONÓMICO: Negativo masculino: Ganador-de-pan: competitivo y busca dominar o “superar” a otros y a la tierra, incluyendo grupos raciales-étnicos “no-blancos”; mide el éxito en términos de dinero recibido y acumulado; enfocado en actividades económicas basadas en el mercado.	MUJER ECONÓMICA: Negativo Femenino: Hacedora-de-hogar: se subordina a sí misma al servicio de su esposo e hijos; vive a través de ellos; enfocada en actividades económicas no-remuneradas.	PERSONA ECONÓMICA SOLIDARIA Positivo Masculino: autorrealizador, se importa y defiende su ser, se desarrolla a sí mismo, hace lo mejor para uno; participación en actividades económicas extrafamiliares, con base en la comunidad. COMBINADO CON Positivo femenino: sensible y cuidadora de las necesidades de los demás y del planeta, les sirve sin sacrificar su propio bienestar o vivir a través de ellos.

CONSUMO	<p>Consumismo competitivo: Compra tanto como sea posible; intenta estar al corriente del Dow Jones; no compartas con otros; consumo conspicuo; ignora externalidades (efectos negativos del consumo de uno sobre los otros).</p> <p>El trabajo del hombre económico es, primordialmente, ganar tanto dinero como sea posible para financiar el consumismo competitivo.</p> <p>El trabajo de la mujer económica es gastar el dinero de manera consumista competitiva.</p>		<p>Objetivo de aprovisionar necesidades, ganar bienestar para sí y la comunidad</p> <p>EJEMPLOS: vida simple; <i>freeganismo</i>; consumo responsable y comercio justo; agricultura apoyada por la comunidad; compra local; compartir; propiedad comunal.</p>
TRABAJO	<p>TRABAJO DEFINIDO MASCULINO REMUNERADO NEGATIVO en el “mercado”, con el fin de establecer el “valor” relativo de uno con otros hombres, y la meta del dinero para el consumismo competitivo; el contenido laboral es determinado por el jefe y los objetivos de la empresa (ej.: ánimo estrecho de lucro), y/o por la organización con otros trabajadores en sindicatos para obligar a los jefes a pagarles más, excluir trabajadores competitivos (mujeres, gente de color e inmigrantes).</p>	<p>TRABAJO DEFINIDO FEMENINO NO-REMUNERADO en el hogar –crianza de los hijos (criar a sus hijos para ser hombres económicos o mujeres económicas exitosas); realizado bajo el poder del esposo/proveedor; dentro de hogares crecientemente nuclearizados, aislados de la comunidad más amplia; si es hecho con privilegio de clase, es asistido por una mujer más joven/ pobre, frecuentemente de color.</p>	<p>TRABAJO REMUNERADO Y NO-REMUNERADO como medios de vida y auto-expresión/desarrollo Y como modo de servir/ayudar a otros, a la sociedad y al planeta; valora y busca balancear trabajo remunerado y no-remunerado; implica labores liberadoras reproductivas y comunitarias; trabaja con negocios RS, emprendimiento social trabajos no lucrativos y la denuncia de irregularidades y el trabajo para transformar las empresas de “vía secundaria” (<i>low road</i>).</p>
EMPRESA	<p>(Negativo masculino) Meta de maximizar las ganancias, minimizar (y externalizar) los costos para servir a los intereses de los dueños/ accionistas de incrementar las riquezas; explota a los trabajadores, la tierra, a los proveedores y a los consumidores; busca destruir o comprar a sus competidores; soborna a emprendedores y empresas capitalistas estatales de “vía secundaria” (<i>low road</i>).</p>		<p>Participa en procesos de producción ganar-ganar, que busca beneficiar a todos los implicados (trabajadores, consumidores, dueños, comunidad, medio ambiente, gobierno, proveedores, competidores), y es apoyada por consumidores, trabajadores e inversionista socialmente responsables, y políticas públicas que miran hacia el futuro. Empresas de “vía principal” (<i>high road</i>), incluyendo corporaciones socialmente responsables, organizaciones sin fines de lucro, cooperativas, negocios comunitarios.</p>

pobreza), es crucial que las economistas y teóricas feministas estén presentes para contrarrestar las tendencias masculinistas en el movimiento de la economía solidaria y critiquen la dominación masculina de las instituciones.

El análisis económico feminista de la economía solidaria puede ayudar a impulsar los movimientos feministas alrededor del mundo a unirse activa y decisivamente al movimiento de la economía solidaria, como una forma de vivir sus feminismos en sus vidas económicas (lo personal es político). Igualmente, puede ayudar a integrar en las plataformas de políticas feministas, políticas de economía solidaria que beneficiarían a las mujeres (y a la gente).

La nueva persona económica, o más correctamente, personas, a quienes las feministas habían estado buscando, se están construyendo a lo largo y ancho de la emergente economía solidaria. En este momento transformador, estamos edificando el camino a medida que viajamos. Y el mismo camino nos construye a nosotros, o nos permite transformarnos, liberarnos, sanarnos las heridas de la polarización jerárquica de género, raza, clase, nación (Matthaei y Brandt 2007).

La economía solidaria presenta una manera económica hacia delante que puede liberar verdaderamente a las mujeres y a toda la gente. Representa una economía diversa que trasciende al hombre económico, y encarna los valores feministas. Los animo a participar en ella en su vida económica cotidiana, y a unirse al movimiento que le está dando visibilidad y que está trabajando por su crecimiento. Tenemos una necesidad especial de académicas feministas que escriban al respecto, que hagan investigación colaborativa crítica y constructiva para ayudarla, y para asegurarnos que encarne valores feministas. El feminismo y la economía feminista han sido y serán claves en la creación de una economía nueva, más justa, democrática y sustentable, donde el hombre económico y la mujer económica son obsoletos.

Referencias

- ALLARD, Jenna, CARL Davidson, and MATTHAEI Julie, eds. 2008. *Solidarity Economy: Building Alternatives for People and Planet*. Chicago: ChangeMaker Publishing.
- ALLARD, Jenna and MATTHAEI Julie. 2008. "Introduction," in Jenna Allard, Carl Davidson, and Julie Matthaei, eds. *Solidarity Economy: Building Alternatives for People and Planet*. Chicago: ChangeMaker Publishing.
- ALLARD, Jenna and MATTHAEI Julie. 2009. "From Crisis to Job Creation: The Solidarity Economy." In Immanuel Ness, Amy Offner, and Chris Sturr, eds. *Real World Labor*.
- AMOTT, Teresa and MATTHAEI JuliE. 1996. *Race, Gender, and Work: A Multicultural Economic History of Women in the United States*. Boston: South End.
- ANGULO VILLAREAL, Nedda. 2008. "Building the Solidarity Economy in Peru." In Jenna Allard, Carl Davidson, and Julie Matthaei, eds. *Solidarity Economy: Building Alternatives for People and Planet*. Chicago: ChangeMaker Publishing.
- CAVANAGH, J. and MANDER J. (Ed.). 2004. *Alternatives to Globalization: A Better World is Possible*. San Francisco: Berrett-Koehler.

- COTE, Ethel, "Women, Feminism, and the Solidarity Economy: Lessons from Abroad," March 2009, Forum on the Solidarity Economy, Amherst.
- EISENSTEIN, Zilla, ed. 1979. *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*. New York: Monthly Review Press.
- EISLER, Riane. 1987. *The Chalice and the Blade: Our History, Our Future*. New York: Harper Collins.
- FERBER, Marianne and NELSON Julie A., eds. 1993. *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics*. Chicago: University of Chicago Press.
- FISHER, W.F. and PONNIAH T. (Eds.). (2004). *Another World is Possible: Popular Alternatives to Globalization at the World Social Forum*. London: Zed Books.
- FOLBRE, Nancy. 2001. *The Invisible Heart: Economics and Family Values*, New York: New Press.
- FOLBRE, Nancy. 1995. "Holding Hands at Midnight': The Paradox of Caring Labor." *Feminist Economics*, 1(1): 73-92.
- HOOKS, Bell. 1984. *Feminist Theory: From Margin to Center*. Boston: South End Press.
- HULL, G. T., SCOTT P.B., and SMITH B. (Eds.). 1982. *All the women are White, all the Blacks are Men, but Some of us are Brave : Black women's studies*. Old Westbury: Feminist Press.
- JOSEPH, Gloria. and LEWIS J. 1981. *Common Differences : Conflicts in Black and White Feminist Perspectives*. New York : Anchor Press/Doubleday.
- LEWIS, Michael and SWINNEY Dan, 2008. "Social Economy & Solidarity Economy: Transformative Concepts for Unprecedented Times?" in Jenna Allard, Carl Davidson, and Julie Matthaei, eds. *Solidarity Economy: Building Alternatives for People and Planet*. Chicago: ChangeMaker Publishing.
- MATTHAEI, Julie. 1982. *An Economic History of Women in America*. New York: Schocken Books.
- MATTHAEI, Julie. 1982. *An Economic History of Women in America: Women's Work, the Sexual Division of Labor, and the Development of Capitalism*. New York: Schocken Books.
- MATTHAEI, Julie. 1996. "Why Marxist, Feminist, and Anti-Racist Economists Should be Marxist-Feminist-Anti-Racist Economists." *Feminist Economics* 2, 1.
- MATTHAEI, Julie, and BRANDT Barbara. 2001. "Healing Ourselves, Healing Our Economy: Paid Work, Unpaid Work, and the Next Stage of Feminist Economic Transformation," *Review of Radical Political Economics*, 33.
- MATTHAEI, Julie and BRANDT Barbara. 2007. "The Transformative Moment." In Robert Albritton, Robert Jessop, and Richard Westra, eds. *Political Economy and Global Capitalism: The 21st Century Present and Future*. London: Anthem Press, 2007.
- MATTHAEI, Julie and BRANDT Barbara. 2008. "Feminist Economic Transformation," in Jenna Allard et al, eds., *Solidarity Economy*.
- MATTHAEI, Julie. 2008. "Live Your Power: Socially Responsible Consumption, Work, and Investment." In Allard et al, *Solidarity Economy*.
- MERCHANT, Carol. 1980. *The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution*. San Francisco: Harper and Row.
- MIES, Maria and SHIVA Vandana. 1993. *Eco-feminism*. London: Zed Books.
- MOGHADAM, Valentine. 2005. *Globalizing Women: Transnational Feminist Networks*.

- Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- MOHANTY, Chandra. 2003. *Feminism Without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. Durham: Duke University Press.
- MORAGA, Cherie, and ANZALDUA Gloria (Eds.). 1981. *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*. Watertown.: Persephone Press, c1981
- NEAMTAM, Nancy. 2008. "Chantier de l'Economie Sociale: Building the Solidarity Economy in Quebec." In Allard et al, *Solidarity Economy*.
- NELSON, Julie A. 1993. "The Study of Choice or the Study of Provisioning: Gender and the Definition of Economics," in Marianne Ferber and Julie A. Nelson, eds. 1993. *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics*. Chicago: University of Chicago Press.
- NELSON, Julie A. 1996. *Feminism, Objectivity, and Economics*. New York: Routledge.
- NELSON, Julie A. 2006. *Economics for Humans*. Chicago: University of Chicago Press.
- PLANT, Judith. Ed. 1989. *Healing The Wounds: The Promise Of Ecofeminism*. Philadelphia: New Society Publishers.
- SARGENT, Lydia, ed. 1981. *Women and Revolution: a discussion of the unhappy marriage between Marxism and feminism*. Boston: South End Press.
- SPELMAN, Elizabeth. 1988. *Inessential Woman: Problems of Exclusion in Feminist Thought*. Boston: Beacon Press.
- WARING, Marilyn. 1988. *If Women Counted: A New Feminist Economics*. San Francisco: Harper & Row.
- WILLIAMS, Joan. 2000. *Unbending Gender: Why Family and Work Conflict and What to Do about It*. New York: Oxford University Press.
- WILLIAMS, Rhonda. 1993. " Race, Deconstruction, and the Emergent Agenda of Feminist Economic Theory," in Marianne A. Ferber and Julie A. Nelson (eds.) *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics* .Chicago: University of Chicago Press.

EL LADO OCULTO DEL CONSUMO¹

*Susana Narotzky*²

El lado oculto del consumo es todo aquello en que no solemos reparar cuando consumimos y que sin embargo forma la trama y la urdimbre de algo que es un proceso complejo agazapado detrás de actos discretos que parecen demostrar nuestra autonomía individual. Según como se vayan articulando las relaciones sociales entre las personas que producen y distribuyen lo que consumimos, se obtendrán valores tanto materiales como culturales distintos que pasarán a incorporarse en los objetos mismos y contribuirán a delimitar su capacidad de significar.

Quiero enfatizar que el aprovisionamiento de recursos (de todo tipo, pero fundamentalmente bienes, servicios e información) es un proceso complejo en el que deben considerarse conjuntamente relaciones de producción, distribución, apropiación y consumo, y en el que el desarrollo histórico va a definir en cada caso las vías particulares de aprovisionamiento de bienes y servicios que están disponibles en sociedades concretas, para grupos concretos y para actores concretos dentro de esas sociedades. Desde una perspectiva que observa los “modos de aprovisionamiento” en su diversidad podemos

1 i 2 Catedrática de la Universidad de Barcelona. Este artículo ha sido publicado originalmente en Yproductions (eds.) (2007). *Producta50. Una introducción a algunas de las relaciones que se dan entre la cultura y la economía*. Barcelona, Generalitat de Catalunya / Departament de Cultura i Mitjans de Comunicació, pp. 170-187. Obra publicada bajo licencia Creative Commons.

aproximarnos a las formas no mercantiles de obtención y transferencia de recursos y no sólo al consumo encuadrado en dinámicas de mercado.

Muchos estudios y perspectivas teóricas han contribuido en los últimos veinte años a crear un ambiente propicio al desarrollo de un enfoque centrado en el aprovisionamiento en un sentido amplio, más allá de los clásicos límites del mercado. Trataré con mayor detalle algunas de ellas más abajo, pero quiero mencionar ahora algunas de las contribuciones más significativas a la creación de este “ambiente” intelectual que atraviesa varias disciplinas sociales e incluye desde la sociología y la geografía a la economía, sin olvidar, claro está, la antropología.

En antropología, Wolf (1982) y Mintz (1985) han aportado sus contribuciones a esta aproximación desde la perspectiva de la “economía política”. Appadurai (1986) y Kopytoff (1986), por su parte, aportan contribuciones esenciales desde una perspectiva transaccionalista y culturalista. Otros, como Bourdieu (1979), se han mostrado interesados en la reproducción social de las élites económicas y políticas mediante prácticas particulares de consumo que, a su vez, descansaban en relaciones de producción particulares. Aun otros, como Davis (1972), han incidido en las diferentes “esferas de intercambio” que al igual que se habían descrito para sociedades no occidentales (Bohannan, 1959; Bloch y Parry, 1989) operaban también en las sociedades plenamente capitalistas.

En sociología, Pahl (1984), Mingione (1985) y Gershuny (1988) han subrayado el hecho de que el aprovisionamiento de bienes y servicios podía realizarse a través de procesos formales (mercado, Estado) o informales (comunidad, grupo doméstico), y éstas eran a menudo opciones disponibles simultáneamente en una comunidad o sociedad. En una monografía ya clásica sobre la isla de Sheppey, Pahl (1984) descubrió que existía una aparente paradoja entre la participación de los hombres como asalariados en el ámbito “formal” de la producción y su participación en las redes de auto-aprovisionamiento “informales” locales. Por el contrario, los que más necesitaban participar en las redes informales de aprovisionamiento porque no tenían otras alternativas, es decir los desempleados, eran los que más dificultades tenían de acceder a estos circuitos.

En los últimos diez años la perspectiva del aprovisionamiento se ha desarrollado como una herramienta metodológica útil sobre todo dentro del marco teórico de la economía política. Este desarrollo actual también trata de abordar las cuestiones relativas al consumo integrándolas en el comple-

jo entramado de los varios procesos de diferenciación que concurren en las relaciones de producción, de distribución, de apropiación y de consumo. Dos contribuciones fundamentales definen la perspectiva del aprovisionamiento: la de Warde (1992), que se define como una teoría “horizontal” de los “modos de provisión”; y la de Fine y Leopold (1993) (véase también Fine, 2002), que se define como una teoría “vertical” de los “sistemas de provisión”.

Desde la perspectiva de Warde, es importante pensar en ciclos de episodios de producción/consumo articulados que “no son necesariamente idénticos y pueden suponer tipos específicamente distintos de relaciones sociales” (1992:19). Por tanto, para que un consumidor pueda disfrutar de un bien o servicio concreto tienen que darse un número de episodios de producción/consumo articulados que probablemente abarcarán marcos espacio-temporales muy distintos, así como contextos sociales y culturales diversos donde esos episodios se organizarán en torno a relaciones sociales de producción, distribución y consumo particulares. Esta perspectiva abarca la distinción clásica entre consumo productivo y consumo personal, en una cadena de momentos diversos pero articulados que se verán guiados por uno o más de los valores que orientan el consumo: valor de cambio, valor de uso, valor identitario (Warde, 1992:17-18). Para cada bien se puede seguir hacia atrás el ciclo particular de episodios de producción/consumo y las relaciones sociales implicadas en hacerlo disponible en general en una sociedad, pero diferencialmente accesible a la gente que habita en ella. Warde define los “modos de provisión” como procesos en los que:

“episodios de producción/consumo se caracterizan o diferencian por las relaciones sociales específicas implicadas en proveer el valor final. En la sociedad contemporánea, empíricamente, estas relaciones sociales caen de forma predominante en cuatro categorías. Llamaré a estas categorías modos de provisión. Los modos de provisión se caracterizan por las distintas formas de producir el bien que incorpora el valor que ha de obtenerse al final de cada episodio y por las relaciones sociales que gobiernan el acceso a los frutos del trabajo. Necesitamos considerar la provisión de mercado, estatal, doméstica y comunal, los modos contemporáneos fundamentales... Típicamente, estos cuatro tipos de procesos de aprovisionamiento están gobernados, respectivamente, por relaciones de intercambio de mercado, obligación familiar, derechos ciudadanos y reciprocidad.” (Warde, 1992:19-20)

Esta perspectiva de los “modos de provisión” proporciona una teoría “horizontal” del aprovisionamiento que es aplicable transversalmente a todos los

bienes y servicios.³ En tanto teoría, intenta capturar el significado político y social de los cambios o sustituciones entre modos de provisión.

“Es porque los servicios [y los bienes] son producidos bajo condiciones diferentes y su acceso es regulado en consecuencia, y porque subsecuentemente esto tiene consecuencias para su disfrute, que la sustitución de servicios entre modos es tan importante social y políticamente... Puesto que en la medida en que las relaciones sociales de producción son formadoras de cohesión social y de conflicto, entonces la sustitución entre modos es de enorme importancia.” (Warde, 1992:20)

Fine está también interesado en la complejidad de los procesos que articulan producción y consumo, pero en su caso va a enfatizar la diferencia entre mercancías distintas (por ejemplo, distinguiendo los procesos que se dan para la alimentación como sustancialmente distintos a los que se dan para el sector del vestido) y va a convertir esto en el eje central de su teoría del aprovisionamiento (Fine & Leopold, 1993; Fine, 2002). Por otra parte, Fine tiene mucho cuidado en determinar el ámbito de aplicación de su teoría a las “mercancías”, es decir, estrictamente a los productos producidos para el intercambio de mercado, y sólo de forma marginal a los productos no producidos para el intercambio de mercado pero que puedan entrar en un proceso de intercambio mercantil sin ser en sentido propio “mercancías”. Estos últimos comprenderían, entre otros, objetos de segunda mano o antigüedades o incluso los sobornos que responden a una dinámica de mercado.

La perspectiva de Fine es una perspectiva “vertical” del aprovisionamiento: “Los imperativos diversos que gobiernan distintos grupos de mercancías quedan implícitos en el uso de los términos que los describen –el sistema alimentario, el sistema energético, el sistema de la vivienda, el sistema de la moda, el sistema del transporte, etc–. El uso del término “sistema” significa la idea de que ciertas estructuras y dinámicas han sido desarrolladas para cada uno de los grupos de mercancías. Aunque éstas no sean inamovibles, o puedan mostrar afinidades aunque sea parciales entre grupos de mercancías (compartiendo características técnicas o de marketing), la presunción debe ser que existe un vínculo vertical más fuerte en el proceso de la producción al consumo dentro de cada uno de los sistemas de aprovisionamiento del que existe entre ellos.” (Fine, 2002:175)

3 J. Davis (1972) diferencia también cuatro formas de intercambio que corresponden sustancialmente a las mismas distinciones.

Varios puntos son relevantes en la teoría de Fine sobre “sistemas de aprovisionamiento”. Primero, el análisis de las articulaciones entre producción y consumo en donde cada articulación “juega un papel potencialmente significativo en la construcción social de la mercancía tanto en su aspecto material como en el cultural” (Fine, 2002:98). Segundo, el énfasis en la tensión entre la naturaleza física de los productos (y servicios), es decir su potencialidad como “valores de uso”, y los significados atribuidos a ellos (2002:89). Así, cambios en el extremo de la producción de la cadena de aprovisionamiento afectarán el contenido de la mercancía, mientras que cambios en el extremo del consumo de la cadena afectarán su interpretación o significado. Sin embargo, no existe una transitividad automática a lo largo de los eslabones de la cadena en la que los cambios en un extremo producirían cambios previsibles e isomorfos en el otro. Más bien existe una dialéctica permanente en la que las relaciones sociales en un extremo, aquellas que producen el valor de uso de la mercancía, interactúan con las relaciones sociales que se crean en el otro extremo, el del consumo final.⁴ Tercero, aunque no en el mismo sentido “horizontal” y sistemático que propone Warde en su teoría de los “modos de provisión”, Fine reconoce la importancia de considerar “la cambiante relación entre formas comerciales y no comerciales de aprovisionamiento, así como los cambios y las transformaciones de estas categorías” (Fine, 2002:114):

Es necesario determinar cómo formas diferentes de producción para el consumo son reproducidas y transformadas a pesar de su posible falta de lógica comercial y de su interacción con ésta. Tanto la naturaleza como la viabilidad de esta producción y este consumo no comerciales es probable que se vean altamente influenciados, si no eliminados, por la predominancia de alternativas comerciales (2002:115)

Las dos aproximaciones descritas arriba (de Warde y Fine) construyen de forma explícita una teoría del aprovisionamiento, resaltando la necesidad de integrar la producción y el consumo. Esto reviste consecuencias importantes para las ciencias sociales implicadas en el estudio de cuestiones relativas al sustento material de la vida en nuestras sociedades.

El aprovisionamiento, algunos ejemplos iniciales:

Los dos ejemplos seleccionados para ilustrar los “modos de provisión” y los “sistemas de aprovisionamiento” son el del cuidado y el del alimento. El pri-

4 Un ejemplo de esta tensión es el que plantea Bourdieu (1979) cuando trata de las prácticas de “distinción” mediante el consumo que sirven para la reproducción económica y política de las élites que estructuran el capitalismo en Francia. Prácticas que define como a la vez “enclasadadas” y “enclasantas”.

mero hace referencia a los “modos de provisión”; el segundo, a los “sistemas de aprovisionamiento”.

El cuidado

Imaginemos que necesitamos un/a “canguro” o niñera para cuidar de nuestros hijos/as varias horas al día, varios días a la semana, mientras vamos a trabajar. ¿Cómo vamos a proveernos de este servicio? Varias posibilidades vienen a la mente de inmediato:

- a) el Estado puede proveer un sistema de guarderías que proporcionen este servicio;
- b) el Mercado tiene una amplia oferta de agencias de empleo privadas y de trabajadoras autónomas (son en general mujeres) que pueden proporcionar este servicio a distintos precios;
- c) la red de Parentesco puede disponer de personas dispuestas a proveer este servicio informalmente y
- d) la Comunidad o el vecindario o una red de amistad puede haber organizado un sistema de trueque de servicios, más o menos formalizado en un sistema cooperativo, que pueda proporcionar el servicio que necesitamos (Brandon, 2000; Stack, 1974).

De estas cuatro posibilidades que he definido sólo b) se sitúa íntegramente en un marco de intercambio de mercado, pero incluso en este caso, el modo de acceso a niñeras particulares se verá a menudo condicionado tanto por su posición en el mercado de trabajo como por su posición en un entramado social particular. Nuestra red social y nuestros ingresos, así como nuestra construcción social de la “confianza” respecto de personas desconocidas será también significativa. Por otro lado, muchas de las posibilidades no-mercantiles pueden estar parcialmente insertadas en el intercambio de mercado. Este es el caso cuando pagamos a una parienta para hacer el trabajo aunque sea a un precio diferente al del mercado (a veces inferior, a veces superior); también es el caso cuando el grupo vecinal de trueque organiza su sistema de contabilidad interno en referencia al crédito-tiempo, y por tanto al valor de cambio del trabajo (abstracto) medido en unidad de tiempo.⁵

Por otro lado no todo el mundo tiene las mismas opciones de aprovisionamiento disponibles por razones tanto materiales como culturales: algunos residirán muy lejos de sus parientes, otros serán nuevos en un barrio o en una

⁵ Esto está muy próximo a una concepción del valor según la teoría clásica de valor trabajo.

ciudad y no dispondrán de red social local, otros no dispondrán de dinero en metálico para entrar en el sistema mercantil de aprovisionamiento, otros vivirán en lugares en los que el Estado o la municipalidad no provee guarderías (o no en cantidad suficiente para paliar la posible demanda) o bien puede que no sean elegibles para el disfrute de este servicio público (por su nivel de ingresos “excesivo”, o por su lugar de residencia), en otros casos los centros se encontrarán en localizaciones inconvenientes (lejos del hogar o del trabajo, o mal comunicados, etc.), otra gente, en fin, no confiará en dejar a sus hijos en manos de desconocida/os.

La mayoría de la gente utilizará distintas opciones en distintos momentos de su vida. A menudo esto estará condicionado por factores sociales y económicos tales como los ciclos domésticos de los hogares emparentados, la cambiante capacidad individual o doméstica de articular redes sociales, la posición de los agentes en el mercado de trabajo que determinará la disponibilidad de ingresos y de tiempo, las políticas de bienestar social del Estado, etc.

Alimentos

Digamos que estamos acostumbrados a tomar café en el desayuno, y generalmente lo conseguimos a través del mercado. Tenemos varias opciones. Podemos ir a un supermercado y escoger entre las diversas marcas (Marcilla, Bonka, Soley, etc. todas ellas parte de conglomerados alimentarios como Nestlé), normalmente mezclas de especies vagamente definidas por su origen (Colombia, Brasil, o su especie, Robusta, Arábica). Este producto va dirigido a un consumidor de masa. Pero detrás de cada una de estas marcas hay una serie de relaciones sociales de producción y distribución que difícilmente podemos rastrear, es decir que el seguimiento posible es escaso en lo que refiere a la calidad pero también a cuestiones “éticas” de explotación de la mano de obra, por ejemplo. Sin embargo las relaciones de producción concretas (incluyendo según el periodo histórico la esclavitud, el contrato de servidumbre, el trabajo asalariado, la aparcería y el campesinado independiente) y de distribución (incluyendo las transformaciones en las tecnologías de transporte y almacenamiento así como los sistemas de venta al por menor) que hacen que una forma de aprovisionamiento sea posible están fundamentadas en una historia de conexiones entre formas de organización económicas, sociales, culturales y políticas de distintos grupos de gente en localizaciones geográficas distintas (Stolcke, 1984 y 1988; Jiménez, 1995; Roseberry, 1996).

Otra opción sería ir a una tienda especializada, un tostadero independiente (como Cafés El Magnífico o La Puertorriqueña en Barcelona) en dónde podemos

confiar que obtendremos cafés específicos producidos en lugares particulares que resultan en calidades y sabores diferentes. Nuestra confianza se basa en la creencia de que la conexión entre producción y distribución/ minorista es hipotéticamente más directa y en que el conocimiento y el control de la calidad en origen son posibles en este caso. Es decir que tanto en la producción como en la distribución, la "alienación" de los agentes involucrados respecto del producto es considerablemente menor que la existente en los gigantes de la agro-industria y de la distribución alimentaria (Carrier, 1995; Winson, 1992). Este tipo de punto de venta, por otro lado, sirve a un público supuestamente más experto y sofisticado. Sin embargo no debe olvidarse que esta forma de aprovisionamiento está ligada a innovaciones tecnológicas como la "containerización" y a las nuevas formas de "marketing" que segmentan las prácticas de consumo y se dirigen a grupos predefinidos de consumidores utilizando discursos de identidad y calidad (Roseberry, 1996; Roseberry et al, 1995)

Cada vez más existe otra opción de aprovisionamiento de café para el consumidor urbano occidental. A través de nuestras prácticas de consumo de café podemos intentar beneficiar formas particulares de producción en origen, en general sistemas ligados a la pequeña producción directa "campesina" que comercializan su producto a través de cooperativas ligadas al sistema de "comercio justo" (Whatmore & Thorne, 1997). El comercio justo se basa en potenciar la "conectividad" entre las decisiones de los agentes en los extremos del consumo y de la producción respectivamente, así como en "vender" esa "conectividad" como "justa" y "sostenible". Aunque a menudo la conexión entre los dos extremos de la cadena de aprovisionamiento aparece en estos casos como lineal y evidente, esto raramente responde a la realidad. Las decisiones que afectan la producción y comercialización de los productos dependen de instituciones como el mercado de futuros especializado en café de la bolsa de Nueva York (Cocoa, Sugar, Coffee Exchange, CSCE) que hace que los precios fluctúen y proporciona el estándar de los acuerdos de "comercio justo":

La diferencia fundamental entre los compradores del comercio justo y los intermediarios comerciales es que los primeros pagan un precio de garantía mínimo (que protege al agricultor en caso de que el mercado entre en caída libre), y un número fijo de puntos por encima del precio del CSCE en caso de que el mercado supere el mínimo (de hecho un 10 por ciento de bonificación) (Whatmore & Thorne, 1997:297)

Esta bonificación tiene por objeto contribuir a inversiones relacionadas con la implementación de infraestructuras ligadas al bienestar social en origen (salud, educación, etc.). Sin embargo, la presión por parte de los compradores de

comercio justo sobre la “calidad” del producto (que a su vez justifique los precios más elevados que paga el consumidor final en destino), crea una fuerte presión sobre los agricultores para que cambien sus prácticas de cultivo hacia sistemas agrícolas más ecológicos (lo cual implica generalmente, más intensivos en trabajo), que respondan a los estándares de certificación regulados por la legislación de la Unión Europea, entre otros. Sin embargo el factor de la “calidad” es delicado porque a menudo empuja a los productores fuera de la red del “comercio justo” y de vuelta a las garras de los intermediarios comerciales (los “comerciantes”) y a las fluctuaciones brutales del mercado de futuros:

“Con el fin de proveer a los consumidores de Cafédirect [una red de comercio justo] con “café excelente,” las cooperativas [de productores] deben proporcionar únicamente el grano de la mejor calidad. Si el café tiene menor calidad (las razones para ello incluyen régimen de lluvias, parásitos e insectos, fermentación) no cumplirá las condiciones negociadas en los contratos de comercio justo entre el gestor de exportaciones de la cooperativa y el comprador de Cafédirect, y los agricultores venderán a los comerciantes. Si el precio en el mercado de valores es alto los comerciantes pagarán bien incluso por esta baja calidad, y pagarán en efectivo.” (Whatmore & Thorne, 1997:299)

Como consumidores, nuestra capacidad de seleccionar una u otra vía de conseguir nuestro café dependerá de factores como los ingresos, el punto de venta más conveniente, la información sobre las distintas opciones de que dispongamos, nuestro posicionamiento ideológico, pero también, y esto resulta menos evidente, de las relaciones de producción en origen, los sistemas de distribución y comercialización, el mercado de valores, las innovaciones tecnológicas (tales como la containerización para transporte de larga distancia de bienes perecederos), todo ello afectando la calidad, los precios y la circulación del producto pero también su significado en nuestra sociedad.

Estos dos ejemplos traen a la luz una serie de cuestiones centradas en la conexión inevitable que existe entre los procesos de producción y los procesos de consumo, en particular entre la producción “material” de bienes y servicios, la producción “social” de diferenciación y la producción “cultural” de significado e identidad. Vamos intentar exponer estas cuestiones a continuación.

El consumo como problema

Hay un interés creciente por el consumo en antropología. Algunos antropólogos parecen pensar que las pautas de consumo nos pueden decir más so-

bre las relaciones sociales contemporáneas (diferenciación social, construcción identitaria, agencia, poder) que las pautas de producción. Señalan que el “empoderamiento” sólo puede venir ya de las prácticas de consumo en un contexto en el que un mercado de trabajo precario y segmentado, y unos procesos productivos flexibles e informales han desbaratado las prácticas de empoderamiento tradicionales basadas en la homogeneidad y solidaridad conseguida en el lugar de trabajo por los trabajadores y expresada en las organizaciones sindicales (Miller, 1987, 1995 y 1997). El consumo parece abordar tanto las necesidades materiales como la producción simbólica, la producción de significado y su relación con el poder.

Lo que me interesa enfatizar aquí, sin embargo, es que si no abordamos la complejidad de los sistemas de aprovisionamiento como una totalidad, no podremos entender las pautas de consumo, las relaciones sociales que se producen en el consumo, ni la construcción de significado social o las formas de distinción social y de diferenciación que surgen en torno al consumo. De ahí el interés de una perspectiva que subraye una serie de puntos. En primer lugar, se plantea la necesidad de seguir las vías de aprovisionamiento. En segundo lugar, se plantea la necesidad de estudiar la relación de estas vías de aprovisionamiento con los procesos de poder, en particular con las formas de institucionalización y diferenciación social.

Seguir las vías de aprovisionamiento

En relación con la tarea de analizar las vías de aprovisionamiento tenemos que tener en cuenta dos importantes aportaciones de la antropología, que provienen de dos perspectivas teóricas diferentes la de la “economía política” en antropología (Roseberry, 1988) y la de la antropología cultural de la globalización de tendencia transaccionalista (Inda & Rosaldo, 2002; Hannerz, 1992 y Appadurai, 1998).

La primera se enmarca en la perspectiva de la “economía política” que se desarrolló durante los años 1970s y 1980s en antropología basándose en las teorías de la dependencia y del sistema-mundo. Desde este ángulo, el estudio de Sidney Mintz *Sweetness and Power* (1985) muestra cómo un sistema particular de producción (el sistema de plantación) transformó la disponibilidad de azúcar así como su significado, pasando de ser un bien de lujo escaso y de altísimo valor a convertirse en algo “corriente y una necesidad”. También muestra cómo la expansión de un bien de consumo particular, el azúcar, está relacionada con la industrialización en Inglaterra y con la necesidad de redu-

cir los costes de reproducción de la fuerza de trabajo mediante la provisión de nutrientes baratos y energéticos que pudieran producirse en las colonias a muy bajo coste, debido al tipo de relaciones de producción y de poder que imperaban en esas regiones.

El objetivo del análisis de Mintz es enfatizar la relación entre la producción y el consumo de alimentos, una relación que como él mismo señala estaba claramente presente en “las preocupaciones tradicionales de los antropólogos de la alimentación” cuando estudiaban las sociedades “primitivas” que solían estudiar, pero parece haber perdido interés hoy en día:

“las sociedades modernas complejas parecen haber divorciado la producción de alimentos del consumo de alimentos; pero por qué, qué cantidades de alimentos se hicieron disponibles cuándo y dónde, y cómo estas disponibilidades configuraron las elecciones, son preguntas que merecen ser contestadas todavía.” (Mintz, 1985:179-80)

“La tan cacareada libertad de elección significaba libertad sólo dentro de una gama de posibilidades establecidas por fuerzas sobre las cuales aquellos que supuestamente estaban eligiendo libremente no tenían el más mínimo control.” (1985:183)

Por su parte, desde una óptica transaccionalista y culturalista, Arjun Appadurai en su introducción a *The Social Life of Things* (1986) muestra cómo los objetos pueden seguir caminos que les llevan a entrar o salir de la situación de mercancías, muestra cómo algunas “cosas” serán consumidas varias veces de forma diferente, en contextos culturales distintos y por diferente tipo de gente, mientras que otras “seguirán un único trayecto desde la producción al consumo” (Appadurai, 1986:23; véase también el concepto de “singularización” de Kopytoff, 1986:73-77), viendo restringida su entrada al estatus de “candidatura a mercancía” por fuerzas sociales y políticas (Appadurai, 1986:13-14)

Además, Appadurai subraya cómo el valor de las mercancías se produce en la transacción como resultado de factores temporales, culturales y sociales. El significado de una “cosa” particular depende tanto de una “biografía cultural” que traza el movimiento y la “historia de vida” del objeto, como de una “historia social” que puede trazarse para “clases de objetos” en una sociedad y que crea dinámicas de gran escala que constriñen las “trayectorias íntimas” de las cosas (1986:34-36). Una contribución importante de la perspectiva de Appadurai es la relación que establece entre el conocimiento y las mercan-

cías a lo largo de las vías que transitan, y cómo esto contribuye al valor de las mercancías en los intercambios particulares:

Todas las sociedades tienen ideas culturalmente construidas sobre los flujos de mercancías. Pero esas historias adquieren calidades particularmente intensas, nuevas y sorprendentes cuando las distancias espaciales, cognitivas o institucionales entre la producción, la distribución y el consumo son grandes. Este distanciamiento puede o bien estar institucionalizado dentro de una sola economía compleja o bien puede ser función de nuevos tipos de articulaciones entre sociedades y economías hasta entonces separadas. El divorcio institucionalizado (en lo referente al conocimiento, al interés y al papel que ocupan) entre personas involucradas en varios aspectos del flujo de mercancías genera mitologías especializadas (1986:48)

Vías de aprovisionamiento y procesos de poder

Este punto incide en la conexión entre los sistemas de aprovisionamiento y los sistemas de dominación. Esto supone preguntarse cómo las instituciones del Estado, por ejemplo, delimitan de forma efectiva la disponibilidad de los recursos así como las posibilidades de elección de grupos concretos de personas definidos formal o informalmente. Pero también supone preguntarse cómo los procesos de distribución afectan de forma diferencial las posibilidades de consumo de los actores sociales.

El poder de la distribución

La distribución es un concepto que describe el proceso mediante el cual las cosas producidas llegan a las manos de los consumidores. Es uno de los aspectos centrales de la perspectiva de las vías de aprovisionamiento. La distribución implica al tiempo adjudicación y movimiento. Aunque en el sistema de mercado la adjudicación se obtiene en teoría a través del mecanismo de oferta y demanda, abstracción hecha de los constreñimientos políticos y sociales, en la práctica esto no suele ocurrir de este modo. Si consideramos los distintos modos de provisión posibles en cada etapa de un recorrido de aprovisionamiento concreto, podemos observar cómo la adjudicación está a la vez condicionada políticamente e incrustada socialmente en múltiples y complejas relaciones sociales (Carrier, 1995; Miller, 1997).

El valor social de los bienes, su significado, también dependerá de la forma particular de distribución que una determinada persona o grupo pueda usar

para acceder a ellos, así como de la capacidad real de elección que tenga para optar entre las distintas posibilidades disponibles. La capacidad de elección de un actor social en cuanto a las modalidades de distribución disponibles está condicionada siempre por su posición en la estructura económica y social general. Esto se expresa en factores como los siguientes:

1. **El nivel de equipamiento público y doméstico⁶ del consumidor.** Esto a su vez permite o inhibe determinadas modalidades de consumo: electricidad, nevera, congelador, coche, espacio de almacenamiento, ascensor, teléfono, etc.
2. **Su disponibilidad de tiempo y su línea de crédito.** Se entiende fácilmente como esto afecta a las personas situadas en lugares espaciales y sociales diferentes (por ejemplo, barrios degradados, chabolas en solares de ocupación, poblados rurales aislados, gente pobre, inmigrantes ilegales, ancianos, etc.), y como resultado afecta también su capacidad de toma de decisiones y su habilidad para producir identidades particulares a través de las prácticas de consumo.
3. **La capacidad de información del consumidor respecto a los productos, a vías de aprovisionamiento alternativo, ventas especiales, etc.** Estas capacidades de informarse dependerán a su vez de factores como la educación y los niveles de alfabetización, no sólo alfabetización tradicional (leer, escribir, contar) sino también de forma creciente la alfabetización electrónica,
4. **La condición física y el estado de salud.** Esto afecta de forma directa las posibilidades del consumidor en lo que respecta a su elección de puntos de distribución final. Grupos particulares de personas se ven afectados por estas condiciones: la gente mayor, los enfermos crónicos, etc.
5. **Las fuentes y la forma de los ingresos.** Este es sin duda el factor más crucial en la determinación de la capacidad de elección en las prácticas de consumo, y depende de la estructura del capitalismo en cada lugar y momento, del sistema de bienestar social disponible en cada caso, y de la posición particular de los actores sociales en cada contexto. Sin olvidar que la forma de los ingresos no es exclusivamente monetaria y la participación de los actores en relaciones sociales que provean ingresos en especie supone de hecho el desplazamiento hacia modos de provisión no mercantiles.

6 Este "equipamiento" podría también entenderse como bienes-capital domésticos, es decir, relacionados al consumo productivo en procesos de auto-aprovisionamiento (tal como lo hace Pahl, 1984; véase también Pahl & Wallace, 1985) y no al consumo final.

Por lo tanto, distintos canales para la circulación de los bienes y servicios afectarán su adjudicación diferencial entre distintos grupos de personas y producirán nuevamente un proceso de diferenciación.

Conclusión: la perspectiva del aprovisionamiento

Tal como lo hemos ido planteando, la perspectiva del aprovisionamiento sigue los canales de producción, distribución, circulación, apropiación, consumo y desecho de los bienes y servicios. En cada una de las etapas del recorrido de aprovisionamiento, las relaciones sociales producen diferenciación material que queda incorporada en los propios bienes y servicios, por ejemplo en términos de calidad, adecuación a las necesidades, disponibilidad temporal, accesibilidad, etc. para bienes y servicios como alimentos, vestido, vivienda, saneamiento, agua, electricidad, cuidado, etc.

Un aspecto importante de esta perspectiva es que toma en consideración el aprovisionamiento simultáneo de bienes concretos a través de vías diferentes –mercado, Estado, comunidad, grupo doméstico– y la articulación de fases mercantiles y no mercantiles a lo largo de un recorrido de aprovisionamiento. De hecho, a menudo los bienes se desplazan entre distintas fases en su recorrido y la mayoría de bienes y servicios pueden ser aprovisionados a través de modos tanto mercantiles como no mercantiles. La interacción entre estos factores afectará tanto el valor económico como el valor simbólico de los bienes y servicios.

El marco metodológico del aprovisionamiento enfatiza la importancia del Estado y sus políticas y regulaciones relativas al bienestar social, y en particular a los programas de ayuda social específicos. Resalta a este respecto que las decisiones de los actores sociales de orientarse hacia el aprovisionamiento a través de modos más o menos ligados al mercado, dependen de forma muy directa de las políticas estatales de provisión. Es importante por tanto tener presente la historicidad de los sistemas de aprovisionamiento y la economía política de los desplazamientos y de las articulaciones que existen entre distintos modos de provisión.

Desde la perspectiva del aprovisionamiento se enfatiza así mismo el carácter político de la producción de significado a lo largo de estos recorridos. De este modo se incide en la complejidad y ambivalencia de los significados que se producen y se encuentran disponibles para que los actores sociales los utilicen como materia prima en la construcción de sus identidades en los proce-

sos de consumo. El enfoque del aprovisionamiento expresa, pues, la relación ineludible entre la producción de significado y los sistemas de explotación y dominación.

Si pensamos en las prácticas efectivas de aprovisionamiento, resulta a menudo útil pensar en los actores sociales como enredados en redes de aprovisionamiento. Por otro lado, si prestamos atención al recorrido de aprovisionamiento en su totalidad, veremos una red muy compleja de relaciones sociales que se bifurcan en determinados puntos en los que ciertas opciones se tornan imposibles o improbables para ciertos actores sociales, y en dónde generalmente se van a concentrar tensiones y poder y se va a producir diferenciación social y posiblemente conflicto.

La idea de un sistema de aprovisionamiento debería, por un lado, articular los procesos de distribución a los procesos de producción: es decir, qué proveedores de qué bienes usan qué canales de distribución y viceversa (por ejemplo en las cadenas de aprovisionamiento alimentario se puede comparar las vías de productos "orgánicos" o biológicos y las de productos genéticamente modificados). Por otro, debería articular los procesos de distribución con las capacidades y formas del consumo, es decir con cuestiones como la disponibilidad de ingresos, la forma del intercambio (con dinero, crédito, en especie, trueque, benévolo, etc.) y la modalidad de la transferencia (personal/impersonal).

La perspectiva del aprovisionamiento debería asimismo prestar atención a los desplazamientos entre modos de provisión, y fijarse en cómo las distintas vías de aprovisionamiento interactúan para producir opciones diferenciadas que ayudan a reproducir estructuras sociales específicas. De forma muy especial, esta perspectiva debería articular la disponibilidad de oportunidades diferentes de producción y distribución para distintos agentes, al contexto político y económico que se ha desarrollado históricamente tanto a nivel local como global. Sólo a partir de estas premisas podremos entender el complejo proceso de producción de significados en torno al consumo, y su relación ineludible con los procesos de diferenciación y de reproducción social.

Bibliografía

- APPADURAI, A. (1986). "Introduction: commodities and the politics of value." En: A. Appadurai (ed.). *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.

- APPADURAI, A. (1998). *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BLOCH, M. & PARRY, J. (1989) "Introduction: Money and the Morality of Exchange". En: J. Parry and M. Bloch (eds.). *Money and the Morality of Exchange*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BOHANNAN, Paul (1959). "The impact of Money on an African Subsistence Economy"; *Journal of Economic History*, 19.
- BOURDIEU, Pierre (1979). *La distinction*. Paris, Les Editions de Minuit.
- BRANDON, P. D. (2000). "An analysis of kin-provided child care in the context of intra-family exchanges: linking components of family support for parents raising young children". *American Journal of Economics and Sociology* 2:191-216.
- CARRIER, J. G. (1995). *Gifts and commodities: exchange and Western capitalism since 1700*. London, Routledge.
- DAVIS, J. (1972). "Gifts and the U.K. Economy". *Man, N.S.*, V. 7 (3):408-429.
- FINE, B. (2002). *The world of consumption: the material and cultural revisited*. London, Routledge (segunda edición).
- FINE, B. and E. LEOPOLD (1993). *The world of consumption*. London, Routledge.
- GERSHUNY J.I. (1988) "Time, Technology and the Informal Economy". En: R. E. Pahl (ed.), *On Work. Historical, Comparative and Theoretical Approaches*. Oxford, Basil Blackwell, 579-597.
- HANNERZ, U. (1992). *Cultural Complexity. Studies in the Social Organization of Meaning*. New York, Columbia University Press.
- INDA, J.X. & R. ROSALDO (eds) (2002). *The anthropology of globalization. A reader*. Oxford, Blackwell.
- JIMÉNEZ, M. F. (1995). "From plantation to cup": coffee and capitalism in the United States, 1830-1930. En: *Coffee, society, and power in Latin America*, W. Roseberry, L. Gudmundson y M. Samper Kutschbach (eds.). Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- KOPYTOFF, I. (1986). "The cultural biography of things: commoditization as process". En: A. Appadurai (ed.), *The social life of things: commodities in cultural perspective*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MILLER, D. (1987). *Material culture and mass consumption*. Oxford, Blackwell.
- MILLER, D. (1995). "Consumption as the vanguard of history. a polemic by way of an introduction". En: D. Miller (ed.), *Acknowledging consumption*. London, Routledge.
- MILLER, D. (1997). *Capitalism: an ethnographic approach*. Oxford, Berg.
- MINGIONE, E. (1985). "Social Reproduction of the Surplus Labour Force: the Case of Southern Italy". En: Redclift, N. and Mingione, E. (eds), *Beyond Employment*. Blackwell, Oxford.
- MINTZ, S. (1985). *Sweetness and power: the place of sugar in modern history*. New York, Penguin.
- PAHL, R.E. (1984). *Divisions of Labour*. Oxford, Basil Blackwell.
- PAHL, R.E. y WALLACE, C.D. (1985). "Forms of work and privatisation on the Isle of Sheppey". En: B. Roberts; R. Finnegan y D. Gallie (eds), *New Approaches to Economic Life*. Manchester University Press, Manchester.
- ROSEBERRY, W. (1988). "Political economy". *Annual Review of Anthropology* 17:161-85.

- ROSEBERRY, W. (1996). "The rise of yuppie coffees and the reimagination of class in the United States." *American Anthropologist* 98:762-75.
- ROSEBERRY, W.; L. Gudmundson and M. Samper Kutschbach (eds) 1995. *Coffee, society, and power in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- STACK, C. (1974). *All our kin: strategies for survival in a black community*. New York, Harper and Row.
- STOLCKE, Verena (1984). "The exploitation of family morality: labor systems and family structure on Sao Paulo coffee plantations, 1850-1979" En: R. T. Smith (ed.), *Kinship ideology and practice in Latin America*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- STOLCKE, Verena (1988). *Coffee planters, workers and wives: class conflict and gender relations on Sao Paulo plantations, 1850-1890*. New York, St. Martin's Press.
- WARDE, A. (1992). "Notes on the relationship between production and consumption." En: R. Burrows y C. Marsh (eds), *Consumption and class: divisions and change*. London, Macmillan and the British Sociological Association.
- WHATMORE, S. y L. THORNE (1997). "Ourishing networks: alternative geographies of food" En: D. Goodman y M. Watts (eds), *Globalising food: agrarian questions and global restructuring*. London, Routledge
- WINSON, A. (1992). *The Intimate Commodity. Food and the Development of the Agro-Industrial Complex in Canada*. Canada, Garamond Press.
- WOLF, Eric (1982). *Europe and the people without history*. Berkeley, University of California Press.

SEGUNDA PARTE

INTERRELACIONANDO MOVIMIENTOS

AUTONOMÍA DE LA MUJER Y SOBERANÍA ALIMENTARIA

Miriam Nobre

Marcha Mundial de las Mujeres

En los últimos diez años, la Marcha Mundial de las Mujeres (WMW, siglas en inglés) ha adoptado una plataforma para la soberanía alimentaria y ha forjado alianzas con la Vía Campesina y otras organizaciones que defienden esta práctica. Nosotras entendemos la soberanía alimentaria como el derecho de los pueblos, países y estados a controlar su agricultura y sistemas de alimentación. Esto implica proteger la producción de alimentos y la cultura alimentaria de tal manera que, todas las personas tengan acceso a cantidades adecuadas de alimento de buena calidad. El desafío para las mujeres de áreas urbanas y mujeres de los países del Norte es: cómo participar en este proceso con el mismo compromiso que las mujeres de áreas rurales y de los países del Sur. El camino para lograr este objetivo comienza con la solidaridad entre mujeres con experiencias y demandas distintas, sigue a través del debate abierto y culmina con acciones respecto al trabajo doméstico y al cuidado en y de los hogares –una acción contra la mercantilización del vivir y el cuerpo de la mujer–.

Nuestro punto de partida

La Marcha Mundial de las Mujeres es un movimiento feminista internacional que une grupos en más de 60 países alrededor de una lucha permanente

para cambiar el mundo y la vida de las mujeres. El movimiento comenzó en el año 2000 como una campaña contra la pobreza y la violencia sexual. En ese tiempo se recogieron más de 5 millones de firmas para apoyar las demandas presentadas el 17 de octubre ante las Naciones Unidas. La primera demanda fue:

Eliminar la pobreza a través de la implementación de leyes nacionales y estrategias que aseguren que las mujeres no serán discriminadas en “contra de sus derechos a acceder a los recursos básicos tales como el agua, la producción y la distribución de alimentos, para asegurar la seguridad alimentaria de la población” (WMW 2008,55).

Después de esta acción internacional, la mayoría de los grupos participantes decidió continuar trabajando conjuntamente. Establecieron una agenda común, una mayor identidad política a través de la coordinación nacional, con una acción internacional cada cinco años. Los objetivos internacionales se tradujeron en contextos nacionales, en los cuales la mayoría de los países desarrolló plataformas para sus propias demandas.

La segunda acción internacional fue “La Carta de las Mujeres a la Humanidad”, que circuló a través de 53 países entre el 8 de marzo y el 17 de octubre de 2005. A medida que la carta circulaba, cada país participante entregó un trozo cuadrado de tela típica de su país para elaborar la Manta de la Solidaridad, como representación visual de la carta. La carta es un planteamiento que expresa cinco valores fundamentales: igualdad, libertad, solidaridad, justicia y paz. Dice lo siguiente:

La economía de la sociedad está al servicio de los hombres y mujeres que la componen. Se sustenta en la producción y el intercambio de la riqueza socialmente útil distribuida entre las personas, con la prioridad de satisfacer las necesidades básicas, eliminar la pobreza y asegurar el balance de los intereses privados y colectivos. Esto asegura la soberanía alimentaria.

La carta fue redactada durante varios meses hasta ser aprobada en el V Encuentro Internacional de WMW en Kigali, Rwanda. En 2005 el reemplazo del término seguridad alimentaria, usado en el 2000, por soberanía alimentaria ocurrió posiblemente por el proceso abierto de discusión de la carta. El hecho que las mujeres de las áreas rurales adoptaran el principio de soberanía alimentaria cuando la Vía Campesina propuso el término en la “Carta a la Humanidad” evidencia la influencia de las organizaciones de base en el conjunto del movimiento.

A medida que la carta y la manta viajaban de país en país, los pequeños pueblos rurales demostraron ser importantes zonas de protesta. Los grupos locales de esas zonas fueron responsables de organizar actividades alrededor de la carta y de lograr reconocimiento nacional de otros líderes. Esto rompió con la imagen tradicional que el movimiento femenino y feminista está dirigido por mujeres urbanas que viven en grandes ciudades. La nueva dinámica se mostró en las demandas de la carta, que enfatiza las necesidades de las mujeres rurales.

Al concluir el recorrido de la carta por múltiples países, consolidamos las demandas de las mujeres en diferentes países en metas compartidas, identificando cuatro campos de acción: el trabajo de la mujer, el bien común, la violencia contra la mujer, la paz y la desmilitarización. Los cuales guiaron la agenda internacional de WMW de 2006 a 2010, al ser revisados. Al inicio, el término bien común se refería a la lucha contra la privatización de los recursos naturales, así como al derecho de la mujer de participar en las decisiones comunitarias para definir el uso de la tierra, el agua, la biodiversidad y la soberanía alimentaria. En 2008 este término se expandió e incluye: educación, salud, conocimiento comunitario compartido y lucha contra la privatización.

Aprendiendo a trabajar en alianzas

En 2007, en conjunto con la Vía Campesina, Amigos de la Tierra Internacional y otras organizaciones, organizamos el Foro para la Soberanía Alimentaria, en Selingué, Mali.

En uno de los primeros talleres de WMW y la Vía Campesina, una de las mujeres campesinas confrontó al grupo diciendo: "El problema es que tenemos diferencias de fondo. Nosotras queremos mantener nuestro espacio y tiempo en la cocina y en la preparación de alimentos, lo cual es una expresión de nuestra cultura y conocimiento y prevenir que sea reemplazado por comida basura, mientras ustedes quieren mantenerse alejados de la cocina".

Desde un comienzo nos dimos cuenta que trabajábamos en campos opuestos, nosotras valoramos los cuidados familiares y sociales, que se hacen invisibles en el sistema capitalista y patriarcal, pero no deseamos hacerlo solas. Nosotras queremos compartir este trabajo con los hombres y colectivamente con las organizaciones sociales y el estado, y con las políticas públicas que apoyan los cuidados de salud, educación y atención familiar. Nosotras queremos que la sociedad deje de recargar a la mujer con trabajo excesivo, para que así

podamos buscar nuestros propios intereses, pero también rechazamos las soluciones de mercado tales como la comida rápida e industrializada.

Nosotras creíamos que Nyéléni debiera enfocarse a ayudar a las mujeres de diversos sectores (campesinas, pescadoras, pastoras, migrantes, etc.) para que se empoderaran en sí mismas como seres políticos con sus propios análisis y demandas. El tema prevalente en nuestros debates fue el derecho de las mujeres a la tierra, al agua, a las semillas y a los territorios, y su papel en la producción, preparación y distribución de los alimentos. La declaración de las mujeres de Nyéléni acordó “rechazar las instituciones capitalistas y patriarcales que conciben los alimentos, el agua, la tierra, el conocimiento de los pueblos y el cuerpo de las mujeres como simples mercancías”.

El VII Encuentro Internacional de WMW en Galicia, España, en 2008, realizó una demostración masiva frente a una cadena internacional de supermercados y un foro abierto de debate en un mercado público en el centro de Vigo. Nuestras hermanas de Galicia evaluaron positivamente el trabajo de WMW, la Vía Campesina, Amigos de la Tierra y otros movimientos ecológicos y de los consumidores. Nuestros logros resultaron en una demanda para que el concepto de Soberanía Alimentaria fuera incorporado en el Estatuto de Galicia. La WMW fomentó la participación local responsable en una cooperativa de consumo. En 2010 una organización de Galicia miembro de WMW fue la vanguardia cuestionando las políticas de pesca de la Unión Europea, dirigiendo la atención hacia la terrible explotación de las mujeres que trabajan en la industria pesquera.

Soberanía Alimentaria es un concepto popular en América Latina, África y Asia pero es menos prevalente en Norte América y Europa. Globalmente, el concepto aún moviliza más a las mujeres rurales que a las urbanas. Para forjar nuevas alianzas entre las mujeres rurales y urbanas tenemos que afrontar los siguientes temas: el cuidado familiar en la sociedad que se refiere aquí como trabajo reproductivo y la mercantilización de la vida diaria en relación al cuerpo de la mujer, así definido en los sistemas patriarcales.

Politizando el trabajo reproductivo

La Soberanía Alimentaria construye una agenda política respecto a la reproducción que incluye a todos, no sólo a la mujer. La reproducción, el cuidado (de niños, personas enfermas, ancianos y hombres), asegurar la alimentación, la salud y el bienestar general se consideran tareas de la mujer.

Aún más que tareas, son consideradas la base de la identidad de la mujer. Ser una mujer significa que una debe estar siempre lista para atender las necesidades físicas y emocionales de los demás—necesidades que todos tenemos durante toda la vida.

La única esfera en la cual los debates políticos y los movimientos sociales tienden a dirigir sus demandas económicas es el mercado de producción de bienes y servicios. Sin embargo, la producción de bienes sería imposible sin trabajo y para eso debemos ser alimentados, cuidados, y reproducidos material y socialmente. Para sacar a luz lo que está oculto, nosotras las feministas hablamos de la división sexual del trabajo y de dos esferas económicas: producción y reproducción.

En general, la esfera de la producción se considera masculina y la esfera de la reproducción femenina. Pero estas esferas no están separadas y nosotras buscamos revelar los lazos ocultos entre ambas. Por ejemplo, cuando los ajustes estructurales de programas demandan de los gobiernos reducir los programas sociales, el trabajo social no desaparece, pero es traspasado al trabajo no remunerado realizado por mujeres en las familias y comunidades. Cuando las compañías trabajan con la lógica “a tiempo”, emplean mujeres en tiempo de las cosechas, o cuando tienen órdenes al por mayor y las despiden cuando ese período termina. El desempleo de la mujer no es un problema, puesto que “la mujer siempre tiene tanto trabajo que hacer en el hogar”.

Es esencial entender la esfera de la reproducción en su propia lógica y no como un espejo invertido de la esfera de la producción. Por ejemplo, sólo contar el tiempo dedicado a los cuidados familiares y comunitarios no revela su dimensión completa. Para empezar, muchas actividades son simultáneas, así que la pregunta es más bien, cómo las mujeres manejan y priorizan el trabajo (por ejemplo, atender lo que están cocinando y ayudar a los niños con las tareas escolares). Más allá de la pregunta de qué trabajo se haga, está la disposición permanente de hacerlo, desde adivinar las necesidades del esposo e hijos a predecir si habrá suficiente sol durante el día para lavar y secar la ropa.

La economista feminista Cristina Carrasco (2008) ha analizado el tema y la lógica de los cuidados familiares y comunales, concluyendo que es irreconciliable con el tiempo y la lógica del mercado. Cuando ambos interactúan es con un gran costo para la mujer. El trabajo de la mujer es la variable que se ajusta para mantener los órdenes de explotación del trabajo para la acumulación de capital y de la ganancia. Contrariamente a la propuesta de las compañías,

estados y organizaciones internacionales, nosotras no buscamos una política conciliatoria entre trabajo pagado y la familia, más bien buscamos superar la lógica del mercado. Este marco, en gran parte una contribución de la teoría económica feminista, permite que los activistas de los movimientos femeninos puedan crear y usar modelos complejos de análisis en momentos de cambio. Nos permite preguntarnos: ¿Cómo podemos crear derechos y solicitudes en términos de soberanía alimentaria? Y ¿cómo tenemos éxito para alcanzar esos derechos?

Así como tenemos una larga trayectoria en demandar servicios que apoyan la reproducción, tales como centros de cuidado de niños, alimentación escolar, lavanderías públicas, también tenemos una amplia experiencia en asumir colectivamente procesos de reproducción del trabajo. La organización de mujeres en centros de consumo o en la preparación colectiva de alimentos es común en la historia de los movimientos, a pesar de que no sea siempre visible. En las huelgas prolongadas o cuando hay despidos masivos siempre se encuentra un grupo de mujeres que mantiene la alimentación de las familias.

En la economía política de resistencia, siempre hay alimentos preparados colectivamente por mujeres, tales como las ollas comunes en las comunidades de Honduras, que se declaran zonas libres. Las mismas mujeres que participan en las ollas comunes en las protestas agregan la consigna: Ni golpes de estado, ni golpes contra las mujeres.

En América Latina, hay muchos ejemplos de mujeres que se reúnen en las cocinas comunales, grupos de compras y grupos de distribución de leche. La mayoría de estos grupos se crean como respuesta en momentos de crisis o cuando hay niveles de extrema pobreza. Con algunas excepciones, como en Perú, estas experiencias están dispersas y no son consideradas por los movimientos feministas como parte de la historia colectiva de los movimientos de la mujer. Esto es porque en la dirección de esta organización se considera como una actividad tradicionalmente femenina y por lo tanto, considerado un proceso que mantiene el rol subordinado de la mujer. Sin embargo, en WMW, nosotras creemos que hay una gran diferencia entre ser responsable de preparar la alimentación en el hogar y la preparación colectiva de la alimentación. Las mujeres generalmente empiezan organizándose en condiciones precarias y al mismo tiempo atienden sus obligaciones como madres; como resultado, las mujeres quiebran con su tradicional papel subordinado. Ocupan espacio público, negocian con las autoridades y cuestionan el orden establecido en sus comunidades y en sus familias.

Por lo tanto, nuestro desafío es cómo hacer que los movimientos sociales comprendan la importancia de las políticas sociales de reproducción y actúen sobre ellas. En otras palabras ¿cómo despertamos conciencia y cambiamos las prácticas personales y colectivas dentro de los movimientos sociales? También debemos determinar cómo influenciamos a nuestros gobiernos para que implementen cambios estructurales, tales como organizar las ciudades, el transporte público y los días oficiales de trabajo.

¡Nosotras somos mujeres, no mercancía!

Cuando empezamos a reunirnos con las mujeres rurales que luchan contra los organismos genéticamente modificados, OGMs y contra los pesticidas, vimos que las compañías internacionales que hacen propaganda y ejercen influencia para distribuir OGMs son las mismas compañías que producen hormonas sintéticas que prometen juventud eterna o anticonceptivos fuera del control de las mujeres, tales como inyecciones o implantes de hormonas. Nos dimos cuenta que la llamada "bioindustria" y las asociaciones de manufactura industrial o de insumos para la agricultura, semillas, procesamiento de alimentos y remedios manufacturados tienen estrategias similares. El uso de nanotecnología en la agricultura y cosméticos es otra de las estrategias usadas por estas compañías

Desde nuestra perspectiva, debemos considerar cómo estas estrategias se han desarrollado y cómo están organizadas en nuestra vida diaria y considerar cómo encontrar alternativas. En el centro de esas alternativas está desarrollar una nueva comprensión de la relación entre el trabajo reproductivo y de cómo sobrepasar la alienación ante nuestro cuerpo. Para el feminismo es esencial estar en paz con nuestro cuerpo, que en el sistema patriarcal se presentan como frágil, enfermizo e inestable.

La explotación de nuestro trabajo y nuestro tiempo para generar ganancias para unos pocos crea sufrimiento. Tratamos de reducir el sufrimiento con remedios rápidos. Las medicinas que regulan la conducta como los antidepresivos, aseguran ganancias para la industria farmacéutica. Nuestra relación con los alimentos es parecida, alimentamos nuestra ansiedad con azúcares y carbohidratos. Los organismos genéticamente modificados, los aditivos a los alimentos y los suplementos vitamínicos convierten nuestra alimentación en una colección de remedios para mejoras rápidas. Dependemos de las recomendaciones de los doctores y especialistas para mantener nuestra salud. Sin embargo, la medicina, como otras ciencias,

trabaja con modelos androcéntricos. El cuerpo de la mujer se considera específicamente en términos de embarazos y nacimiento. Por ejemplo, se ignora el hecho que las mujeres son más sensibles a la contaminación con agrotóxicos debido a las características de sus cuerpos (Boston Women's Health Book Collective 2000).

En términos de desórdenes alimenticios las mujeres están sobrerrepresentadas en esta población. Este no es sólo un tema de preocupación de salud pública, sino un tema de debate político acerca de cómo nuestra sociedad se relaciona con los alimentos, los requisitos y controles que tienen lugar sobre y dentro del cuerpo de la mujeres (Arnayz y Comelles 2007). La imposición de estándares de belleza y la ideología de valores atribuida a cómo somos vistas, especialmente por los hombres, hacen a las mujeres vulnerables a la industria de cosméticos y cirugía plástica (la más evidente mercantilización del cuerpo femenino). El cuerpo "perfecto" ahora se puede comprar para encontrar o mantener un compañero, venderse en la industria de la prostitución o incluso conseguir un trabajo que "requiere buena presencia." Lo que estas motivaciones tienen en común es la distancia al derecho personal expresado en la consigna: "Mi cuerpo me pertenece". Por el contrario, todos responden a las limitaciones y expectativas que se tiene de las mujeres en las sociedades patriarcales.

Las mujeres están cuestionando la relación entre la mercantilización y sus cuerpos, entre ellas y los demás, y entre ellas y la naturaleza. La homogenización de los estándares de belleza femenina es similar a la homogenización de los cultivos que se encuentra en los monocultivos industriales. Por lo tanto, nosotras buscamos otros paradigmas para organizar el diario vivir y la producción y reproducción en nuestra sociedad.

La actual construcción de WMW en relación a la Soberanía Alimentaria

La soberanía alimentaria ha sido parte integrante de las actividades de la Marcha Mundial de las Mujeres en varios países. En 2007, la campaña de WMW sobre los derechos de la mujer en India buscó estrechar su participación en la producción alimentaria y el trabajo agrícola. En Turquía, los grupos de WMW participaron en la campaña contra la privatización del agua encabezada por la Compañía Coca-Cola. Ellos son parte de la plataforma nacional contra los OGMs, enmarcando los objetivos de soberanía alimentaria desde una perspectiva feminista. En Mali y Benin, las asociaciones de mujeres actúan colectivamente en la selección de mercados. Su aspiración es desarrollar mercados en los países de África Occidental que existan como una alternativa a la racionalidad

del “libre comercio”. En Perú, las mujeres participaron en una campaña por semillas nativas y desafiaron los esfuerzos de privatización del agua.

La Acción de la Tercera Internacional de WMW del 2010 recogió estas experiencias y abrió un debate internacional. En Bélgica una demostración de más de 6.000 mujeres demandó que se reconociera, entre otras cosas, que las mujeres en la agricultura tengan derechos sociales, ya sea como esposas de campesino o trabajadoras migrantes. Además, protestaron contra las políticas económicas de los países del Norte, enfatizando sus consecuencias negativas para el planeta y en especial para el hemisferio Sur.

Nosotras queremos ir más allá del debate. En buena tradición feminista, nosotras creemos que las experiencias colectivas generan movimientos fuertes. Nosotras destacamos la importancia de los alimentos en la organización política. La preparación de alimentos es cuestión de clase y de género. Muchas mujeres de clase media no se preocupan con el trabajo requerido para alimentar a todos los participantes en los eventos públicos. Todos corremos el riesgo de replicar la división social entre el trabajo “profesional” (metodología y discurso) y el trabajo “manual” (logística y alimentación). Nuestro movimiento está adoptando cada vez más responsabilidades colectivas en la preparación y distribución de alimentos.

Está claro para los movimientos alimentarios que ellos deben preparar sus propios alimentos usando productos agroecológicos comprados directamente a los pequeños productores. Sin embargo, no se puede afirmar lo mismo en los movimientos dirigidos por mujeres en que ellas cocinan a diario para sus familias o para las familias para quienes ellas trabajan. Los movimientos feministas les proporcionan un escape a sus reponsabilidades y tiempo para ellas. La pregunta es ¿cómo podemos usar este respiro cuando asumimos colectivamente la responsabilidad de la preparación de los alimentos?

Mientras 2.000 hermanas brasileñas marcharon del 8 al 18 de marzo de 2010, 80 mujeres marcharon en la cocina preparando alimentos y sosteniendo debates. Todos los días un grupo de 20 mujeres tomó turnos y participó en debates. Las brasileñas se prepararon para pasar un día de la marcha en la cocina, para aprender cómo manejarla mientras también se entrenaban en el debate político. Esto fue un desafío no sólo por la limitada experiencia de los participantes sino también por los recursos limitados. Aún así, nuestras hermanas actuaron respetuosamente permaneciendo leales a los principios populares de educación feminista. Ellas valoraron los diversos antecedentes,

edades y experiencias, así como la ausencia de un jefe. Cuando la marcha llegó a la cocina fuimos recibidas por nuestras hermanas brasileñas con la consigna: “A cozinha é o coração, sem comida não há revolução” (La cocina es el corazón, sin comida no hay revolución).

Venciendo los obstáculos para la Soberanía Alimentaria

Nosotras nos unimos bajo los principios de soberanía alimentaria primero porque nuestras hermanas rurales en la Marcha Mundial de las Mujeres nos invitaron a unirnos en su lucha por la tierra y por condiciones justas para vivir y producir como campesinas. Segundo, como aliadas de la Vía Campesina y Amigos de la Tierra, nosotras entendemos la importancia de unir todos los grupos dedicados a mejorar las condiciones de vida de los hombres y las mujeres. Nosotras también entendemos que la soberanía alimentaria nos permite expandir los horizontes de los movimientos feministas. Aún más, al cuestionar el sistema de consumo moderno desde el punto de vista de lo que comemos nos acerca a nuestros cuerpos que están alienados, maltratados y reducidos a simples mercancías.

La soberanía alimentaria abre las puertas a otros temas. Nos urge a atender la energía soberana y la soberanía sobre el territorio en que vivimos. El concepto de territorio comprende el derecho a la tierra, el agua, la biodiversidad y la autodeterminación. Consideramos que nuestro propio cuerpo es nuestro territorio primario. Es un acto político el vivir con placer y armonía con nuestro cuerpo, libre de temores de violencia física o de consumo dañino. Mientras luchamos para defender nuestro territorio de OGMs, luchamos para eliminar la violencia contra la mujer.

La fuerza del movimiento de solidaridad alimentaria viene de sus vínculos con otros movimientos. Nuestra contribución como movimiento feminista consiste en unir el objetivo de autonomía femenina con la visión de soberanía para todas las personas.

Nuestra agenda común: demandas y compromisos de la Marcha Mundial de las Mujeres Tercera Acción Internacional

En la lucha por el acceso a bienes comunes y servicios públicos nosotras demandamos:

- La promoción de alternativas, fuentes de energía limpia (biodegradables, energía del viento y solar) y el rechazo a la energía nuclear, así como la

democratización, descentralización y manejo público de la energía en forma que garanticen el derecho a todas las personas , incluyendo a las personas indígenas;

- El acceso al agua potable y salubridad básica, como también a servicios públicos de calidad (salud, educación, transporte público, etc.) proporcionados por el estado que actúe como garante de los derechos básicos;
- Reforma agraria y la promoción de agroecología (agricultura orgánica, etc.), en oposición a la privatización del ambiente—y abolir todas las barreras que impiden a las comunidades rurales guardar, preservar e intercambiar semillas entre ellas, entre países y continentes;
- Establecer altas multas para los países industriales y compañías transnacionales por la contaminación y destrucción de nuestro ambiente y cambios obligados en la cadena de distribución de alimentos, así como medidas inmediatas para terminar con esta situación;
- Pago de la deuda ecológica que deben los países industrializados, la mayoría del hemisferio Norte, a los del Sur. Esta deuda ha sido incurrida a través de la apropiación gradual y del saqueo de los recursos naturales, y de la apropiación masiva de los espacios comunes tales como la atmósfera y los océanos que han creado numerosos problemas socioambientales a nivel local;
- Apoyo a los países donde las consecuencias de cambios de clima y la intensificación de la agricultura con químicos ha aumentado los efectos de los desastres naturales.

Nosotras nos comprometemos a lo siguiente:

- Afirmar los principios de la soberanía alimentaria y reforzar la lucha por alcanzarla;
- Profundizar nuestro análisis sobre el acceso y el consumo de energía;
- Establecer y reforzar los vínculos entre las mujeres urbanas y rurales a través de la compra directas, ferias, preparación y distribución colectiva de alimentos; a intercambiar conocimiento y asegurar “que el punto de vista urbano” no sea privilegiado en relación al análisis y práctica; a luchar por cambios en los hábitos de alimentación, reemplazando la comida basura importada por alimentos saludables producidos localmente; y a denunciar la hegemonía de la agroindustria y los grandes supermercados en las cadenas de distribución de alimentos;
- Identificar y denunciar a las compañías transnacionales que socavan la soberanía energética y alimentaria;
- Denunciar las soluciones de mercado al cambio climático, tales como los

mecanismos de desarrollo limpio, las implementaciones conjuntas y los esquemas de intercambio de emisiones (los tres pilares de los acuerdos de Kyoto);

- Hacer que las personas del hemisferio Norte se responsabilicen por su consumo y estilo de vida y luchen por cambios en los modelos de consumo y producción de bienes, alimentos y energía; y para despertar conciencia de la necesidad de reducir la demanda del hemisferio Norte sobre los recursos del hemisferio Sur.

Referencias

- ARNAYZ, Mabel, and Josep COMELLES, eds. 2007. *No comerás. Narrativas sobre comida, cuerpo y género en el nuevo milenio*. Barcelona: Icaria.
- BOSTON WOMEN'S HEALTH BOOK COLLECTIVE. 2000. *Our Bodies –Ourselves*. Simon & Schuster. New York
- CARRASCO, Cristina. 2008. "Por uma economia não androcêntrica: debates e propostas a partir da economia feminista." *En Trabalho doméstico e de cuidados. Por outro paradigma de sustentabilidade da vida humana*, editado por Maria Lúcia Silveira y Neuza Tito. São Paulo: SOF.
- World March of Women. 2008. *Demands of the World March of Women in the Year 2000 in The World March of Women 1998-2008 A Decade of International Feminist Struggle*. World March of Women. Sao Paulo, 2008, 55

UNA MIRADA FEMINISTA AL CONSUMO CONSCIENTE Y TRANSFORMADOR

Conchi Piñeiro

De dónde se nutre este texto

Este artículo tiene como finalidad enmarcar la situación del cambio en consumo y estilos de vida desde una mirada feminista y personal, aplicando así la perspectiva de género a esas propuestas de cambio, ya que los mimbres que conforman el marco son resultado de una trayectoria investigadora-activista, que comprende desde investigaciones más amplias (Piñeiro, 2011 y Porrocoord.2012-) hasta la experiencia propia en movimientos ligados a producción y consumo.

De las múltiples “etiquetas” o adjetivos con los que calificamos el tipo de cambio que aplicamos al consumo, “consciente y transformador” son las que utiliza el CRIC (revista *Opcions*) y son las que servirán como término global, aunque no excluyen los otros términos afines: crítico, político, sostenible, ecológico, responsable, solidario, etc. Es un intento de despejar la nube de la culpabilidad como impulso para el cambio, que puede sobre-entenderse al decir responsabilidad, y puede llevar a sobre-responsabilización individual (que a su vez genera ecofatiga o cansancio ambiental o socioecológico), y que finalmente deriva en des-responsabilización (Pol, Vidal y Romeo, 2001, a partir del trabajo de Uzzell; Piñeiro, 2011).

Precisamente el tema de la responsabilización y cómo se distribuye la responsabilidad es uno de los aspectos que nos ha llevado a introducir la perspectiva feminista en el consumo consciente y transformador (CCT), puesto que la individualización de la responsabilidad en el consumo y las medidas basadas principalmente en la responsabilidad individual pueden perpetuar la injusticia social con las mujeres (Grover et al, 1999; MacGregor, 2006).

Empezamos a indagar en esta línea a raíz de notar el silencio discursivo, la presencia minoritaria o la ausencia de reflexión colectiva y explícita, en términos de género en algunos espacios del CCT (en la práctica y en la lectura), a diferencia de la reflexión, crítica, propuestas, etc. en otros ámbitos del cambio social.

La primera de las cuestiones que encontramos en la literatura era acerca de la diferencia de responsabilidad en cuestiones como residuos (con las madres individuales como público destinatario y receptor según MacGregor, 2006), alimentación (mayor número de mujeres productoras de alimentos a nivel global), sector textil (condiciones en la producción de ropa que sufren especialmente las mujeres), etc. Esto nos llevó a investigar específicamente con esta pregunta dentro de los diferentes estudios en curso ya citados, así como a muchos diálogos en los proyectos colectivos relacionados.

Profundizar en la relación género-consumo es un tema todavía pendiente¹

En las guías de consumo

Una de las primeras formas de aproximarnos a este tema fue analizar diez guías vinculadas a los cambios en consumo y estilos de vida, que se puede consultar en detalle en Piñeiro (2011).

Los principales resultados de ese análisis mostraban esa presencia minoritaria de la perspectiva de género en los discursos de diferentes organizaciones sobre este tema, destacando una ausencia de reflexión profunda, específica y feminista en la relación consumo-género.

Solamente en una de las guías (*Consumaresponsabilidad*, 2006) se utiliza la igualdad de género como criterio transversal a la hora de incluir experiencias

¹ Los resultados del análisis de guías y entrevistas han sido aceptados como artículo para su publicación en la revista *Psycology* (<http://www.fia.es/journals/psycology/home>), donde se detallarán exhaustivamente. En el presente texto, sólo recogemos lo más destacado del análisis.

en la propia guía como opciones de CCT. Esto se articula a partir de preguntas que tienen que contestar las organizaciones como parte de un cuestionario más amplio. Este cuestionario se elaboró a partir de tener en cuenta los principios de la Carta de Economía Solidaria de la Red de Economía Alternativa y Solidaria, entre los cuales está equidad-igualdad. En él, se pregunta literalmente por las medidas adoptadas para favorecer la participación en la entidad, el reparto del personal (contratos, becas, voluntariado) entre hombres y mujeres, el reparto por sexos de los puestos de responsabilidad, la relación salarial entre el máximo y el mínimo y la transparencia en la información en la entidad.

En la mitad de la muestra, se puede decir que la mirada de la igualdad y/o equidad de género está enfocada en la producción, especialmente en el Sur global, a raíz de incluir en ellas los principios del Comercio Justo² y, en algunas específicamente, indicar las condiciones de producción de las mujeres del Sur, o del llamado Sur dentro del Norte.

En algunas guías están incluidas alusiones específicas a las mujeres en términos de maternidad, higiene íntima, sexualidad, etc. ligados al consumo. Destaca una de ellas por su análisis crítico feminista respecto a la relación consumo-cuerpo, así como varias referencias a la mayor vulnerabilidad de las mujeres embarazadas a los tóxicos. Por último, en menos de la mitad de ellas está presente el cuidado del lenguaje no sexista como algo continuado.

En las prácticas colectivas

Para poder seguir dialogando con protagonistas de estos cambios y avanzar en la reflexión, como parte de esa investigación (que se puede consultar en Piñeiro, 2011) realizamos diversas entrevistas en profundidad y entrevistas grupales a personas movilizadas en colectivos ligados a producción y consumo con criterios de sostenibilidad y justicia social, enfocados en la transformación social (diferentes grupos y cooperativas de consumo, banca ética, comercio justo, y otras entidades pertenecientes al actual mercado social de Madrid que ofrecen diferentes servicios dentro del mercado y a su vez consumen en él)³, así como a personas expertas en formación y movilización para el CCT.

2 Por la forma de incluirlo, parece que se da a entender la versión principal del Comercio Justo como aquél cuya producción se desarrolla en el Sur.

3 Cuando se realizó la investigación, el mercado social estaba todavía como proyecto incipiente, pero para definir actualmente el perfil de participantes pensamos que es adecuado mencionarlo.

En las conversaciones grupales, aparece la relación consumo-género como un aspecto todavía poco trabajado dentro de estos grupos, aunque hay discrepancias. Solamente dos mujeres de las ocho personas entrevistadas y uno de los hombres en uno de los cuatro grupos contaban con una reflexión previa detallada, basada ésta última en la economía feminista. Pero otras personas afirmaban: "son cosas que no tengo muy elaboradas" o "nunca me lo había planteado en temas de consumo" (aunque en algunos de estos casos sí en la producción).

¿Es algo que está ya superado en estos entornos? Es una discusión que aparece en las propias entrevistas, para algunas personas sí, para otras aún queda mucho por trabajar y los cambios sólo han sido "cosméticos" o insuficientes.

Uno de los argumentos recogidos ante la ausencia o presencia minoritaria de perspectiva de género es la juventud del consumo responsable como reflexión y movimiento. Este argumento de la confianza en el efecto temporal, recuerda al que *García de León et al.* (2003) denuncia en el campo de la investigación científica, ya que el simple paso del tiempo no tiene por qué conducir a que llegue una situación de reflexión sobre ello ni, consecuentemente, de paridad. Según los argumentos esgrimidos en las entrevistas, puede no estar trabajándose más porque ya está en proceso en otros entornos activistas o de movimientos sociales, lo que puede hacer que se dé por hecho, o que se considere que es un tema que está ya bastante superado y por eso no se incluye.

En otras aproximaciones a esta situación, como la del libro *Los pies en la tierra* al movimiento agroecológico estatal (en concreto a la perspectiva de género en el movimiento en el capítulo de Cruz et al., 2006), también se pone de manifiesto que, si no se trabaja explícitamente, es muy probable que no haya equidad. Por eso, pensamos que es necesario priorizarlo en estos grupos para no estar invisibilizando las formas del patriarcado en nuestros propios contextos. Además, por las propias características de las relaciones de poder, éstas tienden a instalarse en lo cotidiano si no las trabajamos de una forma consciente.

En estas conversaciones, se hacía patente que no es un criterio que usualmente se explicita en la elección de productos en estos espacios. En muchos grupos, los criterios de selección de productos sí que es un tema al que se dedica tiempo, y podría ser una puerta de entrada a este debate.

Pero en el funcionamiento del propio grupo, cómo se reparte el poder y cómo funciona la toma de decisiones, cómo se distribuyen las tareas y en qué hora-

rios se desarrollan las actividades como grupo, cómo se maneja la visibilidad del colectivo, etc. son cuestiones también fundamentales para reflexionar desde esta perspectiva. Estas son algunas ideas del carácter transformador de aplicar una perspectiva feminista a toda la cadena de producción-distribución-consumo-desecho en las prácticas colectivas, pudiendo hacernos preguntas a nivel personal, en el marco de las relaciones interpersonales así como a nivel grupal, para encaminarnos hacia espacios más igualitarios.

Hay movimientos afines que sí lo están poniendo en el centro y pueden servir para compartir aprendizajes en torno a esto. Esas son las voces que también aparecen en estos diálogos grupales acerca de la crisis de cuidados y de la transformación que ha supuesto para los colectivos que están funcionando desde la mirada de los ecofeminismos.

Una de las cuestiones sobre la que se dialoga en estos grupos y en otros estudios (*Carraro et al*, 2006; *Suriñac*, 2012) es la mayor presencia de mujeres en las iniciativas de CCT o realizando prácticas de CCT, aunque se mencionan posibles diferencias según el ámbito o sector del consumo (alimentación, movilidad, finanzas, etc.). En otro de los capítulos de este libro que escribe Leticia Urretabizkaia⁴, se pueden encontrar los motivos que explican una mayor presencia de mujeres en las experiencias que han sido presentadas en las XI Jornadas de Comercio Justo y Consumo Responsable⁵, a raíz del análisis que han realizado de su propia iniciativa.

En las entrevistas grupales de nuestro estudio, se debate sobre cómo la mayor presencia de mujeres cambia la forma de participación y funcionamiento de los colectivos, pero no de forma natural o simplemente por su sola presencia, sino a raíz de trabajar juntas la horizontalidad y formas reticulares de articulación política.

Pero para Rubén Suriñac que ha estudiado los Grupos de Consumo Agroecológico (GCA en adelante), esta mirada cuantitativa es incompleta si no se acompaña de un análisis de las relaciones y el funcionamiento del grupo como el que mencionábamos anteriormente. Acompaña esta indicación con una pregunta que queda aquí matizada: ¿son los GCA espacios de transforma-

4 "Experiencias prácticas ricas y diversas desde el consumo. Introduciendo la mirada feminista." Leticia Urretabizkaia Gil

5 XI Jornadas sobre Comercio Justo y Consumo Responsable – 'Soberanía Alimentaria, feminismo y consumo crítico', organizadas por la Xarxa de Consum Solidari y la Marcha Mundial de las Mujeres. Barcelona, 26 y 27 de abril de 2013. <http://vimeo.com/user6676504/videos>

ción social con predominio de valores de equidad y cuidado, que socialmente o históricamente han sido atribuidos a las mujeres, o la mayor presencia de mujeres se debe a que la participación en GCA es una tarea reproductiva que recae sobre las mujeres y se suma así a las múltiples jornadas de éstas?

Las mujeres somos socializadas históricamente en los cuidados dentro de la división sexual del trabajo del patriarcado. Esto puede hacer que tengamos una mayor facilidad para relacionarnos con mensajes o prácticas ligadas a los cuidados. Pero no por una cuestión esencialista o natural, sino como resultado de una construcción social (lo que sería parte de una visión ecofeminista de tipo más constructivista, según Yayo Herrero, 2012). Por ello, hay un riesgo de que aquellas cuestiones próximas a los cuidados puedan ser una sobrecarga, si no ponemos atención y acción redistributiva. De tal manera que podemos estar promoviendo que haya un consumo aplicando criterios de sostenibilidad, cercanía, solidaridad, responsabilidad, etc. y que esta tarea quede en manos de las mujeres. Explicitar la necesaria redistribución de las tareas como parte de ese cambio de consumo es algo necesario para no dar por hecho que se está distribuyendo de forma equitativa.

Como se menciona en las entrevistas, esos valores de los cuidados que son parte de los principios del CCT son la base para la transformación del modelo, y por tanto la mirada ecofeminista que pone los cuidados en el centro de la vida para repensar el modelo es una de las claves de la transformación y puede ser una parte fundamental del movimiento del CCT, lo que es aún incipiente.

En las políticas públicas educativas y culturales para el consumo

Una de las cuestiones pendientes también es la inclusión de la perspectiva de género en las políticas públicas educativas y culturales que promueven cambios en el consumo y estilos de vida, según el análisis realizado de 46 normas (Piñeiro y Díaz, 2012), seleccionadas a partir de una muestra de 500. Esta ausencia confirma otros resultados sobre este tipo de medidas, como los que presenta el EUPOPP.

Según este proyecto europeo (Stieß y Schutlz, 2009), las cuestiones más relevantes para tener en cuenta a la hora de aplicar esta mirada a estas políticas públicas en términos generales son:

- División sexual del trabajo.
- Construcción del género en torno al cuerpo, la salud y la organización social de la intimidad.

- Las relaciones de poder y acceso a la toma de decisiones de mujeres y hombres.

Ese marco de análisis aplicado al consumo sostenible (término que se usa más internacionalmente) se concreta en indicadores y criterios específicos para estas autoras que definen a partir de revisar también textos de numerosas organizaciones y autoras a las que citan como por ejemplo la OECD, Michele Micheletti, Elizabeth Shove, Gert Spargaaren, Anthony Giddens, Alan Warde, Jukka Gronow, Doris Hayn, Ines Weller, etc.:

- En primer lugar, cuestionar la división dicotómica de consumo-privado / producción-pública, que en la tradicional división de roles del patriarcado ubica el consumo como algo feminizado. Es necesario romper así con el mito del “hombre ganapán” y “la mujer consumidora” que funcionan como estereotipos y bloquean la igualdad.
- La participación política desde una perspectiva feminista está también relacionada con la vida cotidiana y el consumo también, lo que hace una unión necesaria a la hora del análisis.
- El consumo entendido como una práctica social es un fenómeno colectivo que está más influido por rutinas y hábitos que por elecciones racionales y deliberadas. Por ello, no puede ser estudiado sólo a nivel individual, sino como resultado de un proceso social que puede ser analizado desde una perspectiva de género.

Principales claves para la perspectiva feminista aplicada al consumo consciente

Además de los elementos destacados para las políticas públicas, a partir del trabajo de elaborar una guía específica (Piñeiro y Ballesteros, 2012) y jornadas⁶ como las que dan origen a esta publicación, podemos indicar algunas de las principales claves, que hemos recopilado a partir de reflexiones en dichos procesos así como en textos de autoras como Sherilyn MacGregor, Shalini Grover, Marta Monasterio, Julia Weingärtner, Yayo Herrero y las demás referencias de la bibliografía:

- No separar producción-distribución-consumo-desecho, para tener una visión de conjunto y no caer en la dicotomía producción-público y consumo-privado. Considerando, según Stieß y Schutz (2009) la selección, la compra, el uso, el mantenimiento, la reparación y el desecho de cualquier producto o servicio. Desde la visión de la sostenibilidad y citando otros

6 Ver nota 5 en este mismo capítulo

estudios (anteriormente referidos), estas autoras hacen especialmente énfasis en la fase de “uso”. Añadimos, a este desglose, la cuestión de los usos del tiempo, como parte importante de los estilos de vida, que se incluye en la reflexión de otros aspectos relevantes pendientes en el CCT (Piñeiro, 2011; Porro-coord. 2012).

- Dado que el consumo atraviesa nuestras vidas, la transformación de ese eje pasa por transformar nuestras relaciones entre las personas y con el Planeta. En la mesa redonda *Interrelaciones y sinergias entre feminismo, ecología, consumo responsable y soberanía alimentaria*⁷ durante las jornadas que dan origen a esta publicación, una de las personas presente en el diálogo mencionaba también la importancia de la transformación de las relaciones hacia lógicas que no fueran de intercambio.
- Trabajar de manera específica cada uno de los ámbitos o sectores de producción-consumo-desecho, para poder aplicar la mirada feminista, profundizando en los estereotipos y desafíos específicos de cada uno de ellos. Por ejemplo, en cuestiones de ropa operan normas o mandatos sociales distintos a los que configuran los estereotipos y las normas en torno a la movilidad.
- Transformar las relaciones de poder dentro del consumo, las relaciones con el cuerpo como parte de las dinámicas del consumo, la distribución de tareas, el reconocimiento, etc.
- Facilitar la provisión colectiva/pública o a escala local/comunitaria de bienes sociales y la satisfacción de algunas necesidades ligadas a los cuidados que permitan que pueda haber una mayor participación de las mujeres en otros espacios. Estos espacios colectivos y públicos de procesos de reproducción social también pueden ser un espacio público de empoderamiento y cuestionamiento del orden establecido como comentan en sus respectivos capítulos Miriam Nobre y Leticia Urretabizkaia en este libro.
- Contextualizar los cambios con una mirada al entorno desde una visión feminista. Por ejemplo, durante las jornadas de reflexión sobre consumo y tiempo que fueron celebradas en 2011 en Madrid y coordinamos la cooperativa Altekio⁸, desde el urbanismo feminista se criticaba la configuración de las ciudades como algo que puede facilitar o dificultar esos cambios de consumo y estilos de vida.
- Identificar y cuestionar los “consumos de género”, entendidos como tipos y ámbitos de consumo asociados a personas socializadas como mujeres y

7 Un resumen de esta mesa redonda puede leerse en el capítulo *Interrelaciones y sinergias entre feminismo, ecología, consumo responsable y soberanía alimentaria* de este mismo libro. También, el video de la mencionada mesa redonda puede verse en <http://vimeo.com/69224594>

8 Para mayor información se puede consultar: http://www.altekio.es/index.php?option=com_content&view=article&id=133:jornadas-tiempo-y-consumo-consciente&catid=42:consumo

como hombres en el heteropatriarcado. Las “dicotomías perversas” como las mujeres desde los estereotipos de consumo capitalista que son antojadizas, caprichosas, y los hombres como sensatos, racionales. Las mujeres como responsables del consumo ligado a la esfera de lo privado y los hombres más ligados al consumo de tecnologías. P.e. las mujeres socialmente se consideran más analfabetas para la tecnología, la movilidad, etc.

- Cuestionar los roles de cuidadoras, de “mujer soltera heterosexual en busca de un marido”, de mujer y otros estereotipos que se ven reflejados en la publicidad.
- Valorar como conflictiva la visión de aumentar el poder adquisitivo de las mujeres como visión de libertad individual y construcción de la identidad dentro del capitalismo. No es que no haya que aumentar los ingresos de las mujeres y remunerar tareas, equiparar salarios, etc. sino que es una visión de la igualdad dentro del capitalismo, que es otro sistema de dominación, suponiendo la inclusión en una lógica de mercado generador de divergencias y desigualdades. Cómo construir autonomía desde la eco-dependencia y la interdependencia, generar estilos de vida que se reconozcan interdependientes y que partan de lo común, es algo que con Javier Fernández, compañero de Altekio, nos preguntábamos al hilo de elaborar la guía.
- Continuar preguntándonos cómo actúan los procesos de hegemonía e invisibilidad en nuestras prácticas políticas dentro del CCT.
- Por último, una de las claves para indagar más sobre los procesos grupales dentro del CCT está relacionada con el inicio de estas investigaciones, seguir haciéndonos preguntas acerca de cuáles son nuestros silencios en esos contextos.

La equidad en diferentes escenarios de futuro sobre consumo y estilos de vida

En el estudio *Cambio Global 2020-2050*, a partir de una metodología de investigación participativa, construimos cuatro escenarios de futuro sobre consumo y estilos de vida a nivel estatal para 2035. Uno de los ejes de análisis de los diferentes escenarios es el género.

Estos cuatro escenarios que se pueden ver en la ilustración no son predicciones de futuro, ni prolongaciones de dinámicas actuales, sino relatos o narrativas en las que se exploran aquellas incertidumbres principales en torno al futuro del consumo y los estilos de vida, generando así una diversidad de posibilidades deseables y no deseables que configuran historias consistentes (explicados en mayor detalle en Porro, coord. 2012).

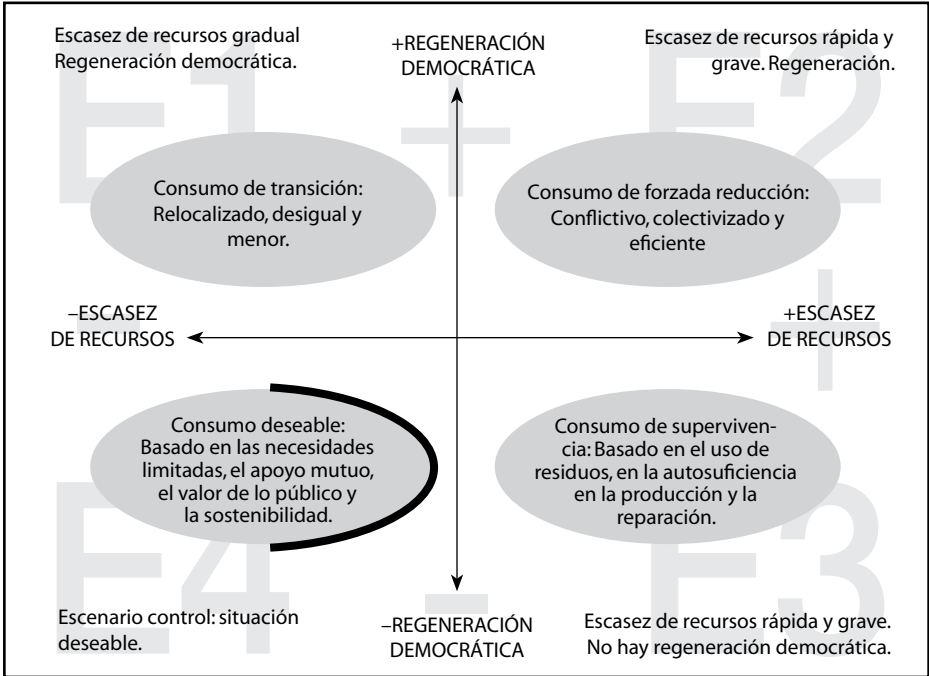


Figura 1. Ilustración de los ejes de los escenarios de consumo y estilos de vida a nivel estatal para 2035. El cuadrante inferior izquierdo no se corresponde con el cruce de ejes, sino que se trata del escenario control o deseable por las y los participantes en el taller, por lo que se construyó sin tener los ejes como condicionantes (por eso está marcado en la imagen) y ese cuadrante no se trabajó.

Estas historias nos permiten despejar momentáneamente la incógnita a la que nos enfrentamos al pensar en el futuro y explorar el “qué pasaría si”, dialogando desde diferentes saberes.

En estas narrativas, la equidad tanto de género como de clase es una de las cuestiones más afectadas, y una de las fuentes de conflictividad por tanto son las inequidades o desigualdades que se incluyen en los relatos a raíz de tener en cuenta factores psicosociales, sociopolíticos, económico-productivos, ambientales y tecno-científicos aplicados en esos escenarios sobre la movilidad, la alimentación, edificación, consumo energético, residuos, usos del tiempo o ritmos de vida, etc.

Una de las principales conclusiones del proceso de construcción y análisis de los escenarios es que no es posible que haya consumos y estilos de vida sostenibles sin una regeneración democrática, lo que también incluye que haya mayor justicia social y se incluya la perspectiva feminista en ese cambio.

Para ello, se elaboraron propuestas concretas en relación al empleo y los usos del tiempo como parte de los estilos de vida, que a nivel general giran en torno al mejor reparto de los tiempos así como la conciliación de la vida laboral y familiar/personal, teniendo en cuenta la igualdad de género. Destaca como más valorada por las personas encuestadas⁹ la propuesta más institucional (planificación y regulación) que propone una reforma social vía legislación (laboral, de servicios públicos y acceso a la vivienda) con el objetivo final de redistribuir el empleo y el trabajo no remunerado (Heras et al, 2013).

En un taller reciente (abril, 2013) con Ecologistas en Acción-Córdoba¹⁰, realizamos unos escenarios de futuro sobre género y sostenibilidad en la ciudad de Córdoba en el año 2030. Para elaborar los escenarios, elegimos como ejes: paradigma dominante o principal en la sociedad (cuidados en el centro de la sociedad en uno de los polos del eje y crecimiento económico o mercados en del centro de la sociedad en el otro polo del eje) y grado de ocupación del espacio público/privado por mujeres y hombres (espacios compartidos en un extremo y espacios desiguales en el otro).

El escenario correspondiente al cuadrante de cuidados en el centro y espacios desiguales se cuestionó durante el taller como algo que actualmente podía estar pasando precisamente en los movimientos sociales, entre los cuales se pueden incluir las iniciativas comunitarias en torno al consumo y la sostenibilidad (ICOs) o IPC (Ingenios de Producción Colectiva).

En este sentido, sabemos que ya hay alternativas que apuntan cómo podría ser poner los cuidados en el centro de la sociedad, pero todavía queda mucho por dialogar, elaborar, construir... y es necesario seguir profundizando en esta relación entre género y producción-consumo-desecho para poder lograr que los espacios sean compartidos e igualitarios.

Agradecimientos

Estas reflexiones son posibles gracias a las propuestas, el diálogo, las prácticas y los saberes de todas las personas que han participado en los procesos de investigación citados (en las entrevistas individuales y grupales, la encuesta, el estudio de caso, los talleres de escenarios de futuro, etc.) así como en los talleres, jornadas y publicaciones en las que hemos podido compartir sobre estos temas (con IPADE, Setem HEGO HAIZEA, la Xarxa de Consum Solidari y

9 Tras el taller de escenarios, se realizó una encuesta online para valorar las propuestas.

10 Tras el taller de escenarios, se realizó una encuesta online para valorar las propuestas.

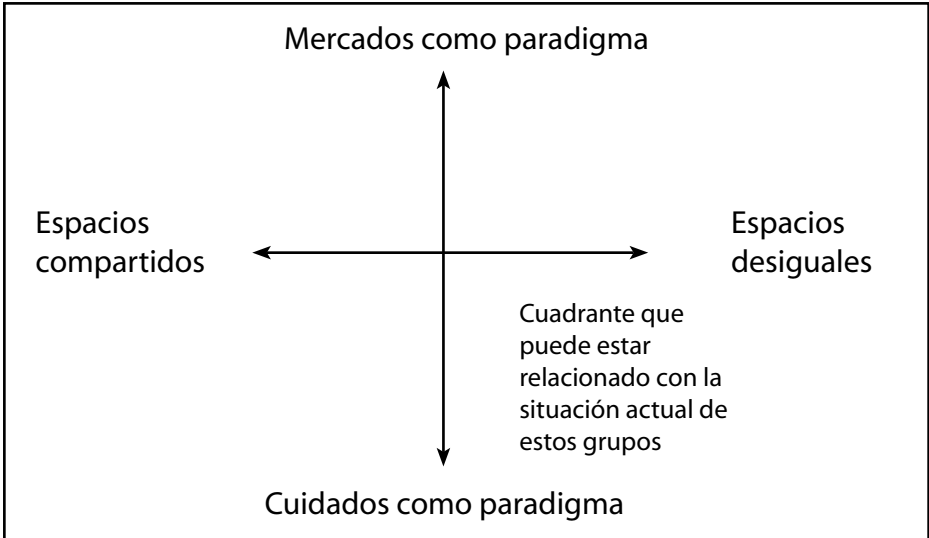


Figura 2. Ejes de los escenarios de género y sostenibilidad seleccionados para Córdoba en 2030.

la Marcha Mundial de las Mujeres, Sodepaz, Ecologistas en Acción, etc.) y por supuesto también de los equipos y grupos de los que formo parte. Gracias a todas. Por último, gracias a Raúl Rodríguez, Eva Calavia, Javier Fernández, Leticia Urretabizkaia y Luci Vega por sus sugerencias y apoyo respecto a este texto.

Bibliografía

- BURGESS, Jaqueline; BEDFORD, Tracey; HOBSON, Kersty; DAVIES, Gail; HARRISON, Carolyn (2003) "(Un) sustainable consumption". En BERKHOUT, Frans; LEACH, Melissa; & SCOONES, Ian (eds.) *Negotiating environmental change*. UK: Edgar Elgar Pub: 261-293
- CARRARO, Federica, FERNÁNDEZ, Rodrigo, y VERDÚ, José. (2006) *El rompecabezas de la equidad. Investigación y aportes críticos al movimiento del Comercio Justo*. Barcelona: Icaria.
- ConSumaResponsabilidad* (2006) Guía de Consumo responsable y solidario de la Comunidad de Madrid. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.
- CRUZ, Alberto; LÓPEZ, Daniel; ORTIZ, Paula; RODRÍGUEZ, Raúl; DEL VALLE, Julia (2006) "La apasionante relación entre mujeres y hombres en nuestro proyecto: por una militancia mixta." En Autoría colectiva (2006) *Los pies en la Tierra*. Barcelona: Ed. Virus. pp. 157-170
- Ecologistas en acción (2008) "Tejer la vida en verde y violeta. Vínculos entre ecologismo y feminismo." *Cuaderno nº13*. Madrid: Ecologistas en Acción.
- GARCÍA DE LEÓN, M^a Antonia; FRESNO, Marisa; y ANDREU, Silvia (2003) "Las investigadoras científicas (Análisis sociológico del campo científico desde la pers-

- pectiva de género)". *Revista Complutense de Educación*. Vol. 14. Núm. 2 (2003) 337-360.
- GROVER, Shalini; HEMMATI, Minu; & FENLEY, Clare (1999) Gender and Sustainable Consumption. Bridging Policy Gaps in the Context of Chapter 4, Agenda 21 "Changing Consumption and Production Patterns" Report submitted to CSD-7. Consultado el 3 mayo 2008 en: www.minuhemmati.net/publi/gender_consumption_report_1999.pdf
- HERAS, María; PIÑEIRO, Concepción; PORRO, Álvaro (2013) "Mirar al futuro para transformar el presente: propuestas de acción para el cambio socioecológico". *Revista Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*. Nº 121. (2013) 33-48
- HERRERO, Yayo (2013) "Feminismo y ecología. Reconstruir en verde y violeta." En Manzanares et al. (2013) *Medio ambiente y desarrollo. Miradas feministas desde ambos hemisferios*. Universidad de Granada. Colección Periferias, nº 14. pp 67-86
- ITURRA, Ricardo; ZAMBRANO, Angela; VÁSQUEZ, Ana; VARESE, Carmen; SHALLAT, Lezak; ORTIZ, Marcela; TRÍMBOLI, Juan (2004) "Women, men and consumption: Applying a gender lens to Consumer Education". Consultado el 28 de abril de 2008 en: http://www.consumersinternational.org/Shared_ASP_Files/uploadedfiles/954640ED-E6D6-4FC9-8C88-4FB9FC2C3305_genderrolac.english.pdf
- LUNA, Josefa I. (2008) "Presentación. Mujeres y Medio Ambiente". *Revista Aula Verde*. Nº 33. Diciembre 2008. Junta de Andalucía.
- MacGREGOR, Sherilyn (2006) "No sustainability without justice: a feminist critique of environmental citizenship". En DOBSON, Andrew y BELL, Derek. (2006) *Environmental citizenship*. Massachusetts: MIT press.
- OCERANSKY, Sonia (2006) "Las relaciones entre mujeres y hombres en el medio rural: su herencia en nuestros proyectos". En Los pies en la Tierra. Madrid: Ed. Virus.
- PIÑEIRO, Concepción (2011) *Comunicación ambiental para la transformación social. Iniciativas de consumo responsable en Madrid*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid. Disponible en: <http://tesisenred.net/handle/10803/49893>
- PIÑEIRO, Concepción y BALLESTEROS, Carlos (2012) *¿Por qué consumimos? Orientaciones didácticas sobre el consumo consciente, responsable y transformador en Euskadi desde una perspectiva de género*. SETEM Hego Haizea.
- PIÑEIRO, Concepción y DÍAZ, María José (2012) "Políticas públicas educativas y culturales. ¿Están formuladas hacia estilos de vida sostenibles?" En PORRO, Alvaro (coord.) *Informe Consumo y Estilos de Vida. Cambio Global España 2020/2050*. CRIC y CCEIM.
- PIÑEIRO, Concepción; MARTÍN, Rocío; DÍAZ, María José; PALAVECINO, Mireya; BENAYAS, Javier; GARCÍA, Diego (2008). *Comunicación en consumo responsable: género y sostenibilidad*. XIII Congreso Nacional de Sociología en Castilla-La Mancha "Sociedad, consumo y sostenibilidad". Almagro (España). Octubre 2008. (Libro de actas).
- POL, Enric; VIDAL, Tomeu; y ROMEO, Marina (2001) "Supuestos de cambio de actitud y conducta usado en las campañas de publicidad y los programas de promoción ambiental. El modelo de las cuatro esferas". *Estudios de Psicología* 22 (19), 111-126.

- PORRO, Alvaro (coord.) *Informe Consumo y Estilos de Vida. Cambio Global España 2020/2050*. CRIC y CCEIM.
- PULEO, Alicia. (ed). (2008) *El reto de la igualdad de género. Nuevas perspectivas en Ética y Filosofía Política*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- PULEO, Alicia (2008b) "Libertad, igualdad, sostenibilidad. Por un ecofeminismo ilustrado". Isegoría. *Revista de Filosofía Moral y Política*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, n° 38, enero-junio 2008, pp.39-59. Madrid.
- STIEß, Immanuel e SCHUTLZ, Irmagard (2009) EUPOPP "Work Package 1. Deliverable 1.1: Gender aspects of sustainable consumption strategies and instruments. Executive Summary". En la red:
http://www.eupopp.net/docs/iso_e_wp1.1sum.pdf
- SURIÑAC, Rubén (2012) "Innovaciones comunitarias en sostenibilidad ¿Cómo lidera la sociedad civil?" En Porro, Álvaro (coord.). *Informe Consumo y Estilos de Vida. Cambio Global España 2020/2050*. CRIC y CCEIM.
- Sustainable consumption: Towards action and impact. International Scientific Conference. 6-8 November. 2011. Hamburg (Germany). <http://www.sustainableconsumption2011.org>

INTERRELACIONES Y SINERGIAS ENTRE FEMINISMO, ECOLOGÍA, CONSUMO RESPONSABLE Y SOBERANÍA ALIMENTARIA

Conversación entre Soraya González, Xavier Montagut y Miriam Nobre

El presente artículo recoge las principales intervenciones y reflexiones surgidas en la mesa redonda 'Interrelaciones y sinergias entre feminismo, ecología, consumo responsable y soberanía alimentaria'¹, realizada durante las XI Jornadas sobre Comercio Justo y Consumo Responsable que organizaron la Xarxa de Consumo Solidario y la Marcha Mundial de Mujeres los días 26 y 27 de abril de 2013 en Barcelona.

La mesa contó con la participación de Miriam Nobre, coordinadora del secretariado internacional de la Marcha Mundial de las Mujeres, Xavier Montagut, presidente de la Xarxa de Consum Solidari, y Soraya González, miembro del grupo de Ecofeminismo de Ecologistas en Acció y del periódico Diagonal. Carme Murias, de la Marcha Mundial de las Mujeres, moderó las intervenciones. Con el objetivo de promover el debate, se propusieron diversas cuestiones a partir de las cuales las ponentes desarrollaron los argumentos y opiniones que reproducimos.

La economía feminista pone en el centro la sostenibilidad de una vida que merezca la pena ser vivida, y para que esta vida sea sostenible los trabajos de cuidados son esenciales y todos y todas necesitamos a lo largo de nuestra vida ser cuidadas. El ecologismo pone de manifiesto que todos somos naturaleza y la profunda dependencia de la vida humana de la biosfera. Y la soberanía alimentaria se define como el derecho de los pueblos a alimentos para todas y todos, suficientes, saludables y culturalmente apropiados. ¿Qué relaciones podemos encontrar a nivel de objetivos y qué implicaciones tienen estas miradas transformadoras en la deconstrucción de las lógicas y procesos que mercantilizan nuestras vidas, nuestros cuerpos y nuestro planeta?

Soraya González - Grupo de Ecofeminismo de Ecologistas en Acción

Quisiera precisar que hay muchos tipos de ecologismos así como de feminismos, por eso preferimos hablar de ecofeminismos. En nuestro grupo partíamos de unos principios muy claros del ecologismo social, voy a comenzar explicando este paradigma que es fundamental para poner en el centro la sostenibilidad del planeta.

El ecologismo social va más allá del ambientalismo y pone en cuestión un modelo de producción y de consumo que es tremendamente injusto e insostenible, tanto para el medio ambiente como para los cuerpos y las personas. Tiene tres grandes ejes: la sostenibilidad ambiental, la justicia social y la equidad entre hombres y mujeres (teniendo en cuenta, para no caer en un discurso homogeneizador, otras variables como clase o el país de origen).

El paradigma de la ecología social pone en valor los servicios ambientales: entiende que la naturaleza ofrece una serie de servicios que son tanto culturales como estéticos, pero también reguladores y de abastecimiento (podríamos hablar del ciclo del agua, la polinización o del mantenimiento de la capa de ozono). Trata de computar lo que la economía ortodoxa niega y destruye. Dentro del feminismo también se ponen en valor trabajos que el enfoque económico clásico ha negado: los de cuidados, que siempre han estado invisibilizados y que históricamente han realizado las mujeres y que son fundamentales también para la reproducción del sistema. La visión economicista ortodoxa sigue considerando estas actividades como una extensión de las tareas domésticas y de cuidados de las mujeres, como un no-trabajo. Por eso, entre los grandes aportes de la economía feminista, rescato el haber hecho visibles, y con digni-

dad, éste y otros trabajos que históricamente han desempeñado las mujeres y que están íntimamente relacionados con el mantenimiento de la vida.

Cuando hablamos de un planeta sostenible y de vidas sostenibles, feminismo y ecologismo no pueden dejar de darse la mano. La soberanía alimentaria como propuesta busca una producción local y de proximidad, promueve una agricultura y ganadería tradicional, muy importantes porque aportan una serie de servicios ambientales. Por ejemplo, la ganadería tradicional tiene una aportación en la prevención de incendios. Es decir, hay una serie de servicios ambientales que hay que poner en valor y que están haciendo que sea sostenible, o que aguante, el modelo en el que estamos.

Por otro lado, para el ecologismo social el sistema económico se entiende como un subsistema dentro de un sistema que es la biosfera y parte del principio de interdependencia. Trasciende la visión antropocéntrica -en la que el ser humano y el hombre, en concreto, es el centro del universo- y busca otra relación de las culturas y las sociedades con el medio ambiente.

Otra de las cuestiones importantes del ecologismo social es que tiene en cuenta los límites ecológicos. La capacidad de los ecosistemas para regenerar los recursos y absorberlos es limitada y la estamos sobrepasando, hay una sobreexplotación de los recursos naturales y hay muchos residuos. Los grandes temas del ecologismo: el cambio climático, la crisis energética, la pérdida de biodiversidad... son externalidades de un modelo de producción y de consumo. En concreto, el modelo agroalimentario industrial intensivo tiene una serie de externalidades. Hay que hablar de la huella ecológica de los alimentos kilométricos y también de la huella ecológica en los animales. A veces se pierde de vista de que la naturaleza también son los animales, y la dieta carnívora que tenemos -que está exageradísima- y el modelo de producción de carne tienen unos impactos en los animales muy grandes que el ecofeminismo pone también como un tema de la agenda.

Y aquí también estaría el tema de la huella en los cuerpos, que se está politizando más desde el feminismo pero que también las mujeres de Vía Campesina lo han puesto a debate: cuando hablan de la soberanía alimentaria hablan de la necesidad de alimentos de calidad, sanos, libres de pesticidas, porque lo que comemos tiene una serie de impactos en el cuerpo.

No podemos dejar de hablar de justicia social. Muchas veces esta variable se pierde dentro del ambientalismo, y decir que no se trata tanto de un proble-

ma de falta de producción de alimentos sino de una falta de redistribución de los recursos. Este modelo de acumulación por desposesión se asienta sobre la explotación de los recursos animales pero también sobre la explotación de los seres humanos. Y hay mucho que hablar de este modelo capitalista donde hay una especulación con los alimentos, donde el problema del hambre se agrava, donde hay una deslocalización de la producción a países que tienen ventajas competitivas ambientales y laborales. Esto nos lleva a hablar de la deuda porque hay una desigualdad en el uso de los recursos y una desigual responsabilidad, y aquí hay que tener en cuenta las diferencias entre hombres-mujeres, Norte-Sur y mundo rural-mundo urbano.

Xavier Montagut - Xarxa de Consum Solidari

En la facultad de economía se explica que cuando un país se desarrolla, lo primero que hace es abandonar la agricultura, e incluso si abandona la industria y se dedica sólo al sector servicios, todavía mejor. Este es el paradigma típico de la economía que lleva a valorar lo monetario y, dentro de lo monetario, lo financiero.

Si planteamos que en el centro de la economía ha de volver a estar una vida que valga la pena ser vivida -como plantea el feminismo- la alimentación vuelve a ser algo totalmente básico, es parte esencial de nuestra vida y de nuestra relación con la naturaleza. La soberanía alimentaria propone que la alimentación debe volver a estar en el centro y, por lo tanto, éste es un punto de conexión importante con la visión del feminismo y con otros paradigmas, como el 'buen vivir' que ha utilizado el movimiento indígena, y que defienden que la vida, y el cuidado de una vida que pueda ser vivida, deben estar en el centro de toda nuestra actividad económica.

Esto rompe el paradigma clásico de la economía convencional y plantea que la alimentación, y por lo tanto el campesinado, vuelven a ser un tema central. De alguna forma el movimiento agroecológico ha dicho: "Sin campesinado no hay futuro." Y creo que, sin campesinado, tampoco hay una vida sostenible. Por tanto, allí veo un punto importante de conexión.

También la soberanía alimentaria defiende que los alimentos sean accesibles para todo el mundo y que eso no se haga comprando alimentos baratos o cogiendo las sobras de los supermercados, sino entrando a producir alimentos de una forma sostenible que den trabajo y riqueza a todos. Lo que está planteándose es que producir alimentos es muy diferente a producir mercancías alimentarias para el mercado. Los movimientos de resistencia campesinos incluyen una visión de cuidado de la tierra, de producción de alimentos y de la

alimentación mucho más compleja y que comprende muchos más trabajos que los que son directamente producir alimentos para vender en el mercado. Está también la economía de subsistencia, está la conservación de alimentos, el cocinar esos alimentos... y entramos de lleno en debates que ha profundizado mucho el movimiento feminista.

Para preparar estas jornadas he leído mucho sobre economía feminista y muchos conceptos que desde la soberanía alimentaria hemos criticado son críticas muy parecidas a las que ha hecho el feminismo. Por ejemplo, creo que fue a Yayo Herrero a quien escuché algo que me llamo mucho la atención: "¿Qué sentido tiene la productividad cuando estás cuidando a una persona anciana?" Desde el punto de vista de la creación de alimentos también se critica el concepto de productividad en el sentido de producir más mercancías, que es como se ha entendido siempre. De las primeras cosas que aprendí de la economía ecológica es que si tú ves el conjunto de los alimentos que se producen como una forma de cuidarse, el valor es mucho mayor que si lo ves sólo como producción de mercancías.

Los conceptos de viabilidad y de productividad, muy fuertes en la economía clásica y que introducen en la vida cotidiana toda una serie de elementos capitalistas, están puestos en cuestión desde la soberanía alimentaria que valora otras cosas: la conservación de la tierra, la creación de alimentos.... Pero también están cuestionados desde la economía de los cuidados. Los planteamientos de viabilidad de la economía clásica entran totalmente en cuestión en una agricultura campesina y también cuando hablamos de cuidar la vida. Por lo tanto, veo conexiones muy importantes y enriquecimientos mutuos entre los dos movimientos.

Miriam Nobre - Marcha Mundial de las Mujeres

En referencia a lo que se ha dicho sobre que parece que la sociedad está más desarrollada cuando se ha abandonado la agricultura: en los Objetivos del Milenio de Naciones Unidas, en el objetivo de conseguir la igualdad entre mujeres y hombres, uno de los indicadores es el porcentaje de mujeres en el trabajo asalariado urbano. Eso quiere decir que una mujer que pierde su tierra y va a trabajar a una maquila es un indicador de que el país está más cerca de los Objetivos del Milenio que uno en que la campesina logra seguir trabajando.

Por otra parte, sólo quería repetir, porque una parte de construir movimientos es repetir siempre las mismas ideas, algunas ideas centrales desde la economía feminista:

Primero, que el trabajo de reproducción de la sociedad -que es la producción de la vida humana, la producción de individuos, la producción de una buena relación con la naturaleza- implica una gran cantidad de trabajo y de energía que es realizado en mayor parte por las mujeres. Y no sólo implica un trabajo concreto, sino también una disponibilidad permanente de las mujeres hacia los otros y otras.

Incluso las compañeras dicen que la palabra “trabajo” no sea tal vez la más adecuada porque muchas veces viene con ella la idea de eficacia y de que si trabajas más logras tener más, y de minimizar el trabajo y obtener el máximo de resultados... Y eso no funciona en términos del trabajo de cuidados porque demanda una disponibilidad emocional que la están asumiendo las mujeres.

La otra idea central es que la reproducción y la producción, que analíticamente las trabajamos muchas veces como esferas separadas -incluso nosotras las feministas-, no lo son y hay que poner visibilidad en los nexos que existen entre ambas. El sistema económico de la producción está basado en la reproducción. En los momentos de crisis, el nexo entre ambos se utiliza para pasar más trabajo y más responsabilidades a la esfera doméstica, a la comunitaria, desresponsabilizando al mercado y al estado.

Y la tercera idea es que todo este proceso de la acumulación capitalista tiene una lógica propia: la lógica de maximizar el beneficio, que es contradictoria e irreconciliable con la lógica del cuidado de la vida humana y el cuidado de la naturaleza. La sociedad viene funcionando con esas lógicas irreconciliables utilizando a las mujeres como una variable de ajuste. Nuestra tarea desde los movimientos, incluso utilizando las herramientas de la economía feminista, es pensar en cómo superar estas lógicas y no intentar conciliarlas.

Soraya González: Un debate paralelo dentro del feminismo y del ecologismo es cómo se plantea esta conciliación entre lógica de la vida y la lógica del capital. Vemos como se resuelve de forma perversa. En los planes de igualdad vemos cómo la conciliación entre la vida privada y la laboral se asocia a la incorporación de las mujeres – y en concreto de las madres- al empleo, no promueve la redistribución de los trabajos de cuidados entre hombres y mujeres y deja fuera la responsabilidad del Estado en la provisión de servicios de cuidados. Y cómo esto ha supuesto que las mujeres tenga dobles jornadas o que se externalicen los trabajos domésticos a otras mujeres, generalmente migrantes.

Con el cambio climático vemos una perversión de las medidas que se tratan de conciliar la contaminación con el cuidado del planeta. Nos encontramos con mecanismos de mercado que externalizan y aplazan el problema. Los mecanismos de desarrollo limpio o el mercado de emisiones de CO2 han permitido que quien pague siga contaminando.

Xavier Montagut: Sobre ese tema yo quería insistir en una reflexión: ¿qué nos puede aportar al respecto la economía campesina? Libros actuales sobre el nuevo campesinado están demostrando como una economía campesina resiste mejor la crisis que una economía mercantilizada, tanto en el Sur como en el Norte. Por lo que yo conozco de experiencias de economía campesina en el Sur, se trata de una reordenación no desde el punto de vista del mercado sino de la alimentación y del cuidado. Además, donde ha habido movimientos de la Vía Campesina con fuerte presencia de mujeres, hay experiencias muy interesantes de cómo se han recuperado tradiciones, se han socializado y se han revalorizado trabajos.

En ese sentido, creo que la soberanía alimentaria, al focalizar una agricultura campesina frente a la agricultura mercantilizada, plantea un terreno muy sugerente. Tenemos la ventaja que dentro de la Vía Campesina el movimiento de mujeres es fuerte, con lo cual, al menos en el Sur, hay experiencias enriquecedoras en este terreno.

Reivindicando soberanías

El segundo tema a debatir es el de las soberanías. La idea de control, de soberanía de lo que comemos o producimos está en el centro del concepto de soberanía alimentaria. La idea del derecho a decidir sobre nuestro propio cuerpo es una demanda central en el feminismo así como también lo es el control y la reapropiación sobre los bienes naturales del territorio, los bienes comunes o sociales como educación y salud. ¿Qué relaciones podemos establecer entre estos reclamos?

Miriam Nobre: Nosotras intentamos trabajar en el mismo proceso la idea de soberanía de los pueblos y autonomía de las mujeres. Eso nos permite salir de una mirada antigua de la izquierda según la cual primero se llega al poder y después se tratan las otras cosas. No es posible alcanzar la soberanía de los pueblos si las mujeres no tienen autonomía, por eso hay que hacer las dos batallas al mismo tiempo. Por otro lado, no es posible lograr la autonomía de las mujeres si sólo hacemos la lucha en términos formales legales y no hay

un cambio en la sociedad y en la organización de la vida económica que nos permita tener esta autonomía.

Desde el feminismo sabemos que eso de tener autonomía pasa por lograr tener libertad de pensamiento y formular lo que son nuestros deseos, porque estamos tan encuadradas en responder al deseo del otro que ya no sabemos muy bien lo que nosotras mismas queremos.

Siempre estamos encuadradas en la necesidad de mantener nuestro reconocimiento como madres. En el terreno social existe un paralelismo: nuestra posibilidad como pueblos de inventar otra manera de organizar la vida se ve mermada porque siempre estamos construyendo nuestras alternativas en unos marcos muy definidos de lo que es posible. Para salirnos de ellos y abrir procesos de cambio de la correlación de fuerzas lo hacemos desde la reivindicación de una utopía de otra manera de organizar la sociedad.

Cuando llegan propuesta de infraestructuras que están vinculadas a la agricultura comercial, es difícil discutir con la comunidad la no construcción de esa ruta porque es la única posibilidad que tiene de acceder, por ejemplo, a servicios de salud, educación... ¿Cómo podemos combatir esa gran infraestructura pero teniendo la capacidad y la imaginación de inventar otras cosas? Y la otra dimensión es ¿cómo tener un espacio de negociación y de discusión que considere los procesos individuales y los colectivos? ¿Cómo lograr tener espacios de negociación con igualdad, donde la gente puede exponer sus necesidades, sus deseos, inventar otras necesidades y buscar soluciones de compromiso para vivir en comunidad?

Soraya González: La soberanía alimentaria habla del acceso a la tierra, del acceso a los recursos para cultivarla y distribuirla, pero creo que no hay que mitificar tampoco los modelos rurales tradicionales. No podemos perder de vista las relaciones de poder ni la división sexual del trabajo. No hay que mirar más que las explotaciones agrariofamiliares en el estado español, donde hasta hace poco se consideraba que lo que las mujeres hacían era ayuda familiar.

La soberanía para mí pasa por repensar cómo se producen y cómo se gestionan comunalmente los recursos. No es sólo acceso a la tierra sino cómo se gestiona esa tierra de forma colaborativa, cómo se reparten los trabajos (todos). Y aquí entra el cuestionamiento de la familia nuclear.

Por otra parte, hablar de similitudes entre la soberanía de los cuerpos y la soberanía de los bienes comunes me parece un poco peligroso. Es cierto que recursos naturales y los cuerpos de las mujeres se han considerado materias primas supeditadas a las necesidades del mercado, y que por ahí hay una analogía. Pero cuando se trata de proponer una gestión colectiva de los bienes comunes como el agua, los alimentos, los bosques... ahí no podemos meter los cuerpos de las mujeres. Creo que los cuerpos son individuales, son inalienables, y plantear la gestión común de ellos, regularlos, entra en contradicción con los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. Esto me recuerda al debate sobre el crecimiento poblacional y la capacidad de carga de la tierra donde ecologistas y feministas han polemizado. Unos consideraban que había que planificar los nacimientos -a veces con una visión muy etnocéntrica, pues eran las mujeres pobres las que tenían demasiados hijos. Las feministas ponían en primer lugar los derechos de las mujeres a decidir si quieren o no tener hijos y de qué forma. Entonces, tengamos un poco de cuidado a la hora de esencializar los cuerpos de las mujeres y de convertirlos en bienes comunes de los que todos disponen.

Xavier Montagut: La soberanía alimentaria plantea el control de la alimentación como concepto básico. No somos sólo lo que comemos pero en parte sí y, por lo tanto, el control de la alimentación es parte importante de cómo cuidamos y de cómo podemos llegar a controlar nuestros cuerpos. En ese sentido, cuando te planteas la lucha por la soberanía alimentaria y detectas cuales son los agentes a los que te enfrentas, te encuentras unas multinacionales que son las que controlan la alimentación, las que controlan la medicalización y las que controlan la cosmética. Y son las mismas y ello no es por casualidad. Recuerdo un artículo de Miriam Nobre que planteaba cómo hay una mercantilización y un intento de explotación de todos estos aspectos.

Cuando se crean alternativas y se recuperan las sabidurías de la alimentación, las mujeres juegan un papel muy importante. Por ejemplo, en el tema de la conservación de las semillas, Vía Campesina tiene una línea de trabajo muy importante dirigida por mujeres. En el tema de la medicina natural hay experiencias muy interesantes de mujeres indígenas. Las experiencias que conozco de mujeres andinas están planteándose desde visiones y alternativas comunitarias que, al menos para una persona occidental, son muy innovadoras.

Por lo tanto, hay un aspecto de recuperación de sabiduría en la conservación de alimentos, de las medicinas, etc. que juega un papel importante en el paradigma de la soberanía alimentaria. Quienes son más depositarias de este

tipo de conocimientos son mujeres y están recuperándolos, visualizándolos y valorizándolos. E incluso cuando los recuperan están planteando formas comunitarias, no necesariamente volver al modelo de familia tradicional, sino a otros modelos. Por lo tanto, se abre un espacio y está habiendo una claridad para no volver a reproducir modelos antiguos. Me parecen líneas muy importantes a dar vueltas.

Miriam Nobre: Tres cuestiones: la primera, para nosotras, el debate con el ecologismo nos ha ayudado a tratar el cuerpo de las mujeres también como “cuerpo”, ya que antes teníamos centrada la mirada en la construcción social, en las desigualdades. En ese sentido, el debate que se realizó en Catalunya sobre indicadores no androcéntricos vinculados al sistema de salud, o el trabajo de las compañeras de Boston sobre cómo los agrotóxicos tienen un efecto distinto en el cuerpo de las mujeres nos permiten percibir que son cuerpos diferentes.

Otra cuestión son los procesos de fragmentación y cercamiento, lo que se hace en la naturaleza con los territorios, con la biodiversidad. Se cerca lo que son los conocimientos y se pone una patente, o se cerca la tierra y se pone una propiedad. También es un proceso que pasa con el cuerpo de las mujeres: lo vemos sobre todo con el tema de las cirugías plásticas, la gente busca un cuerpo comprado por partes para responder a una imagen del deseo del otro.

Y el último tema que quería tratar es el de la propiedad individual o propiedad colectiva. Las mujeres tienen más posibilidades de decidir si tienen la propiedad individual y, en términos de la legislación, tienen igual derecho sobre la tierra. Entonces si por ejemplo se tiene que buscar un crédito, se tiene que tener la firma de la mujer también...

Nosotras lo que siempre decimos es que la propiedad comunitaria no es contradictoria con el derecho y la autonomía individual de las mujeres para decidir sobre la gestión de la tierra. La cuestión es cómo logramos que en la lucha por los territorios de manera colectiva y comunitaria tengamos procesos donde las mujeres pueden expresar sus propios intereses, que no sea sólo a través de la voz de su compañero, que no sólo él esté presente en las asociaciones.

Transformando nuestro consumo

Si definimos el consumo como la utilización de bienes y servicios para satisfacer nuestras necesidades y no como la mera compra de mercancías

producidas para maximizar el beneficio de unos pocos ¿ Qué vías, qué aspectos de transformación de nuestro consumo tenemos que plantearnos en la alimentación?

Xavier Montagut: Cuando se habla de consumo en la televisión se habla de compra y venta de mercancías, el consumo en economía clásica es vender mercancías. Pero creo que hay que ver el consumo como el conjunto de actividades y de bienes que nos pueden ayudar al buen vivir. Y aquí hemos de incluir todo tipo de actividades, trabajos, bienes, etc. Y por lo tanto romper la reducción mercantilista y ver muchas más cosas en el consumo para vivir. Esta es una primera cuestión que es útil para la soberanía alimentaria y para el feminismo, es una visión del consumo más rica y mucho más compleja.

A partir de esta idea queríamos ver como trabajábamos el tema del consumo desde el consumo alternativo y nos hemos preguntado “¿Qué reflexión ha hecho el movimiento de consumo alternativo sobre el tema de género?” Concepción Piñeiro es quizás quien más lo ha trabajado y su conclusión es que falta una agenda. Es decir, estamos en la fase en que este tema no se ha conseguido casi ni poner sobre el tapete. Y en las experiencias de organizar estas jornadas hemos vivido bastante esta dificultad. Hay otros temas que están trabajadísimos: dentro de lo que es soberanía alimentaria desde el punto de vista feminista, el tema de producción está bastante trabajado porque hay una corriente en Vía Campesina que ha sido capaz de poner este tema en la agenda. En el tema del consumo no hemos conseguido casi ni ponerlo en la agenda y todavía hay bastante que hacer.

Segundo, ¿qué alternativas empezamos a construir? Yo quería plantear el tema de los aspectos comunitarios del consumo. Y hay un tema que para mí es especialmente golpeante: el tema de los comedores escolares.

En este momento de crisis, ¿qué está pasando con los comedores escolares? Que están reduciendo las becas y eso significa que los niños vuelven a comer en casa y eso implica trabajo doméstico. Probablemente la mujer está también en paro, y la forma de resistir es volver a cocinar en casa (probablemente la mujer) para aguantar la situación de precariedad a la que nos están empujando. Ahora hay una buena noticia: en Andalucía vamos a garantizar en la escuela tres comidas. Me parece interesante. Habría que hacer una lectura desde el feminismo de lo que significa reivindicar eso como una solución colectiva de un problema de cuidados que es la alimentación.

El otro recorte que quieren es hacer comida barata. Hay que replantear la calidad de esa comida porque es un derecho básico. Hace un tiempo nos propusieron realizar un estudio en Europa sobre el derecho a la alimentación y los sectores que no tenían acceso a la comida. Entonces eso me parecía un tema un poco lejano, en cambio ahora me parece tremendamente cercano.

Miriam Nobre: Sobre el tema de la provisión colectiva de los alimentos, dos experiencias. Primera: En Brasil, cuando el Partido de los Trabajadores empezó a ganar las municipalidades, nosotras entramos para trabajar en la alimentación escolar con dos objetivos: lograr comprar de los campesinos de la agricultura familiar y cambiar la lógica de la alimentación escolar que en los años 80 era muy autoritaria. Procedía de la dictadura y tenía la idea de responder a las necesidades nutricionales de los niños con polvos que se mezclaban en agua. Eran productos producidos por empresas que tenían un olor, un sabor, todo artificial... Junto con eso se dio en Brasil un movimiento a favor de la alimentación, ya que estábamos en el auge del neoliberalismo y la agenda que teníamos era muy limitada: que por lo menos la gente comiera.

Desde esa agenda logramos hacer muchas cosas e incluso ahora hay una ley que obliga a la alimentación escolar a comprar el 30% de los productos a la agricultura familiar hasta 2014. Está en proceso de implementación y tiene aún muchos retos porque no es exactamente lo que imaginábamos: esperábamos que hubiera un proceso de descentralización, que se comprase de los agricultores del entorno, circuitos cortos, alimentación fresca... y la verdad es que esto no está pasando. Lo que más se da es comprar grandes cantidades a las cooperativas más organizadas, pero seguimos en el proceso. Hay una gran participación, sobre todo de los profesionales, pero aún no hemos logrado la implicación de los padres y madres en la gestión de la escuela y en la alimentación escolar. Si la tuviéramos, habría más posibilidades de constituir un movimiento más fuerte para hacer más presión.

El segundo tema sobre provisión colectiva de alimentos: con las compañeras del Movimiento sin Tierra de Brasil (MST) estuvimos buscando las cooperativas y las asociaciones del movimiento que tenían comedores colectivos y los visitamos. Y una cosa muy interesante es que las personas que nos recibían decían que era la primera vez que alguien venía a preguntarles por los comedores colectivos (que eran, en general, experiencias exitosas). Venía mucha gente a preguntar sobre la producción pero nunca sobre el comedor, sobre cómo funcionaba, etc. Aun mismo en el movimiento hay una invisibilidad de que esto es parte de un proceso de organización colectiva.

Otra cosa que nos cuentan es que sí que es muy valorado en el MST el hecho de que los hombres se ocupen de la preparación de los alimentos en los momentos públicos y colectivos, pero no en la casa. Hay diferentes evaluaciones de ello: hay quien dice que es un proceso de negociación, que no se puede colectivizar todo, que la gente tiene que tener su espacio en la familia... sólo que al final el trabajo de casa se queda en las mujeres. Pero ellas hablan con mucha esperanza y consideran que es una cuestión generacional, que con las nuevas generaciones tal vez no sea así.

Xavier Montagut: Yo empecé a trabajar temas de consumo leyendo a alguien de Ecologistas que decía que si no cambiamos la forma de consumir no vamos a cambiar el modelo de producción. Yo creo que fue el movimiento ecologista el que introdujo la necesidad de luchar también en el consumo. Luego el consumo ha tenido una época de moda y todo lo teníamos que resolver los consumidores. Entonces allí tuvimos que hacer una reflexión: recuerdo que la gente decía "Tu compra es tu voto", y nosotros decíamos que no, que tu voto es más importante que tu compra y tu manifestación todavía es más importante que tu voto.

Nosotros somos sobre todo ciudadanos y ciudadanas, no consumidores, no nos confundamos. Y esto iba muy ligado a una visión de individualizar y de responsabilizar de forma individual. Ahora, incluso en la crisis, hay un tema que me está sorprendiendo: el de los desperdicios de alimentos, que creo que tiene mucho contenido ecológico y mucho contenido social. Al final empiezan a haber cursillos de como individualmente no tenemos que desperdiciar y parece que el problema al final lo tengamos los consumidores y que los supermercados casi no desperdicien. Hay como siempre una culpabilización del consumidor individualizado que creo que hay que frenar.

Otro tema que me preocupa mucho es la parte comunitaria de la alimentación que creo que con la crisis está entrando en primer plano. Antes hablaba un poco de comedores escolares y creo que hay una lectura del feminismo fundamental sobre esta cuestión. Ahora, ante el tema de los comedores sociales, también vamos a pensar si los van a gestionar la derecha y la iglesia cogiendo sobras de los supermercados o hemos de comenzar a construir alternativas desde la soberanía alimentaria pero también desde una lectura feminista. Son temas que creo que debemos trabajar.

Otra reflexión es que aquí, cuando se habla de comida en alguna manifestación, se le da un carácter lúdico y la cocinan los hombres, no hay problema.

Pero eso no tiene mucho que ver con la cotidianidad. Dentro del movimiento reivindicativo -salvo las experiencias de luchas más prolongadas como la cocina de plaza Catalunya- lo que es habitual es que en la manifestación se haga una comida y se viva como algo muy festivo que no guarda relación con la cotidianidad de la comida.

Retos de los grupos de consumo

Por otra parte, constato que los grupos de consumo son un elemento de politización muy importante y el gran vínculo es la relación con el campo. Las visitas al productor son un tema de conocimiento, por tanto de politización, trabajando además el sentimiento, que resulta potentísimo. Aprendes mucho, te motivas mucho y empiezas a conocer cosas que en tu vida habías conocido viviendo en un barrio en el que la naturaleza está muy alejada.

También es cierto que luego hay un 'archipelaguismo' y una falta de colaboración importante entre los grupos de consumo. Para introducir temas polémicos, tengo dudas de si es en el terreno del consumo en el que podemos construir mucha intercooperación. Soy totalmente favorable ideológicamente a la intercooperación pero lo veo muy difícil. Siempre he creído que es más fácil juntar en el terreno de la acción política que en un terreno tan práctico y tan cotidiano. Le veo muchas dificultades por la experiencia que tienen los grupos de consumo de coordinarse, de funcionar, etc. En cambio, cuando hay acción política veo más fácil sumar.

Soraya González: Hablando de los retos de los grupos de consumo, yo veo que se ha politizado mucho lo de actúa local, pero creo que estamos en un momento en el que también hay que actuar global. Tengo la sensación de que a veces los grupos de consumo están desconectados de todos los debates que están habiendo dentro del sindicalismo agrario, de la deslocalización de la producción a países como Marruecos, de que las mujeres campesinas en el estado español no han tenido acceso a los títulos de la tierra, de la especulación con la alimentación. Veo que hay una desconexión entre lo que ocurre en el mundo de la producción y dentro del mundo de consumo y creo que hay que llevar allí esos debates.

No es una lucha sólo de la gente que produce, los grupos de consumo también se deberían implicar en las políticas de comercio neoliberales que están atando de pies y manos al campesinado. Por mucho que tú te plantees un estilo de vida diferente, a día de hoy el pequeño campesinado está bastan-

te ahogado, es muy difícil producir agroecológico y construir mercados de proximidad, por lo menos en la realidad que conozco en mi grupo de consumo. Luego también está el tema de cómo están diseñadas las ciudades, ¿es posible consumir ecológico viviendo en la ciudad? Hay un montón de debates y de retos.

Algunas experiencias sobre consumo desde América Latina

Xavier Montagut: Una experiencia que me llamó mucho la atención y a la que le sigo dando vueltas es un caso en los Andes en el que un alcalde indígena de Patxakuti, una organización muy fuerte indígena y campesina, había conseguido un mercado municipal y tenía un puesto para esta organización. Pero las mujeres decidieron no ir porque era un puesto que funcionaba todos los días de la semana y ellas sólo querían vender el sábado ya que tenían otras cosas que hacer el resto de la semana. Era un puesto que tenía que tener de todo y ellas sólo querían comercializar sus excedentes, no querían vender y comprar cosas que no eran suyas.

Entonces mantuvieron su mercado de mujeres el sábado, diferente al mercado municipal, con gran escándalo y gran polémica en la organización campesina y en el municipio. Era un mercado al que llevaban sus excedentes, los intercambiaban y tenían como regla no volver a casa con nada de lo que habían llevado. O sea, todo lo que no se vendía, luego se intercambiaba. Era un mercado muy adaptado a una economía de subsistencia con excedentes que era el que a ellas les funcionaba. Al final ganaron porque eran una organización potente de mujeres y consiguieron que las estructuras comerciales también tuvieran en cuenta toda la riqueza que hay en la vida.

Soraya González: Mientras habláis se me ocurren muchas ideas. Para reflexionar dentro del consumo creo que es imprescindible que haya una alianza entre productores/as y consumidores/as y me parece que la potencia política de la propuesta de la soberanía alimentaria es que es una propuesta internacionalista que vincula la parte de la producción y la parte del consumo.

También quería contar una experiencia que conocí en Venezuela: La Central Cooperativa de Servicios Sociales Lara (Cecosesola), una red comunitaria de producción y distribución de alimentos que abarca cinco Estados de Venezuela. Los alimentos que producen asociaciones y cooperativas agrícolas de diversos caseríos llegan los viernes a una Feria, donde son vendidos por otros socios trabajadores de Cecosesola. Las mujeres se dedican más al envasado

de alimentos y los hombres al cultivo, se produce una división clásica del trabajo agrario.

Cómo se plantean la accesibilidad de los productos ecológicos y cómo han ideado estrategias colectivas para que no recaiga sobre las espaldas de quienes apuestan por lo ecológico me pareció muy sugerente. La feria paga el coste real de la producción orgánica a los y las campesinas (que suele ser mayor que el precio de venta) pero las personas consumidoras no pagan un precio más alto por ellos porque la feria asume el sobrecoste. Y además coloca estos productos agroecológicos en puestos aparte, debidamente etiquetados para valorizarlos.

Esto se puede hacer en la medida en que hay una red en la que se genera un excedente, en la que se generan unos recursos que se pueden compartir y revertir en apuestas como que lo ecológico sea accesible a todos los bolsillos. Si no hay redes y no hay intercooperación es muy difícil. Si tienes tu grupo de consumo y no estás en red con otros grupos, ¿cómo haces que sea accesible esa comida para otra gente? Hay que darle vueltas para ver como compartimos recursos para trabajos que son imprescindibles.

Politizando la reproducción social

¿Cómo revalorizamos los trabajos de reproducción social, los trabajos de las mujeres en la alimentación y en el mantenimiento de la diversidad? Son trabajos que forman parte de la reproducción social, del cuidado de la vida. ¿Cómo avanzar y poner en valor estos trabajos sin caer en esencialismos patriarcales ni modelos mercantilistas? ¿Cómo avanzar en el reparto de los trabajos y los tiempos?

Soraya González: Dentro del feminismo existe el eterno debate entre las políticas de reconocimiento y las políticas de redistribución. Siempre hablamos de que es importante visibilizar y reconocer esos trabajos de las mujeres en el campo de la alimentación, que son muchísimos, son importantes, y que no se han considerado trabajo. Al final lo autoreconocemos las propias mujeres, pero ¿cómo le damos la misma autoridad social que la que tienen otros conocimientos? Me pregunto si en las escuelas de agroecología están reconocidos los saberes tradicionales de las mujeres.

Ya reconocer este trabajo cuesta, pero luego hay que repartirlo y buscar políticas de redistribución de los recursos para que no sean las mujeres las que

lo asuman. Un primer paso sería reconocer, dentro de la alimentación, todo un trabajo artesanal a pequeña escala de las mujeres que no está reconocido ni regulado: que tuvieran derechos laborales las rederas, las mariscadoras, las mujeres que embotan productos... Realizan un trabajo que se ha considerado una extensión del doméstico, algo que hacen por 'amor', porque es lo que les toca a las mujeres. Cuando las mujeres han tratado de profesionalizar su producción artesanal, las normas de calidad de los alimentos se vuelven contra ellas. Un primer paso sería flexibilizar esas normas de calidad y que no se vuelvan contra las propias productoras y artesanas. Allí hay un reto en el mundo de la agroecología y del feminismo.

Miriam Nobre: El tema de cómo hacer este reconocimiento es un debate y tenemos que imaginar formas. En los años 80 había la idea del reconocimiento poniendo un valor monetario y pagado. Ello suscitó mucho debate y tenía muchas limitaciones porque era poner este trabajo dentro de la lógica mercantil y monetaria, era confinar a las mujeres a este tipo de trabajo y no se les permitía la posibilidad de estar en otro.

Después utilizamos las encuestas del uso del tiempo como una manera de intentarlo cuantificar, sólo que tiene muchos límites. Y además, hay en todo ese trabajo un tema de la disponibilidad permanente que no se mide con las categorías económicas que existen. Entonces, ¿cómo hacer una valorización, un reconocimiento, qué categorías utilizar? Al mismo tiempo estamos en un contexto de aumento del conservadurismo, de una elegía de la maternidad como si ese fuera el lugar de las mujeres. Entonces ¿cómo reconocemos y redistribuimos para no fijar a las mujeres en este rol?

Tirar un 'tupper' a Esperanza Aguirre es político

Soraya González: Creo que, como hablabais, hay muchos movimientos que dan soluciones colectivas y comunitarias a problemas como el de la alimentación y, no casualmente, están liderados por mujeres. Hay que politizarlos porque son sujetos políticos que muchas veces no se consideran siquiera movimientos sociales.

Después de las políticas de ajuste estructural ha habido movimientos de huertos urbanos para tener una vida de subsistencia en África, ollas comunales en Perú y en Chile, para mí representan sujetos políticos. Ves a los mineros que hacen una marcha y dices "que héroes y que sujetos políticos"; pero ves a una mujer que tira el tupper a Esperanza Aguirre o a mujeres que protestan

en Fukushima porque los alimentos están contaminados y el discurso público es que son madres que actúan por amor. Reconocer que son sujetos políticos es uno de los retos que tenemos dentro de los movimientos sociales.

Miriam Nobre: En referencia al tema de como no se reconoce lo que es político, una de las cosas que siempre me asombró en Brasil es que allí hay una gran cantidad de mujeres que trabajan y procesan plantas medicinales y, en los momentos de grandes enfrentamientos con la industria farmacéutica, siempre están solas. Me impresiona eso, que ante una confrontación con una industria que es tan potente, tan simbólica del capitalismo, la izquierda no la tome como defensa de una cosa que si la logramos vamos a conseguir muchas otras. Es decir, la ceguera que hay en un momento en el que las mujeres confrontan el sistema.

Por otra parte, en Brasil nosotras estamos bastante confrontadas con el tema de los controles sanitarios, pero al mismo tiempo intentamos mantener una alianza con los sistemas públicos de vigilancia sanitaria para controlar los agrotóxicos. Sobre este tema tenemos una campaña y logramos que muchos funcionarios públicos estén con nosotras. Pero al mismo tiempo que los apoyamos en esto, los confrontamos en el tema de las exigencias que hay sobre los productos que mayoritariamente están siendo producidos por mujeres²: el queso, etc. Me parece que hay una imposición que es internacional, me da la sensación de que son iniciativas que tienen que ver con los procesos de libre comercio. Ese es un tema que nos preocupa y que, si hay aquí también una reflexión sobre esta cuestión, nos gustaría estar en contacto porque muchas veces los argumentos que se desarrollan y el hecho de mostrar que lo que está pasando allá también está pasando en otras partes nos ayuda.

Grupos de consumo y distribución del trabajo: ¿cuestión pendiente?

Xavier Montagut: Dentro del movimiento de consumidores agroecológicos, que es donde más estoy trabajando, hay una revalorización de la alimentación de calidad y de la cocina y, por lo tanto, hacemos bastantes cursos y talleres de cocina, etc. En principio, eso significa que vamos a valorizar esos trabajos pero, a partir de aquí, no se ha avanzado en cómo se distribuyen. Sigo pensando que es positivo revalorizar la importancia de la alimentación y de los trabajos asociados, lo que pasa es que a partir de aquí debe haber otro paso que no se está planteando.

Por otra parte, el mundo de los grupos y de las cooperativas de consumo –que es un movimiento en el que estamos muchas personas totalmente dis-

persas y muy poco intercooperativas– ha colectivizado al menos una parte de lo que es la alimentación y el consumo: saber lo que compras, interrelacionarte con la persona a quien le compras, intentar valorar que productos son buenos o no...

Pero aquí también me gustaría saber cómo se han distribuido los trabajos, y vuelve a haber un interrogante. Los grupos de consumo y las cooperativas no nos hemos planteado cómo estamos socializando esta parte de nuestro consumo que es contactar con el productor, conocerlo, saber a quién compramos... que me parece una parte muy importante de recuperación de un concepto de consumo mucho más rico que ir a comprar una mercancía que no sabes de donde viene.

Cuando reivindicamos el consumo responsable, el organizarnos colectivamente, una parte de esto lo hemos sacado de una esfera que podría ser más comunitaria. ¿Esto ha implicado un cambio en los repartos de trabajo? No se sabe, son temas pendientes en la agenda que tenemos los grupos de consumo.

Miriam Nobre: Justamente el tema es que, con esta última fase del capitalismo, hubo una expansión de las relaciones de mercado para tantas esferas de la vida humana que todo el trabajo político nuestro es el de intentar de desmercantilizarlo.

Estoy aprendiendo un montón desde que conocí a la Xarxa de Consum Solidari porque yo también tenía muchos prejuicios sobre el tema del consumo. Una de las cosas que no me gustaba era la idea de constituir un sujeto político consumidor porque yo pensaba desde el sujeto político mujeres, trabajadoras, ecologistas...

Entonces nos planteamos qué implicaba organizar a la gente desde la identidad de consumidores. En el proceso de soberanía alimentaria estaba muy claro que para cambiar el modelo de producción había que cambiar la forma de distribución y de cómo llega la comida a la gente y cómo podemos favorecer a procesos comunitarios. Y entonces me gustó mucho la idea del consumo amplio, que no es sólo lo que está en los términos del mercado. Hay que seguir conociendo más, escuchando más de ustedes para ver cómo logramos desmontar toda esta lógica de mercado.

TERCERA PARTE

EXPERIENCIAS CON LECTURA FEMINISTA

EXPERIENCIAS DE PRODUCCIÓN Y TRANSFORMACIÓN AGROECOLÓGICA

Verónica Escurriol Martínez

La práctica de la agroecología como opción política y a la vez como actividad económica de subsistencia nos da esperanza a un cambio real del sistema agroalimentario industrial en el que nos encontramos inmersas. En la mesa redonda sobre experiencias de producción y transformación agroecológica de las XI Jornadas sobre Comercio Justo y Consumo Responsable¹ se presentaron diferentes actividades agroecológicas reflexionando sobre el papel de las mujeres y el feminismo dentro de dichas actividades, así como las dificultades y obstáculos con los que se encuentran las personas que deciden apostar por un modelo más coherente con la naturaleza, la alimentación y la salud de las personas.

La necesidad del ecofeminismo en los proyectos ligados a la Soberanía Alimentaria

Miguel Altieri definió la agroecología como una disciplina o un modo de interpretar y proponer alternativas integrales y sustentables en la realidad agrícola, respetando las interacciones que se dan entre los diversos factores participantes de los agroecosistemas, incluyendo a los elementos relativos

¹ XI Jornadas sobre Comercio Justo y Consumo Responsable 'Soberanía Alimentaria, feminismo y consumo crítico', organizadas por la Xarxa de Consum Solidari y la Marcha Mundial de las Mujeres. Barcelona, 26 y 27 de abril 2013. <http://vimeo.com/user6676504/videos>

a las condiciones sociales de producción y distribución de alimentos. Su vocación es el análisis de todo tipo de procesos agrarios en un sentido amplio, donde los ciclos minerales, las transformaciones de la energía, los procesos biológicos y las relaciones socioeconómicas son investigadas y analizadas como un todo. De esta definición podemos extrapolar que la agroecología propone una agricultura ligada al medioambiente y socialmente sensible. A diferencia de la agricultura industrial, la agroecología se centra no sólo en la producción sino también en la sostenibilidad ecológica y social del sistema de producción. Eso significa que la agroecología está en contra de la explotación de la naturaleza pero también de los seres humanos. En este sentido, sabemos que las mujeres campesinas sufren una triple discriminación; la de vivir en el entorno rural, trabajar en el entorno rural y ser mujeres. Por tanto, el ecofeminismo cobra importancia como herramienta para luchar contra las discriminaciones que se dan en los sistemas productivos actuales y reconoce el papel invisibilizado de las mujeres del entorno rural.

Actualmente existen diferentes experiencias agroecológicas que están atravesadas por el ecofeminismo pese que en algunos casos no se reconozca explícitamente. Es el caso de la Plataforma por la Recuperación de los Espacios Agrarios y Naturales del Delta del Llobregat 'Delta Viu' en Cataluña. Esta experiencia fue presentada en las jornadas por Mónica Vargas, productora y activista de la Plataforma Delta Viu.

La plataforma tiene sus orígenes en la Plataforma Aturem Eurovegas - Salvem el Delta del Llobregat que se creó para frenar la construcción del macrocomplejo recreativo Eurovegas. Gracias a la reactivación de actividades económicas agrícolas en el Delta y a la movilización popular que se generó contra este proyecto de casinos y golfs, se rechazó la construcción del Eurovegas en esta zona y está previsto que se construya en Alcorcón (Madrid). Actualmente, la zona del Parque agrario del Baix Llobregat forma parte de la zona periurbana de Barcelona que acoge a diversas personas productoras que abastecen a cooperativas de consumo ecológicas, mercados, etc., de la ciudad condal.

La Plataforma es una red heterogénea de personas que incluye a ecologistas, campesinos/as, consumidores/as, cooperativas de consumo responsable, etc. En este espacio no se ha planteado ni discutido el tema del ecofeminismo pero su relevancia es de vital importancia porque plantea la ética del cuidado, el cuidado del territorio, de la tierra, de las plantas... Es importante tener en cuenta que ésta es una relación recíproca, ya que hay una retribución

importante de la naturaleza cuando consideras los ciclos y los procesos de producción agrícolas con prácticas respetuosas con el medio ambiente. Por eso, la Plataforma aboga por la construcción de un nuevo campesinado que se base en los principios de la Soberanía Alimentaria, que incluye la defensa de la tierra pero también la defensa social, un modelo dónde el papel de la mujer es imprescindible. No obstante, en la mayoría de explotaciones agrícolas del Estado Español las campesinas no están reconocidas como trabajadoras. Así, la mujer campesina está integrada en el mundo agrícola pero continúa sufriendo discriminación por el mero hecho de ser mujer. Un ejemplo claro está en las reuniones de campesinos/as de la Plataforma, dónde la participación de mujeres es mínima en comparación a los hombres. Así pues, aún queda mucho camino por recorrer.

La Plataforma pretende en el futuro recuperar el máximo de tierras para un uso agrícola sostenible y de paso, blindar ese territorio a futuras agresiones urbanísticas como el outlet que se va a construir en Viladecans en los próximos tres años. Por esa razón, se está exigiendo a las administraciones que promuevan el uso agrícola de las tierras del Parque Agrario mediante la actuación en la propiedad privada, para recuperar tierras que no se están trabajando o que se quieren vender para usos urbanísticos. Desde la Plataforma se reivindica el uso social de las tierras y, si no hay respuesta de las autoridades, no se descarta tomar las tierras abandonadas, una estrategia que se ha utilizado en otras tierras como las andaluzas y que recupera en la práctica el lema tan esperanzador de “la tierra para quien la trabaja”.

La necesidad de la unión entre mujeres en la lucha por la Soberanía Alimentaria

La creación de nuevos espacios dentro de los movimientos relacionados con la agroecología y la Soberanía Alimentaria es imprescindible para cambiar las relaciones entre las personas que participan. Una meta importante es eliminar las discriminaciones por cuestiones de sexo; que las mujeres del entorno rural sean tratadas como iguales por sus compañeros. Para ello, la generación de espacios que permitan el empoderamiento de las mujeres es indispensable para que el cambio se produzca en las propias campesinas y repercuta en su entorno inmediato. En este sentido, las reflexiones de Arantza Arrién, productora feminista perteneciente al sindicato EHNE, nos brindaron la oportunidad de conocer iniciativas muy interesantes que se están llevando a cabo en Euskal Herria. Es importante puntualizar que EHNE es uno de los

sindicatos más activos en el Estado Español en su contribución a la lucha por la Soberanía Alimentaria.

En Euskal Herria está surgiendo un movimiento de campesinos y campesinas que está apostando por un cambio de modelo agroalimentario. Dentro de ese movimiento, las campesinas han creado un espacio propio que ellas mismas han tomado y construido para avanzar en ese cambio de modelo. Arantza explicó cómo hace un año que han empezado a trabajar con la metodología campesina-campesina inspirándose en el modelo cubano campesino-campesino. Dicha metodología ha permitido que el movimiento campesino cubano avance hacia la Soberanía Alimentaria. En pocos años se ha conseguido que más del 80% del campesinado esté participando en el movimiento agroecológico, hecho que ha tenido una incidencia directa en la situación de las mujeres campesinas cubanas. Pese a que la sociedad cubana es machista como la española, la metodología propuesta trata de superar este obstáculo permitiendo a todo el mundo tener un lugar en la producción y poniendo en valor el conocimiento campesino y su transmisión para poder generar un cambio de modelo.

Actualmente las investigaciones relacionadas con el sector agrícola se suelen realizar alejadas del campo y las políticas que regulan al sector se deciden en las altas esferas sin consultar a los y las campesinas. En todo caso, tal y como comentaba Arantza, de vez en cuando se pide la colaboración de los y las campesinas en las investigaciones de campo pero luego, lejos de reconocer el papel y conocimiento de las personas que trabajan la tierra, se les venden los resultados como si de una empresa se tratara. En este sentido, la metodología campesina-campesina pone en valor los conocimientos y experiencias campesinas. Según Arantza, pese a que el lenguaje de las campesinas sea diferente al de la ciencia establecida, ellas se consideran investigadoras activas y quieren ser escuchadas. Por tanto, se trata de establecer una comunicación entre diferentes personas y sectores que permita dar soluciones a las problemáticas con las que se encuentra el campesinado, situando en el centro de la investigación a quien está produciendo alimentos. Con este objetivo, los encuentros que realizan este grupo de campesinas se basan en compartir las problemáticas y solventarlas colectivamente para que sean asumibles, sobre todo a nivel económico. Tal y como expresaba Arantza, las "soluciones tienen que pasar por usar más la cabeza y menos el bolsillo" porque no todas disponen de recursos económicos. Así pues, en los encuentros se identifican prácticas agroecológicas y se coge el compromiso, de 8 de marzo a 8 de marzo, de aplicarlas en cada casa y difundirlas a otras

personas. Estas prácticas son diversas, desde saber cómo utilizar recursos naturales hasta crear una etiqueta que desglose el precio del producto para que la persona consumidora pueda entenderlo.

La importancia de esta metodología radica en ir cambiando el modelo desde los cimientos poco a poco, empezando despacio y en pequeño, una estrategia muy ligada a las mujeres, así como limitar la introducción de tecnologías y no intentar hacer ocho cosas a la vez. Además, pretende conseguir resultados rápidos y para ello las metas que se plantean son cortas para poder avanzar despacio pero con pie firme. Asimismo, una de las características más importantes de esta metodología es su efecto multiplicador que permita ampliar la red de campesinos y campesinas implicadas en el cambio del actual sistema agroalimentario.

Una iniciativa muy interesante de esta unión de campesinas conformada recientemente es promover la creación de grupos de producción de mujeres. Los espacios no mixtos son necesarios y fomentan la autoestima y el empoderamiento de las mujeres que se encuentran en un entorno agrario masculinizado. Arantza comentaba como muchas mujeres dependen de los hombres para trabajar en algunas tareas agrícolas. Un claro ejemplo es el uso de maquinaria agrícola por ejemplo en la huerta, ya que el modelo agrícola intensivo tiene muy definidos los roles según las tareas y la utilización de maquinaria suele estar en manos de los hombres. En este contexto, la creación de grupos de mujeres que asuman todas las labores agrícolas y además generen un modelo diferente al establecido es el motor de cambio necesario de los sistemas productivos locales.

Una experiencia esperanzadora que compartió Arantza en las jornadas fue la de un grupo de mujeres productoras de Karrantza, una zona ganadera dónde el sector lácteo está en una situación grave porque ha entrado en un modelo intensivo que está implicando pérdidas importantes desde hace años. En esta zona se creó, hace más de un año, un grupo de mujeres ganaderas para abastecer a un grupo de consumo. La iniciativa está siendo muy positiva y en el tiempo que llevan trabajando en su pequeña explotación han conseguido rentabilizarla y obtener beneficios para mejorarla. Según Arantza, este grupo está empezando a ser el motor del cambio del sistema productivo en el valle. Cuando los ganaderos de la zona que tienen más de 100 vacas en ordeño malviven de las subvenciones, tienen deudas y ven que unas pocas mujeres sin recursos económicos están sacando adelante una pequeña explotación, se produce un efecto multiplicador que nos da esperanzas a un cambio de modelo en un futuro próximo.

Juntas hacia la Soberanía Alimentaria: obstáculos y propuestas de las mujeres productoras del sector agrario

Las voces de las mujeres campesinas han de ser escuchadas si partimos del objetivo de generar un modelo agroalimentario distinto al que existe actualmente. Sobre todo si tenemos en cuenta que el modelo al que aspiramos está fuertemente ligado a prácticas que han sido mantenidas por las mujeres. Este hecho es consecuencia de que las mujeres han sido apartadas del sistema agroalimentario industrial y la intensificación de la agricultura llevada a cabo en el Estado Español en las últimas décadas. Por tanto, escuchar las voces de las campesinas nos permitirá, no sólo incluirlas en la construcción de este nuevo modelo, sino reconocer su papel como campesinas que realizan prácticas ligadas a la Soberanía Alimentaria.

Tal y como se comentaba anteriormente, en las investigaciones que se llevan a cabo en el sector agrario las opiniones de las mujeres campesinas suelen ser ignoradas o utilizadas para beneficios propios sin que éstos repercutan positivamente en la vida de las propias campesinas. Es importante pues, fomentar la investigación dentro del sector agrario con una perspectiva más humana y menos productivista. En este sentido, en las jornadas se presentaron dos investigaciones realizadas con perspectiva feminista y desde la Soberanía Alimentaria basadas en las entrevistas a mujeres campesinas que desarrollan proyectos económicos a pequeña escala en el entorno rural.

La primera investigación llevada a cabo por Leticia Urretabizkia analiza la situación de las mujeres del sector agrario vasco, las mujeres baserritarras, centrándose en la lucha política que están desarrollando para mejorar su situación y cómo ven el futuro, desde su propia voz como protagonistas. Esta investigación está incluida en la publicación *Las mujeres baserritarras: análisis y perspectivas de futuro desde la Soberanía Alimentaria* financiada por Emakunde (Instituto Vasco de la Mujer). La segunda investigación, *Soberanía alimentaria, transformación artesanal y equidad de género* realizada por Rosa Binimelis, Verónica Eскурriol Martínez y Marta G. Rivera-Ferré, se centra en la situación de las mujeres que se dedican a la transformación de productos alimentarios a pequeña escala y ha sido realizada con el apoyo de Mundubat. El estudio está basado en las entrevistas a mujeres artesanas alimentarias de 5 comunidades autónomas y pone sobre la mesa los obstáculos a los que se enfrentan y las estrategias que desarrollan para poder realizar sus proyectos.

Con el ánimo de visibilizar la situación en la que se encuentran las mujeres productoras rurales desde una perspectiva feminista, se realizó una reflexión

conjunta de ambas investigaciones tratando de agrupar en distintos niveles los obstáculos a los que se enfrentan y las estrategias que desarrollan, desde el nivel más general al más personal. No obstante, es importante tener en cuenta que estas reflexiones generales son sólo un reflejo de la diversidad de situaciones que viven las mujeres campesinas en su cotidianidad.

El sector agrario

Empezando por el nivel más general, el sector agrario, hay que tener en cuenta que el sector está en crisis desde hace años y por eso surge la propuesta de Soberanía Alimentaria a nivel internacional. Actualmente se habla de una crisis mundial alimentaria cuando paradójicamente las personas productoras de alimentos, mayoritariamente mujeres, son las más perjudicadas. No obstante, la crisis del sector agrario se tiende a analizar desde un discurso neutro que da a entender que la situación de los hombres y mujeres es la misma. Además, en la medida en que el sector agrario está en crisis, se puede caer en priorizar las demandas sectoriales para mejorar el propio sector dejando de lado las demandas propias de las mujeres para estar en condiciones de igualdad con los hombres dentro del sector. Para ejemplificar esta dinámica podríamos decir que si el sector lácteo está en crisis, desde el propio sector se piden ayudas a la producción por ejemplo y se prioriza esta demanda a través de sindicatos u organizaciones agrarias sin tener en cuenta la situación de las mujeres dentro del sector lechero. Es imprescindible romper con esta dinámica escuchando las voces de las mujeres para que el sector realmente mejore y avance.

Por otro lado, el sector agrario ha estado y está masculinizado. En el imaginario social los hombres son los que trabajan y las mujeres son consideradas 'ayuda familiar', sin que sea reconocido el trabajo que realizan y su aportación a la economía campesina. Tal como comentaba una de las mujeres entrevistadas, *"al hombre se le valora porque es la figura visible. Es él el que está en el tractor, mientras la mujer hace todo lo demás"*. En este sentido, el fomento mediante ayudas públicas a la intensificación del sector agrario para que deje de ser campesino y sea un sector basado en los insumos químicos y las grandes maquinarias ha tenido graves consecuencias para las mujeres. La complejización que supone cambiar una economía campesina a la de una gran empresa muchas veces sobrecarga a las mujeres, ya que son las que suelen realizar esos trabajos invisibles como la gestión o el papeleo, mientras que los hombres se encargan del trabajo más físico y visible. Además, las mujeres han sido alejadas del sector agrícola; los hombres han

sido generalmente los titulares de las explotaciones, los que han podido acceder a ayudas, etc. Este contexto ha propiciado que, en muchas ocasiones, hayan sido las mujeres las que han continuado con esas prácticas que realizaban antes de la intensificación agrícola, esos conocimientos más acordes con la Soberanía Alimentaria. Tal y como una de las entrevistadas comentaba, *“hay una vinculación histórica de las mujeres en este tipo de producciones más diversificadas, más de pequeña escala y más orientadas a esta venta directa, a mercados locales”*. No obstante, es importante apostar por la Soberanía Alimentaria para poder cambiar el modelo teniendo en cuenta el papel protagonista de las mujeres sin que eso suponga responsabilizarlas más. Al contrario, es necesario visibilizar todos los trabajos, productivos y reproductivos, y que se repartan en igualdad de condiciones entre hombres y mujeres.

Las políticas públicas

En un segundo nivel nos encontramos con los obstáculos relacionados con las políticas públicas. Tal y como comentaba Arantza Arrién, ‘las políticas han generado la ignorancia de la sociedad en la producción’, ya que se ha fomentado la agricultura intensiva a gran escala alejando a las personas consumidoras y productoras. Una de las herramientas utilizadas por la administración para fomentar una agricultura productivista encarada a las necesidades del mercado han sido las subvenciones a las explotaciones que asuman ese modelo a gran escala. Precisamente, uno de los obstáculos con los que se encuentran las mujeres rurales son las subvenciones. Por un lado, promueven un modelo que está alejado de la práctica tradicional de las mujeres fomentando proyectos a gran escala y las pequeñas explotaciones, dónde suelen estar vinculadas las mujeres, acostumbran a quedar fuera. Por otro, se añade la problemática de que hay muchas mujeres que no están reconocidas como trabajadoras agrícolas y por tanto, no tienen acceso a esas subvenciones. No obstante, algunas de las mujeres entrevistadas manifestaban directamente que no quieren vivir de la ‘caridad del gobierno’, quieren que su trabajo sea reconocido como cualquier otro y no tener que depender de subvenciones que frecuentemente llegan con retraso y que sirven, en muchos casos, para mantener explotaciones que no se están trabajando. Quizás, lo más interesante, sería que las subvenciones sirviesen para empezar proyectos nuevos y facilitar la incorporación de las personas al sector agrícola. Tal y como comentaba otra de las mujeres, *“en definitiva, orientar el apoyo institucional a la pequeña agricultura y a fin de cuentas, a la Sociedad”*.

Otro de los obstáculos con el que se enfrentan las mujeres que viven y trabajan en el entorno rural es el reconocimiento de su trabajo en las explotaciones. Debido al coste que supone pagar la seguridad social y darse de alta como trabajadora autónoma, en muchas explotaciones es el hombre de la finca el que asume ese coste y la mujer pasa a ser considerada 'ayuda familiar' y a no ser reconocida laboralmente. Una de las mujeres entrevistadas criticaba esa situación alegando que, "como en todas las explotaciones, la familia ayuda sin salario ni contrato." Hay que tener en cuenta que tradicionalmente la herencia de la tierra y la titularidad de las explotaciones han sido masculinas. Por tanto, si en una pareja que trabaja en una explotación agrícola sólo se puede pagar un sueldo de autónomo, como el titular suele ser el hombre, quien se da de alta en la seguridad social es él y la mujer queda invisibilizada. Esta situación ha provocado que mujeres que habían trabajado toda la vida en la misma explotación junto a sus maridos, se quedasen sin nada en caso de separación, por ejemplo.

En este contexto, se aprobó el año pasado la ley de titularidad compartida, una ley que es fruto de las luchas y reivindicaciones de las mujeres rurales y que permite compartir la titularidad de una explotación a dos personas relacionadas, lo que significa que ambas personas comparten los beneficios de la explotación y el trabajo que ejerce la mujer está reconocido. No obstante, la aplicación de esta ley está siendo simbólica, ya que no se está haciendo una campaña que difunda suficientemente la información en el sector agrario. Además, el coste de su aplicación depende de las comunidades autónomas y en la actual situación de crisis económica es complicado que se realicen inversiones a este nivel. Otra crítica que se suma a esta ley es que es voluntaria y como consecuencia, las mujeres que se encuentren en una situación vulnerable no van a poder optar a ser cotitulares porque el cónyuge es el que tiene que acceder a compartir los derechos y beneficios de la explotación.

Otro obstáculo relacionado con las políticas públicas son las normativas de seguridad alimentaria. Dichas normativas se desarrollaron a raíz de la producción industrial de alimentos y los problemas que ha comportado en las últimas décadas, como la contaminación por aceite de colza o las vacas locas. Esta regulación pretende garantizar que la persona consumidora adquiera productos alimentarios seguros mediante controles que aseguren la trazabilidad e inocuidad del producto para su consumo. Las normativas se desarrollan a nivel europeo y cada país miembro las aplica según su contexto concreto. A su vez, a nivel del Estado Español, cada comunidad autónoma desarrolla su propia regulación adaptada a los sectores que existen. Pues bien, las normativas son bastante genéricas a nivel europeo pero cuando

llegan a las comunidades autónomas los requisitos para la producción y transformación alimentaria son más estrictos. Se añade la complicación de que los requisitos pueden ser diferentes según la comunidad autónoma. Es decir, proyectos similares pueden ser evaluados de forma diferente si vives en Cataluña o en Andalucía. Por poner un ejemplo, una empresa de transformación artesanal en Andalucía puede tener un máximo de diez trabajadores en la empresa, ya que se considera que una empresa artesanal es una empresa de tamaño familiar. No obstante, en Castilla y León no se especifica el número concreto de personas que pueden trabajar en una empresa de este tipo, aunque se matiza que la mitad del personal debe ser artesano. Esto significa que una empresa de 100 trabajadores es equiparable, en cuanto a requisitos, a empresas de menos de 10 personas. El resultado es que los productos de ambas empresas serán considerados artesanos por igual, cuando el significado de 'artesanal' está relacionado con un producto hecho a pequeña escala y de forma manual. Esta deformación del concepto de artesanal ha provocado la crítica de mujeres artesanas que opinan que se las utiliza como propaganda folclórica para vender productos industriales y por tanto, se sienten más vinculadas con términos como 'productos campesinos' en vez de 'productos artesanales'.

Por otro lado, las normativas de seguridad alimentaria están diseñadas para proyectos a gran escala, lo que implica que pequeñas explotaciones no puedan hacer frente a los costes que implican los requisitos necesarios para conformarse como empresa alimentaria. Este obstáculo provoca que, voluntaria o involuntariamente, algunas mujeres artesanas alimentarias se mantengan en la ilegalidad o alegalidad vendiendo sus productos directamente a las personas consumidoras sin los registros de sanidad que se exigen por ley. Los costes y burocracia que implican estas normativas generan el rechazo de mujeres que se dedican a proyectos a pequeña escala, como una mujer que comentaba que *"no hay una política de apoyo real a la actividad agrícola. Al contrario, yo creo que la desmantela"*. Así pues, tal y como expresaba otra de las mujeres entrevistadas, *"lo que estamos pidiendo es que haya una normativa adaptada a las pequeñas explotaciones y a la transformación a pequeña escala"*. En muchos casos, las mujeres consultadas no se niegan a que haya un control mínimo de sanidad en la producción. De hecho, son las primeras interesadas en hacer las cosas bien, ya que distribuyen sus productos entre personas cercanas mediante la venta directa. No obstante, opinan que las regulaciones no tendrían que poner tantos obstáculos a las personas que deciden dedicarse a esta profesión, ya que cuanto más estricta es la normativa, menos personas deciden emprender este tipo de

actividades. En países cercanos como Francia, por ejemplo, hay un apoyo de la administración a la producción a pequeña escala y la regulación es más laxa permitiendo prácticas como vender leche cruda en una explotación, cosa que aquí es impensable con las normativas vigentes. Es importante tener en cuenta que la riqueza cultural e histórica de los productos artesanos se perderá si no se fomenta.

No obstante y pese a las dificultades, las personas que se dedican a esta actividad en el Estado Español desarrollan estrategias para poder hacer frente a estos obstáculos. Uno de ellos son las infraestructuras necesarias para que un proyecto de transformación se pueda llevar a cabo legalmente y que muchas veces son complicadas de costear con un proyecto a pequeña escala. Un buen ejemplo es la máquina de autoclave que se utiliza para esterilizar los botes de conservas. Independientemente de que produzcas 100, 1.000 o 10.000 botes de mermelada, por normativa no puedes esterilizar los recipientes al baño maría como tradicionalmente se hacía, la esterilización se tiene que llevar a cabo mediante un autoclave. En algunas regiones, viendo la dificultad de poder costear esta maquinaria, se ha optado por costearla colectivamente y utilizarla entre varias personas que hacen conservas a pequeña escala. En este sentido, son muy interesantes las experiencias que se están dando en determinadas zonas dónde se costean y utilizan colectivamente este tipo de infraestructuras, desde una envasadora a un matadero o un obrador.

Los sindicatos agrarios

El tercer nivel que afecta a las mujeres del sector agrario es el sindicato como órgano que facilita el contacto de las personas productoras con la administración y otros sectores sociales. Es importante puntualizar que los sindicatos son diversos y su rol a nivel local es diferente según la zona dónde están situados. Es decir, no es lo mismo COAG de Madrid que COAG de Andalucía pese a que puedan partir de una política común. Por tanto, las reflexiones que se hacen a continuación no se pueden extender a todos los sindicatos por igual. No obstante, varias de las campesinas que participaron en la investigación criticaban que la mayoría de los sindicatos no apoyan de la misma manera a los proyectos a pequeña escala, dónde suelen estar más vinculadas las mujeres, en comparación a aquellos que entran dentro de una lógica más industrial y a gran escala. Según una de las campesinas, el modelo a pequeña escala *"es un modelo que ha estado en manos de mujeres y creo que eso tiene que ver bastante con el tema de que esté desvalorizado y no se apueste por él por parte de muchas organizaciones"*.

Un factor importante para que se dé esta situación es la carencia de participación de mujeres en los sindicatos. Por un lado, muchas mujeres no están reconocidas laboralmente como trabajadoras agrícolas y por tanto, no pueden participar en el sindicato y sus voces no son escuchadas en estas organizaciones. Por otro lado, el ambiente de los sindicatos suele estar masculinizado y por tanto, se dificulta la participación activa de las mujeres. El hecho de que el sindicato sea tradicionalmente una estructura política masculina ha propiciado que se conforme, en general, como una estructura vertical y ese factor limita de nuevo la presencia y opinión de las mujeres. Es imprescindible la presencia de las mujeres en los sindicatos para poder cambiar esta situación. Tal y como expresaba una de las entrevistadas, *“las mujeres tenemos que estar, los hombres se pueden permitir faltar”*. Por tanto, la inclusión de las mujeres en el sindicato es necesaria, estén o no reconocidas laboralmente, para que puedan aportar su opinión y valorizar las actividades a las que están vinculadas. Es decir, implementar la visión de género en los sindicatos.

El caso de la transformación artesanal es un buen ejemplo porque ha estado tradicionalmente en manos de mujeres y sólo se trabaja esta actividad con perspectiva de género en los sindicatos en los que la presencia y actividad de las mujeres es importante. Es el caso del Sindicato Labrego Galego que tiene una importante participación activa de mujeres en su organización. Muestra de ello es que se creó la Secretaria das Mulleres en el sindicato para abordar las problemáticas a las que se enfrentan las mujeres campesinas y visibilizar aquellos trabajos agrícolas a los que están más vinculadas. En el caso de la artesanía alimentaria, se creó el Grupo de Trabajo de Producto Caseiro que trabaja específicamente la transformación artesanal con criterios de pequeña escala y visión de género. Es imprescindible implementar la visión de género en los sindicatos y, tal como comentaba una de las campesinas, *“sentir como propio lo que le pasa a todo el sector, ya que no representamos sólo a los hombres”*. En el contexto de un cambio de modelo hacia la Soberanía Alimentaria, los sindicatos no van a tener mucho sentido si no integran la visión de género y de la agricultura campesina porque van a continuar formando parte del entramado industrial agroalimentario.

La situación personal de las mujeres

El último nivel sobre el que queríamos reflexionar se refiere a cómo se traduce todo el contexto comentado anteriormente en la situación personal diaria de las mujeres campesinas. El primer obstáculo con el que nos encontramos es

la asunción del rol de subordinación como mujeres. Tal y como comentaba una de las mujeres campesinas, *"yo hago la comida, ropa, limpiar, todo... administración, papeles, el campo, el negocio, todo. ¿Has visto que completa soy? Te he dicho que si el día tuviera más horas, más trabajábamos"*. Esta dificultad la tenemos que afrontar todas las mujeres en cualquier entorno debido al sistema patriarcal en el que vivimos. No obstante, en el caso de las mujeres del sector agrario, en muchas ocasiones son las propias mujeres las que no valoran los trabajos que realizan ni son conscientes del poder que tienen para cambiar su situación. Evidentemente la solución a este problema no se puede dejar únicamente bajo la responsabilidad de las mujeres campesinas dado las dificultades con las que se encuentran en su entorno. Es necesario llevar a cabo procesos de concienciación, tanto en hombres como en mujeres, y de empoderamiento de las mujeres para poder construir un modelo de agricultura campesina desde los diferentes sectores.

Otro obstáculo con el que se suelen encontrar las mujeres es lo que significa funcionar en un mundo de hombres siendo mujer. Tal y como comentaba una mujer, *"a las mujeres nos miden dos veces, una como persona que está trabajando ahí y luego encima, que es mujer, a ver si lo hace bien"*. Esta desconfianza hacia las mujeres en el ámbito, no sólo productivo sino también político, limita y dificulta el trabajo de las mujeres, así como la iniciativa de emprender otras actividades. En este sentido, la unión entre mujeres es un buen punto de partida para empoderarnos juntas y apoyarnos. Esa unión es necesaria no sólo en lo político, sino también en lo productivo. Es necesario crear grupos productores de mujeres, cooperativas de mujeres, etc., como manera de escapar a la lógica familiar heterosexual patriarcal en la cual los hombres, consciente o inconscientemente, acaban asumiendo el trabajo productivo y las mujeres el reproductivo.

Las reflexiones presentadas en este capítulo pretenden dar una pincelada de los obstáculos a los que se enfrentan las mujeres campesinas en el ámbito de la producción, así como las propuestas para poder afrontar y cambiar la situación hacia un modelo vinculado a la Soberanía Alimentaria. Me gustaría añadir que personalmente, participar en esta investigación me ha aportado conocimientos y esperanzas. Juntas podemos plantar semillas de Soberanía Alimentaria feministas que germinen poco a poco con fuerza e ilusión hacia el futuro generando redes y complicidades. Poder compartir con todas estas mujeres sus experiencias me ha permitido comprobar que, pese a la

multitud de obstáculos con los que se enfrentan cotidianamente, la ilusión y el optimismo por hacer algo que te gusta y en lo que crees es más fuerte que las dificultades que encuentras por el camino. Me gustaría finalizar con una cita de una de las mujeres entrevistadas que refleja esperanza hacia el futuro: *“Como siempre hemos estado fuera del sistema, éste que se ha apoyado, sabemos hacer las cosas de otra manera. Nosotras mismas le estamos dando la vuelta”*.

Contacto: vescurriol@yahoo.es

Descarga gratuita de las investigaciones:

- *Soberanía alimentaria, transformación artesanal y equidad de género*

<http://derechoshumanosdelcampesinado.org/es/descargas-berri.html>

- *Las mujeres baserritarras: análisis y perspectivas de futuro desde la Soberanía Alimentaria*

<http://www.observatori.org/documents/Mujeres%20Baserritarras.pdf>

EXPERIENCIAS PRÁCTICAS RICAS Y DIVERSAS DESDE EL CONSUMO. INTRODUCIENDO LA MIRADA FEMINISTA

Leticia Urretabizkaia Gil

En principio, el *consumo* no lleva implícito necesariamente el intercambio monetario¹. No obstante, hoy día nos es difícil imaginar una forma de consumo que no sea el *consumismo capitalista* que conocemos, basado en el individualismo, la despersonalización, la desinformación, la desmotivación y la falta de crítica y criterio necesarios, para que este modelo de consumo sea el centro y el fin mismo de la Sociedad. La propuesta de la Soberanía Alimentaria conjugada con la perspectiva feminista nos incita a recuperar la soberanía sobre nuestros cuerpos, mentes, hogares y territorios, para llevar a cabo los cambios necesarios hacia otro modelo de consumo, que pongan la sostenibilidad de la vida en el centro de la Sociedad. De hecho, se están dando múltiples experiencias hacia este nuevo modelo, que parten de la importancia de la alimentación, aunque soterradas e invisibles para quienes no han abierto la mirada más allá del tipo de consumo habitual. Alimentarse colectivamente cientos de personas al día en una plaza, juntarse en el barrio

1 Según la Real Academia de la lengua: Consumo: "Acción y efecto de consumir" (<http://lema.rae.es/drae/srv/search?key=consumo>). Consumir, en su segunda acepción: "utilizar comestibles u otros bienes para satisfacer necesidades o deseos" (http://lema.rae.es/drae/srv/search?id=7vu7vveWeDXX2qabN7Ex#0_2).

diferentes personas para hacer un huerto en un solar abandonado, o sentarse a la mesa personas representantes de instituciones, escuelas, familias, cocinas y huertas en torno al reto y la oportunidad de los comedores escolares ecológicos, son ejemplos de proyectos alternativos, que se están dando al margen del modo de consumo imperante en el denominado Norte global. Sin embargo, el estudio de todas estas experiencias desde una perspectiva feminista resulta tan poco trabajado como necesario.

Este capítulo pretende acompañar el proceso de tránsito desde el consumo individualista hasta el consumo colectivo, que nos permita comprender las miradas feministas de tres experiencias prácticas ricas y diversas, para a través de las palabras de sus protagonistas, entrever parte del camino recorrido y el camino por recorrer. Para ello, tomo prestadas algunas de las ideas claves presentadas a lo largo de este libro y de las jornadas² que lo han motivado, con la intención de unir las teorías y las prácticas.

Del consumismo individual al consumo colectivo

Al recibir la invitación a participar en estas jornadas, como investigadoras y activistas relacionadas con la Soberanía Alimentaria y los feminismos, Verónica Escurriol y yo consideramos interesante recoger algunas de las trampas que nos encontramos en el camino hacia un nuevo modelo de consumo, así como las reflexiones que podemos plantearnos para sortearlas, sin ánimo de simplificar la compleja situación en la que nos encontremos cada cual.

Las trampas de las grandes superficies y la publicidad: ¿Quién está decidiendo nuestra alimentación?

Hoy en día tendemos a desplazarnos a las grandes superficies para llevar a cabo nuestras compras alimentarias. Debe ser que es más cómodo, más rápido y más económico ir en coche a un supermercado (a pesar del gasto en tiempo, combustible y dinero), perdernos en sus interminables hileras a la búsqueda y captura del producto deseado, y tener que esperar para poder pagar en las infinitas cajas de cobro, gran parte desiertas. Será que nos sentimos bien en ese ambiente despersonalizado y confuso de las

2 XI Jornadas sobre Comercio Justo y Consumo Responsable 'Soberanía Alimentaria, feminismo y consumo crítico', organizadas por la Xarxa de Consum Solidari y la Marcha Mundial de las Mujeres. Barcelona, 26 y 27 de abril de 2013. <http://vimeo.com/user6676504/videos>

grandes superficies; la gran cantidad de estímulos que allí encontramos, nos embriagan demasiado como para prestar atención a los juegos del marketing en la distribución del espacio, (que hace que acabemos comprando por encima de nuestras necesidades), y en la gran variedad de formatos (para llegar a los distintos perfiles de personas consumidoras), que confundimos con una gran variedad de productos. También puede ser que nos satisfagan los productos que allí compramos; esa estética perfecta y homogénea de los productos perecederos, (aunque esconda una baja calidad y una alta composición química), y esos productos elaborados y sobre- envasados, (cuyas etiquetas no debidamente identificadas esconden gran cantidad de ingredientes de origen y procedencia desconocidas). ¿No será también que las grandes empresas han conseguido que nos desplazemos hasta ellas de manera automática y rutinaria, gracias a las cantidades ingentes que invierten en marketing y publicidad?

La finalidad de la publicidad es crear necesidades para poder aumentar la producción necesaria para satisfacerlas, apelando más a aspectos subjetivos y emocionales, que fomentan una compra por impulso, y no la compra racional, comparativa y funcional necesaria (Piñeiro y Ballesteros, 2012). Si bien todas las personas somos personas consumidoras, a las mujeres se nos considera más consumistas, caprichosas e impulsivas, por lo que somos destinatarias de gran parte de las estrategias de publicidad, que a su vez retroalimentan esta creencia infundada. Así, en muchas ocasiones la publicidad se dirige a nosotras como mujeres de casa (responsables principales de la alimentación y los trabajos domésticos), o como objetos de deseo, que hemos de parecernos a aquellos productos alimenticios que compramos, bellos por fuera y repletos de tóxicos por dentro (a merced de los cosméticos y la cirugía plástica, principalmente). Así, la publicidad contribuye en gran medida a la alienación que tenemos con nuestra alimentación y con nuestros cuerpos, que presentan preocupantes similitudes.

Para no contribuir también como personas consumidoras a esta alienación de cuerpos y alimentos como simples mercancías, lo primero que podemos plantearnos es a quien estamos dando el poder de decidir nuestra alimentación. Esta reflexión pasa por plantearnos cómo estamos gestionando nuestras necesidades básicas, si es necesario comprar todo lo que compramos, y en definitiva, disminuir conscientemente el influjo que las grandes empresas y su publicidad ejercen sobre nosotras. En última instancia, se trata de darnos cuenta del poder que tenemos como personas consumidoras y recuperar la soberanía de nuestros hogares.

Las trampas de nuestras prioridades:***¿En función de qué estamos decidiendo nuestra alimentación?***

En las últimas décadas hemos cambiado la relación con nuestra alimentación hasta terminar por abastecernos de una comida rápida, barata y menos saludable. Por un lado, hemos reducido el tiempo dedicado a la adquisición, preparación y disfrute de alimentos, priorizando los alimentos precocinados y la alimentación fuera del hogar. También ha disminuido drásticamente el presupuesto individual y familiar que dedicamos a comprar alimentos, priorizando la tecnología, la ropa y los destinos de viaje de última moda. Incluso hemos cambiado la propia dieta, pasando de la alimentación rica en fibra y carbohidratos a una rica en grasas y azúcares, cuyas verdaderas consecuencias a largo plazo para cuerpos y territorios empezamos a vislumbrar. Podemos decir que a nivel social, hemos olvidado la importancia de la alimentación y de la salud asociada irremediablemente a ella.

Un hito decisivo en este proceso es la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral, que al convertirse en hombres económicos (*homo economicus*), no pueden seguir llevando a cabo en exclusiva los trabajos imprescindibles para el sostenimiento de la vida, que tienen asignadas por el hecho de ser mujeres. Estos trabajos terminan por ser considerados una carga para hombres y mujeres, minusvalorándose a nivel social, familiar y personal, hasta que nos damos de bruces con la denominada crisis de los cuidados, o crisis de las relaciones humanas en la que nos encontramos.

Así, priorizamos entre nuestros gastos aquellos superfluos con respecto a la vida, la salud y los cuidados, siguiendo la corriente a aquella publicidad engañosa que nos crea necesidades nuevas cada temporada, y preferimos ahorrar precisamente en comprar alimentos. Además, confiamos ciegamente en los competitivos precios que nos ofrecen las grandes empresas intermediarias, como si de grandes colosos tiernamente humanos se tratasen, y miramos con desconfianza el encarecimiento de los productos agroecológicos, de personas y proyectos pequeños que quieren vivir dignamente de su trabajo. Por un lado, los precios que pagamos en los supermercados no corresponden con la subida y bajada de los precios de las materias primas, sino a los beneficios de las grandes empresas, que venden barato para nuestros bolsillos porque no están pagando todas aquellas externalidades asociadas al consumo de la alimentación, como los costes sociales, ambientales y laborales. Por otro lado, no son pocos los factores que explican el aumento de precios en el mercado agroecológico, como la falta de

escala que aumenta los costes de distribución y comercialización, o la poca madurez del sector productivo. Pero en cualquier caso, a la hora de comparar precios no podemos olvidar que deberíamos hacerlo desde una perspectiva temporal y de salud y calidad; al fin y al cabo, "¿cómo comparamos el precio del kilo de tomates, por gramos de nutrientes o por miligramos de tóxicos?" (Porro, 2010, p.5).

En este sentido, la reflexión empieza por plantearnos las prioridades que nos mueven a la hora de gestionar nuestro tiempo, dinero, alimentación y salud. Echar la vista atrás a las sanas costumbres de la alimentación local, que en manos de mujeres abastecía sana y nutritivamente a las generaciones pasadas, nos lleva a revalorizar el propio acto de cocinar, así como el producto campesino local y de temporada. Solo así podemos ir recuperando la soberanía sobre nuestros cuerpos y territorios.

Las trampas de las dicotomías: ¿Qué parámetros mentales nos alimentan?

A nivel mental, funcionamos a raíz de separaciones ficticias que dividen nuestro imaginario en dicotomías, como si no existieran lazos de unión entre ellas que hacen que se interfieran mutuamente. Vemos al consumo y la producción como esferas independientes, separadas por la gran cantidad de empresas intermediarias existentes entre ellas, como si nuestras decisiones de compra no pudieran influir en las estrategias de producción y distribución, y viceversa. También vemos como entes aislados el campo y la ciudad, ya que la industrialización y complejización de las sociedades nos ha llevado a asociar el campo con la tradición y el atraso, y la ciudad con la modernidad y el avance, asumiendo que tienen intereses contrapuestos. A nivel global, funcionamos de manera sospechosamente parecida, a través de la dicotomía Norte-Sur, que combina las dos anteriores. Por ejemplo, ante la Soberanía Alimentaria, como propuesta campesina-productora que viene de los campos del Sur global, podemos caer en la tentación de pensar que no nos concierne a las personas consumidoras urbanas del Norte global, mientras nos podemos sentir más identificadas a priori con propuestas como la del decrecimiento, proveniente de las urbes consumidoras del Norte. Ambas son válidas para asumir la responsabilidad de nuestros estilos de vida y consumo, y en definitiva, ir reduciendo nuestra demanda sobre los recursos del campo y del sur. Por lo tanto, no caer en las dicotomías supone reconocer los caminos complementarios con objetivos comunes que nos plantean este tipo de propuestas.

Si empezamos a recuperar nuestra soberanía como personas consumidoras, y a saber más sobre aquello que comemos, (tanto por el bien de nuestro territorio primario, como es nuestro cuerpo, como por el bien de territorios cercanos y lejanos), no nos queda más remedio que atajar esos opacos laberintos de grandes compañías intermediarias. Para ello, empezamos a reconstruir esos puentes entre personas consumidoras y productoras que nos proporcionen la transparencia necesaria para poder elegir, y el poder de negociación necesario para poder decidir. Si además venimos de entornos urbanos, tendremos que hacer un esfuerzo importante por salir del centralismo de las ciudades que nos imposibilita conocer alternativas, discursos, reflexiones y modos de vida que no provengan de nuestro ombligo urbano. Es fundamental intercambiar opiniones y retroalimentar los discursos rurales y urbanos, sobre todo en lo que a Soberanía Alimentaria se refiere, para ver cómo podemos participar en este proceso, con el mismo compromiso que las personas y colectivos del mundo rural.

En todo esto, hablamos de personas porque somos inclusivas, pero no podemos obviar el papel histórico de las mujeres con la alimentación de los hogares y la comunidad, que les hace tener un papel protagonista, no sólo en las prácticas afines a la Soberanía Alimentaria, como consumidoras y productoras, sino también en la lucha por defenderla. Cada vez son más las investigaciones que muestran los grandes componentes reivindicativos y discursivos que atesoran las mujeres del entorno agrario, especialmente invisibilizadas por este sistema. En este sentido, la unión campo-ciudad también adquiere un componente fundamental, en lo que a mujeres y feminismos se refiere.

En esta ocasión, solo nos hemos podido centrar en algunas de las dicotomías, que combinadas son la base de las desigualdades, sin las cuales este sistema no se sostendría. Pero es necesario llevar a cabo una reflexión profunda a nivel intelectual y práctico, individual y colectivo, para ver cómo todas ellas nos transversalizan (hombre-mujer, espacio público-espacio privado, producción-reproducción, etc.³). Solo así, podremos recuperar la soberanía, no sólo de nuestros cuerpos, sino también de nuestras mentes; después de todo, considerar cuerpo y mente como entes separados no es más que otra de las dicotomías que divide y enfrenta nuestro imaginario.

3 A lo largo del capítulo nos iremos encontrando con alguna más.

***Las trampas del nuevo modelo de consumo:
¿Podemos cambiar de consumo sin cambiar los roles de género?***

Como hemos ido viendo, cambiar nuestro modelo de consumo implica poner en el centro la idea del cuidado, empezando por nuestros cuerpos, mentes, hogares y territorios, para terminar cuidando a las generaciones futuras, a otras especies y al planeta. Al poner el cuidado en el centro de nuestras vidas, estamos valorando aquellos trabajos minusvalorados asociados al mismo, y a las mujeres como expertas en estas funciones básicas para la vida, por imperativo social. Sin embargo, dada la socialización de las mujeres en torno al cuidado, corremos el riesgo de sobrecargarlas nuevamente a través de este modelo de consumo más implicado. De hecho, al ser habitual identificar en ellas una mayor preocupación por este tipo de consumo basado en los cuidados, también son las destinatarias principales de las campañas de concienciación sobre prácticas centradas en el ámbito doméstico (como el reciclaje o el etiquetado), sobrecargando nuevamente a las mujeres. (Piñeiro y Ballesteros, 2012).

Para no caer en esta sobrecarga adicional, la reflexión pasa por plantearnos el proceso social y no tanto individual que supone el consumo, y por tanto, asumir la responsabilidad social que implica; como ya nos decía una de las célebres máximas de los feminismos: "lo personal es político". Por tanto, se trata de salir del rol individual y familiar de aprovisionamiento de bienes, y buscar soluciones de manera colectiva que permitan una igualdad efectiva de derechos y obligaciones entre hombres y mujeres, también como personas consumidoras. Para que esto sea posible en el nuevo modelo de consumo, no basta con la organización colectiva si no se tiene muy presente la reflexión y modificación de los roles de género existentes. Solo así podremos hablar de un verdadero consumo consciente del patriarcado que nos atraviesa; crítico con las relaciones desiguales entre hombres y mujeres; responsable con la situación de desigualdad y con el reparto equitativo de los trabajos reproductivos; sostenible, no solo con la vida natural sino también con la humana; alternativo, proponiendo otras maneras de solucionar colectivamente la situación en la que nos encontramos; y a fin de cuentas verdaderamente transformador con el sistema establecido.

Sin embargo, todavía cuesta introducir esta mirada feminista en los proyectos afines a este nuevo modelo de consumo. Tal vez porque al estar en entornos alternativos al sistema, damos por sentado que estas reflexiones están superadas por ciencia infusa, o quizá porque no sabemos bien por dónde

empezar. Las experiencias en las que profundizaremos a continuación nos pueden ayudar en ambos sentidos.

Conocer alternativas y sumarnos

Cuando hablamos de experiencias prácticas desde el consumo en torno a la Soberanía Alimentaria, lo primero que nos viene a la cabeza son los popularizados y cada vez más extendidos grupos y cooperativas de consumo. No obstante, es importante visibilizar el amplio abanico de experiencias que se están dando al respecto para abrir la mirada hacia los diferentes lugares desde donde podemos actuar como personas consumidoras, ya seamos jóvenes o mayores, locales o migrantes, alumnas o profesoras, cocineras o funcionarias, ricas o pobres. Hagamos una pequeña visita a tres de estas experiencias de la mano de sus protagonistas, para en un segundo momento, ver cómo han llevado a cabo el reto de la introducción de la perspectiva feminista.

La Red de huertos urbanos y comunitarios de Barcelona Xarxa d'Horts Urbans Comunitaris de Barcelona (XHUCB)

Ariadna Pomar nos trasporta a una asamblea donde un gran grupo de personas variopintas comparten recursos, experiencias, inquietudes y dudas sobre los huertos urbanos y comunitarios en los que participan, situados en distintos barrios y localidades del área metropolitana de Barcelona. Aunque el huerto es el hilo conductor de todos ellos, se encuentran en un contexto urbano, inmersos en las dinámicas tanto ecológicas como económicas de la ciudad, por lo que no son espacios productivos, sino más bien procesos de aprendizaje y experimentación acerca del reto de la agricultura urbana. Por ello, a la XHUCB le gusta más referirse a los huertos como espacios de encuentro agroalimentarios que funcionan a través de intercambios espontáneos y abiertos entre personas, en el marco de los comunes. Reivindican por un lado la necesidad de estar en contacto con la naturaleza y la agricultura desde la ciudad, pero también el derecho a la autogestión de espacios públicos colectivos. En los intersticios de la ciudad más formal que está en manos de personas y empresas urbanistas y arquitectas, encuentran espacios vacíos donde actuar como los solares que ocupan, apropiándose de la ciudad y del derecho ciudadano a construirla. De esta forma, crean una ciudad imprevista desde la práctica, mostrando otra forma de hacer ciudad y de relacionarse con las personas y el territorio. Son el ejemplo perfecto de implicación directa de la población local, a través de estos ensayos de autoproducción

y autoconsumo, además de acercar el mensaje y la propuesta política de la Soberanía Alimentaria a las personas consumidoras de las ciudades.

La Mesa de trabajo de alimentación escolar y ecológica de Cataluña Taula de Treball d'Alimentació escolar i ecològica (TTAEE)

Neus Garriga nos transporta por su parte a una gran mesa rodeada de personas y entidades que se juntan desde 2007 para compartir experiencias, dudas y complejidades de los proyectos vinculados a los comedores escolares ecológicos en Cataluña. Dentro de este amplio y diverso grupo podemos encontrar Asociaciones de Madres y Padres, Consejos Comarcales, cooperativas, escuelas de agroecología, empresas sociales, O.N.Gs y asociaciones, entre otras. Para ellas, introducir alimentos ecológicos en las escuelas supone una manera de entender el mundo, en torno a una cocina de proximidad, respetuosa con la tierra y con las futuras generaciones. La agroecología y la Soberanía Alimentaria les dan "esa mirada", que se encargan de llevar a la práctica, a través de cuatro ejes de actuación y el énfasis en las relaciones personales. Así lo muestra el árbol que representa la TTAEE: Sus ramas son los cuatro pilares del proyecto (educación, salud, medio ambiente y desarrollo rural), pero las raíces que lo sustentan son las relaciones personales que se van desarrollando en el proceso. Para ello, utilizan el increíble potencial de los comedores escolares, a nivel educativo, de salud, de medio ambiente y comunitario. La TTAEE es un buen ejemplo de integralidad y diversidad, teniendo en cuenta todos los espacios en los que interviene (comedores, aulas, cocinas, comunidades y campos), y todas las personas que participan (alumnado, profesorado, familias, educadoras de comedor, cocineras, campesinado, administraciones, empresas sociales, etc.).

La Comisión Cocina del 15M

Por último, Cecilia nos transporta con humor y desenfado dos años atrás, a la plaza Catalunya en Barcelona, donde cientos de personas se hacinaban en torno a la revuelta indignada. La Comisión Cocina se formó por una necesidad básica de la acampada del 15M, donde entre quinientas y mil personas que habían dejado sus vidas necesitaban ante todo comer cada día para poder afrontar la gran cantidad de actividades y precariedades que ofrecía la plaza. Desde el principio se constituyó como una comisión de acción directa, gracias a la cual los primeros que comían eran los sin techo, porque consideraban que el objetivo principal de la Comisión Cocina era alimentar. Tiene muy clara la importancia de cocinar de manera individual y familiar, pero sobre todo, de manera colectiva y política, como muestra su grito de batalla: "sin sofrito

no hay revolución". Las mujeres de esta comisión son un ejemplo práctico del tan nombrado empoderamiento, en base a una autopercepción positiva como cocineras, por mucho que la compleja situación actual las condene a la infravaloración. De todo ello profundizaremos a continuación al introducir la perspectiva feminista.

***Introduciendo la mirada feminista:
"Reproducimos desigualdades y producimos alternativas"***

Como resume claramente la frase anterior destacada por Ariadna, aplicar la perspectiva feminista supone reconocer en qué medida se están reproduciendo desigualdades, pero también reconocer la parte positiva de los proyectos, digna de impulsar y afianzar, para que estas desigualdades se pongan encima de la mesa y se trabajen. Lejos de suponer una amenaza, un análisis feminista aporta coherencia y solidez a cualquier proyecto, ayudando a que el enfoque del qué hay que hacer, ceda espacio al análisis del cómo lo estamos haciendo, en contra de la lógica tecnócrata y productivista basada en la inmediatez, (y acorde con los atributos considerados masculinos), también presente en experiencias alternativas. Es por ello que las experiencias presentadas agradecen la oportunidad de invitaciones como las de estas jornadas⁴, para introducir esta mirada, que el día a día no deja priorizar.

Tan diferentes como las experiencias de consumo, se presentan las maneras de introducir la perspectiva feminista, todas ellas válidas y enriquecedoras. Al fin y al cabo, al no existir recetas únicas, no hay más que aplicar el sentido común y empezar desde donde se parte: para situarse, la XHUCB empieza estudiando qué se dice al respecto en los movimientos sociales; la TTAEE empieza por llevar a cabo un análisis disgregado por sexos de los diferentes espacios en los que opera, así como las explicaciones que encuentra al respecto; y la Comisión Cocina compara ese autoconcepto positivo como cocineras que comentábamos, con lo que reciben del resto de la plaza. En ellas profundizamos a continuación, con ánimo de inspirar y facilitar a aquellas iniciativas que quieran introducir esta mirada en sus andaduras.

Aunque la XHUCB no se siente un movimiento social en sí mismo, sino más bien una Sociedad en Movimiento, empieza por observar qué dice la lectura

⁴ Las tres reflexiones feministas que compartimos a continuación se han llevado a cabo a raíz de la invitación de estas jornadas y de las jornadas internacionales: *Por una vida vivible en un mundo limitado. Resistencias y sinergias feministas, ecofeministas y ecologistas*, celebradas el 26 y 27 de octubre de 2012 en Barcelona: <http://perunavidavivible.wordpress.com>

feminista de los movimientos sociales. Ésta nos ayuda a ver que las mujeres llevamos una doble militancia y por tanto, una doble carga: luchamos por ser reconocidas en los espacios políticos como mujeres en igualdad de derechos que los compañeros de lucha, y la vez nos implicamos en la misma militancia que ellos. Además, llevamos otra carga más, que dificulta nuestra participación, la de los trabajos de cuidados que acarreamos por ser mujeres. En estos espacios políticos tendemos a participar donde estamos acostumbradas, en esa arena más informal de trabajos poco valorados e invisibilizados, perpetuando la invisibilidad de nuestra participación política. Por último, se reconoce como una oportunidad que las mujeres participemos, porque al estar triplemente presentes en el ámbito laboral, doméstico y comunitario, tenemos una visión más amplia de la Sociedad.

Una vez planteado este enfoque general de dónde partir, la XHUCB reconoce que reproduce las desigualdades propias del sistema patriarcal, alimentadas tanto por los hombres como por las mujeres, cada cual desde su condición diferenciada. Podemos decir que en los huertos urbanos y comunitarios también se reproduce la división sexual del trabajo en la manera de tomar las decisiones y en lo práctico. Los hombres tienden a asumir los trabajos más propiamente físicos, como los de pico y pala o construcción, y necesitan dar su opinión para que las decisiones más técnicas sean tomadas; las mujeres necesitan la aprobación de los hombres para tomar este tipo de decisiones, y tienden a asumir esos trabajos que Ariadna define "*de hormiguita*" como la comunicación, la documentación, el desherbado o el cuidado de las tomateras, contribuyendo a la invisibilización de los trabajos llevados a cabo por las mujeres. Consideran que esta invisibilización se alimenta con el lenguaje masculino utilizado en general, ya que cuando alguien de la XHUCB habla en femenino hay hombres que se molestan porque no se sienten incluidos, sin aceptar que como personas, podemos hablar siempre en femenino. También reconocen dosis de paternalismo en la relación de los hombres con las mujeres cuando deciden por su bien o les ayudan sin que éstas lo hayan pedido. Y finalmente, al plantearse las estrategias de que disponen para afrontar los micromachismos que se dan en la cotidianidad de los huertos, ven cómo en algunos se han podido visibilizar estas situaciones, mientras en otros se tapan, por lo que reconocen el camino que queda por recorrer.

Sin embargo, los huertos urbanos y comunitarios suponen un escape de la lógica dominante. Se basan en la micropolítica, más de valores y no tanto de ideologías, donde las mujeres se desenvuelven cómodamente. Son horizontales, cotidianos, familiares y compatibles con los trabajos de cuidados,

en base a una organización orgánica, que permite que cada cual se relacione con el espacio como mejor pueda y quiera. Por todo ello, son espacios con gran presencia de mujeres que se encargan de multiplicar el efecto de su participación en la gente de su entorno; consideran que esto ocurre por ese rol de socialización que tenemos, por la necesidad de aprobación de nuestro entorno y de compartir aquello que nos resulta placentero. Además, son espacios de empoderamiento donde se aprende a nivel técnico y productivo, pero también a organizarse en asamblea, a relacionarse y a hablar en público.

Por su parte, la TTAEE ha llevado a cabo una reflexión profunda de los diferentes espacios en los que opera a través de los diversos ojos que la componen y que conocen bien el sector. Aunque ha sido un proceso *“complicado y complejo”*, están satisfechas por el resultado, que nos aporta interesantes reflexiones sobre la cocina, el comedor, la TTAEE, y sus materiales y cursos. Por el contrario, ha sido imposible traspasar esta mirada feminista a las aulas (debido a resistencias por parte del profesorado), y a los espacios productivos (debido a la falta de tiempo), si bien reconocen su interés en poder avanzar en este sentido.

En primer lugar, consideran que se ha minusvalorado el espacio de la cocina y la figura de la cocinera, no sólo por la instauración de los grandes caterings que invisibilizan dicho trabajo y deslocalizan dicho espacio, sino también porque el prestigio social en torno a la misma está marcado de manera diferenciada por sexos. Hasta hace relativamente poco tiempo la cocina era un espacio único y exclusivo de las mujeres. Esto lo apreciamos claramente en el ejemplo de las escuelas, ya que cuando tenían cocina, la figura responsable solía ser la cocinera, y las criaturas valoraban la figura de *la cocinera*. Sin embargo, a medida que hemos dejado de cocinar en nuestros hogares y escuelas, la cocina ha ido convirtiéndose en un negocio rentable, ha ido adquiriendo valoración económica y social, y los hombres han ido sustituyendo a las mujeres en la restauración profesional. De esta forma, encuentran que hoy en día el reconocimiento público pertenece a los hombres, a quienes asociamos con la técnica, la filigrana, el placer y el ocio en la cocina, mientras asociamos a las mujeres con las tareas, y con la responsabilidad de cubrir las necesidades nutricionales⁵. Esto explica que en los grandes catering, los responsables de

5 Es interesante observar las similitudes que presentan la evolución de la cocina y de la agricultura: Cuando se trata de autoabastecimiento está en manos de mujeres; cuando se da el paso a los grandes mercados pasa a manos de hombres, y la alimentación se liga al uso de la tecnología y los componentes químicos, priorizando su pulcra presentación final, antes que la salud y la nutrición.

cocina (*chef o cap de cuina*) y los directores sean hombres, mientras que las ayudantes de cocina, comerciales y limpiadoras suelen ser mujeres (de más de cuarenta y cinco años para el caso de estas últimas).

También consideran que está minusvalorado el espacio del comedor y la figura de la persona responsable del comedor, ya que los asociamos con el cuidado y la vigilancia, ignorando la relación que tienen con la educación, no solo a nivel alimentario, sino también a otros niveles. Como las mujeres somos quienes solemos vernos obligadas a asumir estos trabajos menos valorados y con peores condiciones, estiman que un 85% del personal del comedor son mujeres, si bien cuando el equipo es joven se puede encontrar más paridad entre hombres y mujeres. Además, destacan el aumento en un 21% del IVA para las empresas que gestionan comedores, alejándolas cada vez más de la satisfacción de una necesidad.

En contra de todas estas tendencias, para la TTAEE los comedores escolares son una necesidad, y por tanto, es necesario revalorizar a las personas y espacios relacionados con ellos: cocinas y cocineras, comedores y educadoras, campos y campesinas. Por ello, se consideran sensibles a poder trabajar y educar a través de la mirada feminista, ya que cuentan con las herramientas y los espacios adecuados. Así lo han hecho en algunos de los materiales educativos que han elaborado, entre los que destacan el manual para introducir alimentos ecológicos en las escuelas "*A Taula*", o el libro y exposición de "*Las Mujeres alimentan al Mundo*", observando las grandes posibilidades que ofrece el espacio de comedor para utilizarlo con exposiciones de estas características.

Como proceso, consideran que la TTAEE es un trabajo muy interesante de participación y como tal, apuesta por la equidad y el empoderamiento de las personas. Como ejemplo, encontramos el trabajo de incidencia política por parte de todas las personas de la TTAEE (mayormente mujeres) con distintos departamentos de la Generalitat para conseguir la publicación del Manual "*A Taula*". Por último, respecto a los cursos en torno a la restauración ecológica que llevan a cabo, estiman la participación de las mujeres en un 80% y la de los hombres en un 20%, esta última más relacionada con responsabilidades técnicas. Así, se convierten en espacios de empoderamiento importantes para ellas, donde comparten, intercambian y sobre todo, disfrutan del papel protagonista, del que se les ha desplazado.

Por último, la Comisión Cocina lleva a cabo una lectura feminista que encuentra dos visiones diferenciadas. De puertas para dentro, la Comisión

estaba formada por hombres y mujeres y el discurso feminista estaba implícito y no explícito, pero la juventud del 15M trabajaba a las órdenes de esa “*autoritas femenina*”, personalizada en “*tres mujeres de mediana edad, digamos, para no decir viejas*”, como nos cuenta Cecilia, entre risas. Para ellas, a diferencia del poder, la autoridad es algo que otorga el grupo a las personas que saben, por lo que sentían que esa autoridad se la habían otorgado todas las personas que pasaban por allí, por ser quienes sabían organizar semejante comida multitudinaria en las precarias condiciones que ofrecía la plaza.

En lo que respecta a la visión del resto de la plaza, por un lado, podemos considerar que se valoraba el trabajo de la cocina, continuo y visible (lejos de la invisibilidad que lo suele caracterizar), ya que la Comisión recaudaba grandes sumas de dinero y productos donados. Sin embargo, sentían que muchas veces las consideraban las *chachas* de la plaza, mostrando esa visión de los trabajos de cocina dentro del mismo pack minusvalorado de *trabajos-que-nadie-quiere-asumir*, (asociados en este caso, a mujeres de cierta edad). Pero en los dos años que han transcurrido desde la acampada, a medida que la Comisión Cocina ha seguido participando en actividades del 15M, ha ido cambiando esa visión despectiva, ya que consigue transmitir con el ejemplo esa autopercepción de la importancia de los trabajos que realiza. En la economía política de resistencia, la función de la cocina es tan importante, que cae por su propio peso cualquier atisbo de minusvaloración; como cuando aparece la Comisión Cocina con la comida en situaciones de tensión policial consiguiendo relajar el ambiente, ya que lo primero es lo primero: alimentarse. Eso no quita para que hayan ensalzado un discurso propio y sean conscientes de cómo el patriarcado invisibiliza y denigra estos trabajos desarrollados por las mujeres durante siglos, hasta el extremo actual en que se minusvalora a las cocineras como *mujeres de casa* y se ensalza a los chefs como *hombres de negocios*, sin valorar los valiosos y necesarios conocimientos desarrollados por cocineras como éstas, en cuanto a saber alimentar saludablemente, en grandes cantidades y con escasos recursos.

El camino recorrido...

Si ya estas experiencias se encuentran en el limbo al que se confina todo aquello que no se puede clasificar ni valorar bajo una lógica monetaria, más lo están los aportes que estos proyectos integrales nos pueden proporcionar más allá del consumo. Vamos a hacer un breve repaso de cómo estas experiencias trabajan en los diferentes eslabones de la cadena del sostén de

la vida (que nos presentaban Carrasco y Tello en un capítulo anterior⁶), ayudan a mostrar las fronteras difusas de las dicotomías, y proponen alternativas ante las crisis que nos amenazan.

La XHUCB es un espacio de unión de la producción y el consumo, donde la reproducción de la vida humana sale del ámbito privado, y convive alegre y públicamente con la producción hortícola y con la reproducción de la vida natural⁷ como espacios familiares, pero también como espacios de cohesión social y comunitaria donde disfrutar del campo desde la ciudad. Nos recuerdan por un lado, los vínculos de dependencia que nos unen irreversiblemente al resto de la naturaleza, y por otro, que incluso en entornos urbanos hay bienes ofrecidos por los sistemas naturales que sí pueden satisfacer directamente nuestras necesidades humanas.

La TTAEE sienta en la misma mesa a los distintos eslabones de la cadena de sostén, como son las comunidades, unidades familiares, sistemas naturales, estados y mercados; pero también a la reproducción, al consumo, a la producción, a la urbe y al campo, a decidir conjunta y públicamente algo que afecta directamente a todas las personas como es la educación alimentaria con mirada feminista. Gracias a ella, no sólo las criaturas pueden aprender a disfrutar de comer de una manera sana y sostenible, tanto para la vida natural como para la humana, sino también todas las personas adultas que participan de estos espacios.

La Comisión Cocina trabaja en el ámbito doméstico del cuidado y de la comunidad, mostrando la experiencia de las mujeres en asumir colectiva y públicamente procesos de reproducción social que, como nos comentaba Miriam Nobre en su capítulo⁸, hace que las mujeres salgan de ese rol subordinado y ocupen el espacio público de empoderamiento y cuestionamiento del orden establecido, valorando la acción y alegría de cocinar por un lado, y la importancia de los alimentos en la organización política y social por otro.

Ante la crisis económica, energética y también alimentaria en la que nos encontramos, los huertos y los comedores suponen un acceso real y cercano a alimentos de calidad, además de disminuir la dependencia de

6 "Apuntes para una vida sostenible".Cristina Carrasco y Enric Tello

7 La propia actividad agrícola supone la producción en base a la reproducción de la vida natural, mostrando en sí misma las fronteras ficticias entre producción y reproducción.

8 "Autonomía de la mujer y soberanía alimentaria".Miriam Nobre. En este mismo libro.

los combustibles fósiles de las ciudades y escuelas, mientras experiencias como la de la Comisión Cocina, nos acercan a cocinar colectivamente, con escasos recursos económicos y alimentarios, pero con calidad. Y en cuanto a la crisis de relaciones en la que vivimos, estas experiencias ponen en el centro la revalorización social de los trabajos minusvalorados en torno a la alimentación y la sostenibilidad de la vida, por lo que también revalorizan los espacios en donde se realizan (cocinas, campos, comedores, casas, plazas) y las personas que los llevan a cabo (cocineras, campesinas, madres, educadoras de comedor). Ante todo, suponen un cambio en las relaciones como procesos de participación y empoderamiento en base a una autoorganización colectiva, que pone el énfasis en la horizontalidad, en la diversidad y en los valores más que en las ideologías, constituyendo, al fin y al cabo, redes de soporte mutuo. Precisamente este cambio en las relaciones, se asocia para las ponentes con la comodidad de las mujeres en estos espacios y con la mirada feminista.

Sin embargo, estas experiencias también nos muestran que un enfoque colectivo con una amplia presencia femenina, no implica que se den unas condiciones de equidad ni una perspectiva feminista per sé. Por lo que valorando el primer paso emprendido por experiencias como las aquí presentadas, se abre todo un camino por recorrer, repleto de aprendizajes pero también de desafíos.

...Y el camino que queda por recorrer

Estas experiencias también nos muestran cómo los proyectos alternativos reproducen roles, dicotomías, desigualdades, minusvaloraciones, paternalismos y micromachismos, mientras no apliquen la perspectiva feminista de manera transversal. Por ello, Ariadna nos recuerda que el desafío principal es seguir mirando con *"las gafas de género"*; lejos de la miopía que deja que el juego de las prioridades mueva la balanza hacia otro lado. En este sentido, también nos recuerda que nos queda la tarea pendiente de dar valor a *"esa manera de hacer política que tenemos las mujeres"* y reivindicar que nuestras prácticas, aunque invisibilizadas, también son políticas, como sujetos políticos que somos.

Como oportunidad de seguir compartiendo y contagiando la mirada feminista, además del trabajo interno, es importante aprovechar todos esos componentes de sensibilización que estos proyectos integrales traen consigo, para compartir con las personas y colectivos a su alcance cuestiones como la manera en que se distribuyen y reproducen los roles productivos y reproductivos, y las implicaciones sociales que ello tiene. La Comisión Cocina

supone un proceso de concienciación del valor de los trabajos feminizados y de empoderamiento en base al ejemplo, que puede ir contagiando allá donde va, la TTAEE nos muestra la intención de seguir por ese camino a través de sus materiales, y la XHUCB también ve los huertos dentro de esa parte de multifuncionalidad de ocio, que puede facilitar llevar a cabo educación ambiental y de salud, pero también de igualdad de derechos y obligaciones para hombres y mujeres.

Como amenaza importante, Neus nos recuerda no perder de vista las perversas consecuencias que la agudización de las citadas crisis nos puede acarrear, como es el retroceso en temas de igualdad y el impacto diferencial de todo ello entre hombres y mujeres. El ejemplo de la posible reducción del horario escolar y la supresión de los comedores escolares nos muestra la dificultad de evitar que estos trabajos vuelvan a cargarse en el ámbito privado. A pesar de que es fundamental seguir defendiendo la estructura social que tanto ha costado conseguir y que se está desmantelando con la excusa de la actual crisis, también es momento de plantearse independizarse del ámbito privado de las familias y del ámbito público de los estados, y seguir reflexionando y construyendo para solucionar estas cuestiones de manera empoderadora y definitiva desde el ámbito de la comunidad.

Para terminar, es importante valorar estos esfuerzos de reflexión y de construcción colectiva del conocimiento, enfrentándonos a otra de las dicotomías que nos dominan: la que une a la ciencia con la objetividad, la imparcialidad y la sabiduría, y a las personas de a pie con la subjetividad, la parcialidad y la ignorancia⁹. Esta percepción nos inmoviliza como ignorantes e inexpertas, incapaces de llevar a cabo análisis, mucho menos feministas. Al contrario, todas las personas relacionándonos desde la categoría que nos ha tocado¹⁰, tenemos capacidad de observar lo que pasa a nuestro alrededor. Si tenemos las prácticas, herramientas y discursos para vivir en este *mundo*, e incluso para proponer alternativas de *otros mundos posibles*, también las tenemos que tener para provocar las requeridas condiciones de igualdad entre hombres y mujeres en aquellos entornos en los que participemos, aunque para ello tengamos que hacer un gran esfuerzo individual y colectivo.

9 Esta dicotomía parte de una visión androcéntrica sesgada, que cree en la verdad absoluta de quien ha hecho la ciencia (por los general hombres de clase media, blancos y occidentales), y olvida la perspectiva situada en la que nos encontramos como personas.

10 Siendo la categoría básica hombre y mujer desde la cual en principio hemos de relacionarnos, a pesar de que existan diversas identidades y sexualidades que se esfuercen en combatir esta dicotomía primigenia.

Solo queda agradecer a la Xarxa de Consum Solidari, la invitación a participar en esta reflexión colectiva de un tema poco estudiado; a las predecesoras de los capítulos anteriores por darme las claves necesarias para ello, en especial a Vero y a Conchi por el esfuerzo de coordinación; y en última instancia a Neus, Ariadna y Cecilia por compartir con todas nosotras sus visiones como ejemplos de “estos pequeños gestos que hacen posibles grandes cambios” (Piñeiro y Ballesteros, 2012).

Algunas referencias consultadas

BINIMELIS, Rosa, ESCURRIOL, Verónica y G. RIVERA-FERRÉ, Marta (2012): *Soberanía alimentaria, transformación artesanal y equidad de género*, Mundubat, Bilbao, disponible en:

<http://www.derechoshumanosdelcampesinado.org/es/descargas.html?func=select&id=39>

HERRERO, Yayo (2010): “Vivir bien con menos. Ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia”, en *Viento Sur* nº 108, disponible en:

http://www.vientosur.info/articulosabiertos/VS108_Herrerros_VivirBien.pdf

ENTREPUEBLOS (2009): *Las mujeres alimentan el mundo. Soberanía Alimentaria en defensa de la vida y el planeta*, ENTREPUEBLOS, Barcelona, disponible en:

http://www.entrepueblos.org/photos/publicacions/publicationF_4e899aa_798bc9-Las-mujeres-alimentan-al-mundo.pdf

PIÑEIRO, Concepción (2011): *Comunicación ambiental para la transformación social. Iniciativas de consumo responsable en Madrid* (Tesis doctoral) Universidad Autónoma de Madrid, disponible en: <http://tesis.enred.net/handle/10803/49893>

PIÑEIRO, Concepción y BALLESTEROS, Carlos (2012): *¿Por qué consumimos? Orientaciones didácticas sobre el consumo consciente, responsable y transformador en Euskadi desde una perspectiva de género*, SETEM Hego Haizea, disponible en:

http://www.setem.org/setemftp/euskadi/Patrones%20de%20consumo_casFINAL.pdf

POMAR, Ariadna (2013): “De l’hort a l’horta” en *Directa* nº 305, p.10.

PORRO, Álvaro (2010): “¿El consumo consciente es caro? Consumir menos para consumir mejor” en *Opcions*, nº32, pp. 4-7, disponible en: <http://opcions.org/es/revista/32-hablamos>

Taula de Treball d’Alimentació Escolar Ecològica (2010): *A Taula, Manual per a la introducció d’aliments ecològics i de proximitat a les escoles*, Direcció General d’Agricultura i Ramaderia. Departament d’Agricultura, Alimentació i Acció Rural de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, disponible en:

http://www20.gencat.cat/docs/DAR/AL_Alimentacio/AL01_PAE/08_Publicacions_material_referencia/Fitxers_estatics/Manual_A_Taula.pdf

URRETABIZKAIA, Leticia (2012): “Perspectivas y vivencias de las mujeres baserritarras: Incidencia Política y Soberanía Alimentaria” en: DE GONZALO, Isabel y URRETABIZKAIA, Leticia: *Las mujeres baserritarras: análisis y perspectivas de futuro desde la Soberanía Alimentaria. Incidencia y políticas públicas en el marco de la actividad agraria y el desarrollo rural*, Baserri press, disponible en: <http://www.observatori.org/documents/Mujeres%20Baserritarras.pdf>